

# La Uama del Amor

Una promesa rota los unirá

C. H. DUGMOR

# La Uama del Amor

Una promesa rota los unirá



©Edición diciembre de 2019

Título: La llama del Amor.

Todos los derechos reservados.

Prohibida su copia sin autorización.

Edición, portada y diagramación: C. H. Dugmor

*La llama del Amor* es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos que se narran son fruto de la imaginación de la autora o se han utilizado de manera ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia sin permiso previo de la autora.

En memoria de Francisco Javier Moreno.

Descansa en paz, tío querido.

*"A menudo encontramos nuestro destino  
por los caminos que tomamos para evitarlo".*

Jean de La Fontaine.

## Nota de la autora

Esta novela la escribí cuando tenía catorce años de edad, y por ende, es lo primero que escribí en toda mi vida. En ese entonces, tenía otros gustos y aficiones, pero con el paso de los años, he madurado. Hoy en día estoy en contra de cualquier tipo de maltrato animal, así que pido disculpas de antemano si alguna parte de esta novela llega a herir u ofender a alguien. No describo ciertas situaciones con intenciones sádicas o morbosas, sino que son necesarias para el desarrollo de la trama. De hecho, me costó un poco mantener el llanto y la indignación a raya a la hora de tener que ver vídeos, documentales, leer libros o hablar con conocedores del tema, justo cuando se llegaba al punto donde muere un animal. Aclaro que, el hecho de que yo, en la actualidad, no sea fanática de las corridas de toros, no quiere decir que quienes si lo sean, sean malas personas. Cada quien tiene derecho a disfrutar de lo que les guste.

En relación a lo antes mencionado, quiero dejar claro, que esta novela no busca romantizar el maltrato animal ni mucho menos, sino compartir con ustedes, mis lectores, este, mi primer trabajo literario, el cual hasta hace un par de meses, pensaba dejarlo para siempre guardado en un cajón, por ir en contra de mis ideales. Sin embargo, sentí que la historia de Diana y Rafael merecía ser contada. No por cuestiones de ego, sino por ser fiel a mis sueños. Esta historia la escribí cuando no pensaba siquiera en la posibilidad de auto-publicar.

Este es mi regalo para ustedes, quienes me han leído desde el año 2016, cuando comenzó mi maravilloso viaje a través del mundo literario. Esta es mi forma de decirles gracias, por estar allí, siempre apoyándome, por poner un plato de comida en mi mesa.

Infinitas gracias, y un Dios les pague.

1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21  
22  
23  
24  
25  
26  
27  
28

29

30

31

32

33

34

Epílogo



*Verano del año 2006.*

Sus ojos grises estaban fijos en el horizonte, perdido entre ese montón de nubes que aparecían y desaparecían. Un cielo azul, muy hermoso, anunciaba que iba a ser un día soleado. Una voz femenina, a través de los alto parlantes del avión, la hicieron salir del letargo en el que se encontraba. No pudo evitar sonreír al oír las palabras de la mujer.

—*Pasajeros con destino Madrid, os anunciamos que estaremos aterrizando en breves minutos. Por favor, permanezcan en sus asientos y abrochaos los cinturones.*

«¡Por fin en casa!», pensó.

Aunque se sentía muy feliz por estar de vuelta en España, no podía dejar de sentirse algo contrariada por la decisión que tomó. Dejar los estudios académicos de lado, aplazados, por ir detrás de un sueño, no es algo que se tome a la ligera, pero... ¡Al César lo que es del César!, pensó, y su sonrisa se ensanchó un poco más. Tenía que reconocer que era una persona infeliz, rayando lo miserable, yendo tras una meta que no era suya, sino de su madre, cuando su verdadera pasión se encontraba en otro lugar.

Vivió los últimos siete años de su vida en un alejado lugar. Para ser más específicos, en un internado ubicado en el sur de Francia, al cual su madre la envió con el objetivo de alejarla del recuerdo de la dolorosa muerte de su padre. Sin embargo, tuvo el efecto contrario. No hubo noche en la que Diana no se sumergiera en sus memorias, recordando aquellos gritos de asombro de la multitud e imágenes que la torturaban... un río de sangre que emanaba de un cuerpo inerte, tendido en el suelo de la Plaza de Toros de Las Ventas.

Era rara la madrugada en la que Diana no despertara con la respiración entrecortada.

Lo más lógico, según el psiquiatra que su madre contrató para que la tratara, luego de presenciar la trágica muerte de su padre, cuando era apenas una niña de diez años de edad, era que hubiese desarrollado algún tipo de aversión contra los toros, las corridas y todo lo relacionado a esto. Pero, en lugar de eso, sucedió todo lo contrario.

Cada pesadilla, era una oportunidad más para estudiar en que se equivocó su padre, y siempre despertaba pronunciando la misma frase: *¿Y si en vez de eso, hubiese hecho...? Si mi padre hubiera sido más cauteloso, de seguro seguiría con vida.* Es lo que ella pensaba. Cada mañana despertaba con más convicción de que ella podría lograr corregir el error que cometió su padre, la tarde del 3 de abril del año 1998, y así reivindicar el apellido Vidal.

La muerte de su padre, fue una gran tragedia para el mundo taurino, claro, pero solo fue noticia los dos primeros años, luego pasó a ser otro desafortunado torero que perdió la vida en un

lamentable accidente, uniéndose a una larga lista, encabezada por grandes como: Manuel Laureano Rodríguez Sánchez, más conocido como Manolete, creador de "La Manolete" y Francisco Rivera, mejor conocido como Paquirri, cuya muerte llegó a ser hasta romantizada, luego que, la que fuese su esposa, inmortalizara la famosa canción "Marinero de Luces". Diana conocía los pormenores de estas y otras desventuras más, porque desde que tenía uso de razón, se sentía muy atraída por la fiesta brava. Ver a su padre tan gallardo y valiente, en cada corrida, sin duda alguna marcó su vida.

Durante varios años persiguió su sueño sin descanso. Sin embargo, siempre se encontraba con una gran muralla que le frenaba el camino.

Su madre fue muy clara al decirle que no aprobaba la idea de que hiciera lo mismo que su padre. Sin embargo, no hay nadie más obstinado en el mundo que Diana Vidal, quien al oír la primera negativa proveniente de Raquel, se las ingenió para pedirle ayuda a Rafael, el que fuese el alumno predilecto de su padre, y a quien tenía en alta estima, consiguiéndose con un no rotundo. No obstante, no se dio por vencida, y por casi un año, se convirtió en la sombra de Villanueva. Él era amable con ella, pero bastaba con que le dijera que deseaba aprender lo necesario para ser novillera, para que Rafael se transformara en un ogro intransigente y cabezota.

—Tenéis miedo de que llegue a ser como mi padre, o hasta mejor, y te opaque. ¿Es eso? —se le enfrentó a Rafael, una tarde.

—No digáis tonterías, Diana. Me *tené* sin cuidado si *llegás* a convertirte en la reencarnación del mismísimo Manolete. Mi respuesta es no. No te enseñaré. Este mundo es muy peligroso para ti —respondió él, siendo muy tajante.

—No es justo —soltó ella—. Esta escuela la fundó mi padre. Tengo derecho de estudiar aquí —hizo una rabieta típica de las suyas.

Rafael sacudió la cabeza, negándose.

—Vale. Podréis ser muy hija del maestro Armando, pero es a mí a quien le estáis pidiendo ayuda, y yo os digo que no —le dio un toquecito en la nariz con la punta del dedo—. Si queréis, podéis iros a decirle a tu padrino, a ver qué os dice él.

Diana se cruzó de brazos y frunció el entrecejo. Sabía a la perfección que Borges le diría que no, también. Esa tarde, ella se llenó de mucha rabia, y la ilusión infantil que sentía por Rafael, se convirtió en odio, pero fue un sentimiento fugaz, común de los caprichos, pues la pequeña hija de Vidal, suspiraba en secreto por un muchacho nueve años mayor que ella. Siempre tenía que hacer *de tripas corazón* cuando alguna muchacha se acercaba a Rafael con insinuaciones románticas, y más era su malestar cuando veía que él correspondía de forma coqueta a alguna de ellas.

Pero el tiempo siguió su curso, su madre la envió al internado y su interés por Rafael, mermó un poco. La distancia la ayudó a darse cuenta que solo era un enamoramiento platónico; eso y el hecho de conocer a Thierry, un adorable chico de ojos grises y cabello rojizo. A los dieciséis años, sintió por primera vez el aguijón del amor, enterrándose en lo más profundo de su corazón. Ella y Thierry comenzaron un noviazgo juvenil que solo duró ocho meses, el tiempo suficiente para entender la diferencia entre una fijación platónica y un romance consumado. A pesar de sentir que adoraba a Thierry, cuando la relación terminó, no sintió que le arrebataban el alma sin previo aviso, como tantas veces escuchó decir a sus amigas que sucedía, cuando perdías a alguien que amas. Eso solo lo sintió dos semanas después de la muerte de su padre, cuando entendió que nunca más lo volvería a ver.

Estuvo de regreso varias veces en España, en temporadas vacacionales, pero dejó de hacerlo luego de una pelea que tuvo con su madre. Pensó que tal vez Raquel no la dejaba entrenar en la

Escuela Taurina, porque era muy pequeña, pero aun así, cuando tenía quince años de edad, y teniendo una estatura y compleción adecuada, su progenitora siguió negándose a dejarla cumplir su sueño, el cual la madre consideraba que no era más que un capricho, de su siempre volátil hija.

—No, Diana. Os digo que no, y es mi última palabra al respecto. Esa no es una actividad propia para una dama. ¿Por qué no podéis ser como las niñas normales que se apasionan por el ballet, el teatro, la pintura o la música?

—Porque yo no soy normal, mamá, y nunca lo seré —vociferó Diana, desesperada.

Era lamentable que su progenitora, en pleno siglo XXI, tuviera una mentalidad tan machista y retrograda. Al menos, eso pensaba Diana, pero la verdad era que Raquel sentía pavor de que a Diana le deparara el mismo destino que a su difunto esposo.

Lo cierto es que Diana era el tipo de niña que en lugar de mirar, embelesada, alguna película de princesas, prefería pasar la tarde entera viendo documentales en *Discovery Channel* o *National Geographic*, en vez de jugar muñecas o a tomar el té, prefería estar en medio del campo, llenándose de lodo. Sus momentos más felices fueron en la finca de su tío Adolfo, hermano menor de su padre, quien al morir Armando, quiso meter sus ambiciosas manos en la administración de la Escuela que su hermano mayor fundara en vida, y exigir cierto derechos sobre una herencia que no le correspondía en lo más mínimo. El abogado de Raquel le dejó claro que mientras la viuda y la hija (heredera universal de Armando) siguieran con vida, ni él, Adolfo, ni nadie, podría aspirar a ninguno de los bienes materiales que dejó Vidal. Raquel intentó en una oportunidad, ofrecerle un empleo en la Escuela, pero él se negó de manera rotunda y mantuvo su indignación, porque su hermano no le dejó absolutamente nada en su testamento.

*¡A la mierda!* Se dijo a sí misma una noche que se preparaba para dormir, luego de pensar en la posibilidad de irse a estudiar Medicina en París. Esa no era su pasión. Por supuesto que le agradaba la idea de ayudar a otros, pero no era algo que le robara el aliento, como lo hacía la idea de verse vestida con traje de luces, caminando altanera frente a una gran multitud y moviéndose con el estilo característico de una matadora, danzando la melodía embriagante de la fiesta brava, capoteando, banderilleando, estocando...

El día que cumplió su mayoría de edad, no quiso saber nada acerca del regalo que su madre le envió. Estaba muy dolida por la manera en que ella reaccionó al enterarse que iba a comenzar a practicar el arte de la lidia con un profesor francés. Raquel llamó a la directora del internado y le solicitó que le prohibiera las salidas a su hija, los fines de semana.

Esa fue la gota que rebosó el vaso.

El día que Diana fue consciente de que ya tenía la edad suficiente para independizarse, echó mano a su alcancía e hizo un plan: con sus ahorros, al culminar el último día del doceavo año, se iría a vivir, por un tiempo, a un piso en el centro de Aveyron.

Como se lo imaginó, su madre pegó el grito al cielo al enterarse de esto, e hizo hasta lo imposible por persuadir a su hija de regresar a España, a vivir bajo el mismo techo que ella, pero Diana estaba harta de vivir bajo el yugo de su progenitora.

Durante seis meses estuvo tomando clases con Charles Dubrov, un croata de cuarenta y tantos años; un simpático y muy ágil matador, que le enseñó lo fundamental (y le reafirmó lo que sabía) en cuanto a tauromaquia. Fueron las mejores semanas de su vida, pero sentía que le faltaba algo. Sí, debía admitirlo. Estaba encaprichada con la idea de estudiar en la escuela que fundó su padre en el año 1980, y era una idea que nadie le iba a sacar de la cabeza...

Y esa es la razón por la que regresaba a Madrid.

Era hora de enfrentarse a todos, e ir en busca de lo que de verdad deseaba.

Ya era mayor de edad.

Podía hacer lo que se le pegara en gana.

Su madre había vivido su vida, ahora le tocaba a Diana vivir la suya.



Dio un golpe a la mesa y soltó un suspiro de frustración. *¿Por qué demonios nunca llega a tiempo?* Se hizo la pregunta en la mente, por enésima vez. Se supone que Amanda tenía que haber llegado veinte minutos atrás, pero ni siquiera un mensaje le envió, para explicarle el motivo de su tardanza.

Desde que la relación de ambos terminó, Amanda se volvió más frívola de lo normal. Solo mantenían relación por asuntos laborales, debido a que ella era la hija de uno de los ganaderos más influyentes de la región. Y debido a que éste se encontraba en un viaje de negocios, su primogénita se encargaba de todo lo relacionado a la finca y la ganadería.

—Bien, acabemos con esto rápido —oyó una voz femenina decir a su espalda—. A las dos en punto debo estar en el club, para mi lección de tenis.

Rafael giró su cabeza muy despacio, para encontrarse con una hermosa rubia de un metro ochenta de alto, piernas largas que se dejaban contemplar gracias a la minifalda del conjunto blanco, muy ceñido al cuerpo. Unos hipnóticos ojos azules lo miraron con una extraña intensidad. Había mucha avaricia en esa mirada. A esas alturas, luego de haber transcurrido seis meses desde la ruptura de la pareja, él aun era incapaz de entender cómo diablos estuvo a punto de casarse con una mujer tan superficial, ambiciosa y poco empática. Amanda Schneider era una versión femenina, rejuvenecida y delgada, del viejo magnate Ignacio Schneider, padre de su ex-prometida, quien amasó una enorme fortuna siendo implacable, desalmado y calculador.

La única razón por la que comenzó a salir con ella, fue porque Joaquín Aguirre, colega y amigo desde la infancia, se la presentó en una fiesta. Rafael estaba harto de ir por la vida como un Casanova, y pensó en sentar cabeza a sus veintisiete años de edad. Dicha relación solo duró once meses; el tiempo suficiente para darse cuenta que prefería estar solo, que mal acompañado. Ni todo el dinero del mundo, le haría amarrarse de por vida a una mujer tan arrogante.

Para arrogante, él, y solo dentro del ruedo.

La mujer haló una silla y se sentó frente a él. En otra circunstancia, Rafael se habría puesto de pie y arrimado el asiento para la dama, pues era un caballero nato, pero tratándose de Amanda, no le provocaba expresar ningún tipo de cortesía con ella. No entendía porque ella lo trastocaba tanto; a tal punto que, siempre evitaba ir a eventos cuando sabía que ella estaría presente también. Tal vez fuese porque ella siempre trató de manipularlo a su antojo y reducirlo a ser tan solo un novio "trofeo". Si hay algo que Rafael jamás podrá ser, es el monigote de alguien.

—Hola, Amanda —saludó él, tratando de ser amable.

La nombrada solo movió la cabeza, a la vez que rebuscaba algo en su bolso. Sacó un cigarrillo electrónico. Era su décimo intento por dejar de fumar, pero siempre, luego de un par de meses de

usar un vaporizador, terminaba volviendo al tabaco. Era un milagro que no sufriera de alguna enfermedad pulmonar, pues fumaba más que una furcia en cautiverio.

Estaban en un restaurante, y por ende estaba prohibido fumar, así que luego de darle la primera calada a su "dispositivo terapéutico" y exhalar una gran nube de vapor, un mesonero que se encontraba cerca, decidió acercarse y llamarle la atención a la dama, pero tan solo bastó que Amanda entornara los ojos al mirarlo, para que el pobre hombre se arrepintiera de su decisión y se diera la vuelta sin más. Reconoció a la mujer en el acto, y sabía que si se le ocurría decirle si quiera algo, acabaría de patitas en la calle, sin empleo.

Amanda se había encargado de labrarse una fama, o mejor dicho, infamia, a pulso. Si llegaba a un sitio y deseaba comer un platillo que no se encontrara disponible en el momento, hacía un berrinche y conseguía que llamaran al *chef*, así estuviera en el funeral de la madre, solo para que cocinara para ella. Chasqueaba los dedos, y todos a su alrededor meneaban la cola, cual perrito falderos. Y no es porque ella impusiera respeto, sino que el dinero facilita muchas cosas. Un par de billetes a las personas indicadas y tenía el mundo a sus pies.

A todos, excepto a Rafael.

Él llegó al punto en el que se hartó de todo eso y decidió romper el compromiso, faltando tan solo un mes para la boda, lo que hizo que Amanda montara un melodrama digno de Delia Fiallo, amenazándolo de hacer hasta lo imposible para arruinar su carrera. Hasta la fecha, la amenaza solo quedó en palabras. A las dos semanas de la separación, ella conoció a un empresario, también millonario, que resultó ser la horma de su zapato.

Hasta cierto punto, a Rafael le daba algo de pena, porque sabía que Amanda era así porque tuvo una infancia de mierda, entre lecciones de piano, ballet y clases de buenos modales, cuando lo único que deseaba "la pobre niña rica" era ser boxeadora, cosa que su padre jamás le permitió hacer por ser "anti-femenino", y por esa razón creció amargada, frustrada y resentida con la vida, copiando los patrones de su padre, pues nunca tuvo una figura materna. Su madre murió cuando era apenas una chavala de cuatro años, a causa de un fatídico accidente en la avioneta privada de la familia.

Ahora, en el presente, la vida seguía dándole coñazos en la cara. Amanda se podía dar el lujo de ser déspota y vil, siempre y cuando no estuviera en presencia de su ególatra novio. Era una forma de drenar su desgracia por estar al lado de un hombre como David Navarro; un megalómano de lo peor que la trataba como si fuese una de sus empleadas. Rafael no entendía porque ella soportaba eso, pero optó por no meter su nariz en asuntos que no le competen. De muy mala manera comprendió que no tenía "velas en ese entierro", luego de que la misma Amanda lo mandara a dar un paseo largo por un muelle corto, por decirlo de buena manera, una vez que él, Rafael, intentó defenderla de los malos tratos de Navarro.

—De acuerdo —él sacudió la cabeza—. Acabemos con esto —sacó una carpeta de su maletín y la deslizó sobre la mesa—. Allí están las constancias de las transferencias. Tu padre me las pidió para el control del contador. Son nueve. Una por cada toro. Son tres para este mes y los otros seis para el próximo. Aguirre, Gil y Figueroa irán en el transcurso de la semana a elegirlos.

—¿Eso es todo? —Amanda lo miró con notable aburrimiento. Rafael se encogió de hombros—. Podríais haber mandado los documentos directo a la oficina del contable —de un raudo movimiento se puso en pie—. No era necesario que yo viniese y...

—Quería ver que estuvierais bien —espetó Rafael sujetándole, por inercia, una mano.

—Ya lo viste —ella sacudió su mano para soltarse del agarre—. Estoy bien —fue brusca con sus palabras.

—Sabéis que aunque ya no estemos juntos, podéis contar conmigo —soltó él, y se arrepintió de inmediato. Sonaba como un hombre despechado y desesperado.

Amanda soltó una risita entre burlona e irónica. Puso los ojos en blanco.

—¡Por Dios! No intentéis hacer el papel del amigo fiel —lo miró con desdén—. Ese puesto ya está ocupado.

A Rafael le hirvió la sangre, como siempre lo hacía cada vez que cruzaba palabra con Amanda. No podía entender porque era tan cabezota. Esa mujer, frente a él, no era capaz de discernir el bien del mal. Era obstinada hasta la médula. Y él, era un idiota, por preocuparse por alguien que no valía siquiera el esfuerzo.

Ese era el problema de ser como era. Rafael se caracterizaba por ser empático en exceso, sensible en demasía, y un filántropo empedernido que quería ayudar a todo el que se le cruzara en el camino, aunque varias veces le pagaran de mala forma. Sin embargo, toda esa bondad, poco a poco, la aprendió a camuflar bajo gruesas capas de indiferencia. Era como un mecanismo de defensa para que la gente no viera lo frágil que era. No sabía si era una virtud o un defecto, pero mientras más le importaba una persona, más distante se mostraba, para no mostrar su fragilidad y que esa persona se aprovechara de eso para herirlo.

No es que siguiera enamorado de Amanda, de hecho, algunas veces duda de haberlo estado; sino que simplemente se preocupa por ella, como ser humano que es. Pero, ¡a la mierda!, si ni a ella misma le importaba su bienestar, ¿por qué debía preocuparle a él?.

Tan solo se limitó a sacar un billete de su cartera, dejarlo sobre la mesa, tomar su maletín, aun entreabierto, y largarse de ese lugar. No tenía ánimos de seguir discutiendo con su ex novia.



Lo más lógico que debería hacer era ponerse en contacto con su madre y decirle que estaba en la ciudad, pero eso significaba ponerla sobre alerta. Raquel no era tonta. Sin necesidad de pensarlo mucho, sabría el motivo por el que su hija estaba de regreso, y Diana no quería darle ni una sola oportunidad de interponerse en su camino. Luego de que ya hubiese hablado con Rafael, respecto a su deseo de estudiar en la Escuela Taurina "Armando Vidal", y ya se hubiese instalado en su propio piso, en el corazón de Madrid... Solo allí, si su madre se enteraba que estaba en España, se jugaría la carta de la emancipación para que no le montara ningún espectáculo y la dejará vivir su vida

El camino del aeropuerto a su departamento fue rápido, casi unos quince minutos. Pagó al taxista y no perdió tiempo en mirar su alrededor. Madrid estaba igual a como lo vio por última vez, hace casi cuatro años, que fue la última vez que volvió a España. Solo se quedó un par de segundos observando el edificio frente a ella. Era muy parecido a los demás que lo rodeaban: cinco pisos, con ventanales y balcones. La diferencia es que era el único de ladrillo en la cuadra.

No le costó mucho subir hasta el tercer piso, pues solo llevaba consigo una maleta mediana con rueditas y un bolso de mano que pesaba unos diez kilos. Se detuvo frente a la puerta que ponía 3-1 y tomó una profunda inhalación, soltándola muy despacio. Buscó las llaves en el bolsillo de su bolso de mano y se dispuso a abrir la puerta de madera de color blanco.

A primera vista, le encantó lo que vio. El lugar era idéntico a como se mostraba en las fotos de la página web. Era un piso de 45m<sup>2</sup>, de suelo de madera clara y paredes blancas. Echó una rápida mirada a su entorno. El lugar era muy acogedor, con una iluminación cálida y mobiliario muy moderno. A su derecha, una bonita sala de estar con un cómodo sofá blanco, una mesita de comedor para cuatro persona y un amplio estante, donde hizo cálculos que podría guardar una hermosa vajilla de porcelana y todos los utensilios que pronto compraría. Vio una puerta de cristal al fondo, lo que supuso que sería la habitación. A su izquierda, una pequeña, pero muy funcional cocina. El enorme ventanal daba a un balcón. Diana se vio tentada a salir y mirar Madrid desde la altura que representaba un tercer piso, pero descartó la idea de inmediato cuando sintió su estomago rugir.

En cuestión de segundos trazó un plan de acción. Primero, iría a comprar algo de comida para prepararse algo, luego desempacaría sus cosas, se daría una ducha, descansaría un rato, y al final se pondría sus mejores ropas para ir a ver a Rafael Villanueva.



Despertó sobresaltada debido al sonido de una bocina, proveniente del exterior. De inmediato, miró el reloj en su muñeca. Farfulló un improperio y salió de la cama a toda prisa. Faltaban quince minutos para las dos de la tarde.

Tardó casi veinte minutos en vestirse, maquillarse y peinarse. Tratándose de ella, era un récord. No es que fuese banal. Todo lo contrario. Pero tenía un raro complejo con creer que su rostro era muy aniñado, y por ende, solía aparentar menos edad de la que tenía. Deseaba darle a Rafael, la impresión de que ya era toda una mujer.

No perdió tiempo llamando a alguna línea de taxis. Cogió el primero que pasó.

La Escuela Taurina quedaba muy cerca, a unos cinco minutos en carro, y a unos quince andando. Muy bien podría haberse ido caminando, pero iba perfumada, muy arreglada y no quería correr el riesgo de sudar mucho. En pleno verano en Madrid, el sol era para nada amigable.

Estaba decidida. Con cada metro que recorría el coche, se decidía más. ¡Iba a lograrlo! Por fin, Rafael se daría cuenta de su talento, que ya era lo suficientemente grande como para hacerle frente a un animal de casi media tonelada. Si la observaba con detenimiento, vería la misma pasión de su padre, reflejada en sus ojos grises.

Diana era delgada, pero para nada menuda. Medía un metro con setenta y siete centímetros. Su cabellera entre castaña y rojiza, rizada, le daba un toque atrevido y desenfadado, pero quien no la conociera, podría sacar una conclusión muy errada al verla. Creerían que era la típica chica que baja la cabeza y se queda callada, frágil y delicada, que se conforma con seguir las normas que rigen la sociedad. Su estampa femenina y grácil era engañosa. Lo cierto es que Diana era testaruda, obstinada como sí sola, renuente y un tanto anarquista. Eso sí, feminista hasta la médula. Pero el feminismo correcto; no el que pretende erradicar al varón de la faz de la tierra.

No se dio cuenta en qué momento llegó a su destino, ni cuando se bajó del taxi y pagó. Su corazón dio un brinco cuando se percató que había cruzado la puerta principal de la Escuela y que se encaminaba en dirección a la recepción, donde se encontraba una joven mujer de cabello castaño oscuro.

Diana se aclaró la garganta antes de hablar.

—Buenas tardes —saludó. La recepcionista despegó la mirada de la pantalla del ordenador y la fijó sobre Diana, a la expectativa.

—¿En qué os puedo ayudar? —indagó la mujer, sonriendo de forma amable.

—Vengo... ammm... yo... —Diana balbuceó.

La recepcionista entornó los ojos, contagiándose de la notable incomodidad de la muchacha frente a ella.

—Me gustaría ver al señor Villanueva —espetó.

«¿Señor? ¿Pero qué coño estoy diciendo?», se reprendió. Rafael estaría llegando a los veintisiete años. Señor no era un adjetivo propio para él. A menos que estuviera casado y...

Diana sacudió la cabeza para sacarse esa idea.

—¿Rafael? —inquirió la morena.

—Sí —asintió Diana—. Me gustaría ver a Rafael Villanueva.

—Permítame un momento —contestó, a la vez que se ponía de pie—. Iré a ver si se encuentra, pues salió en la mañana y no me di cuenta si llegó.

—Vale —Diana volvió a asentir con la cabeza mientras veía como la mujer se alejaba.

Su mirada quedó atrapada sobre una vitrina que se encontraba detrás del escritorio de la recepcionista. Caminó por inercia y se sumergió entre recuerdos...

Había una fotografía de su padre en todo lo alto. Tuvo vagas evocaciones del día en que la tomaron...

*Armando acababa de torear la primera faena de la tarde, y su madre estaba acomodándole la hombrera del traje de luces. Un hombre canoso y de barba incipiente le pidió a alguien que acomodara la cortina que servía de fondo. Vidal le hizo una seña a su pequeña hija para que se acercara a él.*

—Ven, mi amor. Tómanos una foto, Javier —dijo Armando, sujetando a Diana en brazos, e indicándole a la niña que sonriera.

—De acuerdo —dijo el viejo fotógrafo—. Vale —tomó la foto—. Ahora sí. Tomemos las fotos para la prensa —comentó el sujeto con la cámara en la mano.

*Dicho eso, su padre la colocó en el suelo y le dijo que fuera con su madre.*

*A continuación, Armando hizo una pose gallarda y miró directo a la lente...*

—¿Señorita? —una voz femenina la sacó de su ensoñación. Diana se dio la vuelta de golpe—. Discúlpeme, ¿cuál es su nombre? —la mujer, que ahora que la miraba mejor, tendría unos veintitantos, se mostró muy apenada—. Veréis, soy nueva acá. Solo llevo dos semanas y...

—¡DÉJALO ASÍ, MARTA! —un grito retumbó en el lugar, haciendo que Diana se sobresaltara—. *HACELA PASAR.*

—Diana. Dime Diana, por favor —farfulló, colocándole una mano en el hombro a la apesadumbrada mujer.

—Señorita Diana, podéis pasar adelante —hizo un ademán, señalando una puerta.

—Ya lo escuché —susurró Diana—. ¿Siempre es así? —inquirió.

La recepcionista se encogió de hombros.

—Solo cuando está de mal humor —confesó.

—No debería tratarte así. Nadie tiene derecho a tratar a nadie así —las mejillas se le pusieron coloradas.

Si había algo en este mundo que descolocara más a Diana, era el abuso de poder. No soportaba cuando los "jefes" trataban a las patadas a sus empleados. Podría ser muy amigo de la familia, y tal vez en un tiempo estuvo por completo enamorada de Rafael, pero eso no lo iba a librar de decirle un par de cosas.

Hecha una furia, atravesó la puerta. Todo el nerviosismo que estuvo sintiendo minutos antes, se esfumó, y en lugar de eso, había mucha rabia.

Diana empujó la puerta con mucho ímpetu, pero Rafael no se percató de la cara de pocos amigos que tenía la mujer que acababa de entrar a su oficina. Sus ojos se fijaron en las largas y bien proporcionadas piernas, que se dejaban ver gracias a un vestido rojo que le llegaba un poco

más arriba de las rodillas. Era una figura sublime.

—El hecho que le paguéis un sueldo, no te da derecho a tratarla de esa manera —la reprimenda de la mujer le hizo abandonar su inquisitivo escaneo.

—¿Disculpe? —Rafael frunció el entrecejo y la miró directo a los ojos.

Diana dio un manotazo en el aire.

—A ver, guapo, para que te vayáis enterando. La esclavitud se abolió hace muchos años. Marta es tu empleada, no tu esclava. No podéis tratarla así.

Rafael sacudió la cabeza, consternado por lo que oía.

—Un momento. ¿Pero quién coño *sos* vos?

—¡Hala! Y de paso, desmemoriado —Diana puso los ojos en blanco, pasando por alto el peculiar acento entre argentino y madrileño de Rafael, que tanto le gustaba cuando era niña.

—Disculpe, señorita —Rafael hizo todo lo posible para mantener la compostura—. Os podéis decirme que se os ofrece. Pidió verme. Pues, diga. No tengo tiempo como para andarlo perdiendo con... —se quedó callado, de repente, antes de meter la pata diciendo: «...una niña berrinchuda».

La reconoció.

Esos ojos grises eran inconfundibles.

Era ella.

Era Diana Vidal.

Aquella pequeña que una vez juró proteger, ya era toda una mujercita.

—¿Enana? ¿*Sos vos*? —indagó.

Diana abrió los ojos como platos y se quedó petrificada al reconocer el apodo que usaba Rafael con ella, cuando era niña. Su corazón dio un vuelco. No podía creer que sí la reconociera, y que además la llamara de ese modo. Su cabeza se nubló cuando se percató de que esos hermosos ojos verdes, la miraban fijamente, y de los labios del hombre que una vez fue dueño de su infantil ilusión, emanó una radiante sonrisa.

—Sí. Soy yo —respondió ella, por inercia. Sin darse cuenta, sus palabras sonaron rudas, pues se sentía irritada por la manera en que él había tratado a Marta.

—¡Madre mía! —exclamó Rafael, bordeando el escritorio y acercándose de prisa a Diana—. Pero, mírate. ¡Cómo habéis crecido! —la sujetó de los hombros y le dio un beso, bien dado, en la mejilla. Diana abrió tantos los ojos, que casi se le salen de las cuencas—. ¡Che! Estás re alta, pero tu cara no ha cambiado nada. Seguíis teniendo la carita de nena berrinchuda —rió a carcajadas.

—¡Eh! —Diana protestó, sin poder evitar mostrarle una sonrisa. Él corazón se le aceleró en un santiamén, al darse cuenta de lo mucho que había extrañado ese característico acento de Rafael, entre argentino (por su padre ya difunto) y madrileño (por su madre).

Ella dio un respingo cuando Rafael le palmeó la espalda.

—¿Cuando llegasteis a España? —las palabras salieron como cohetes de la boca de Rafael—. *Tomá asiento* —señaló una silla cerca del escritorio—. ¿Deseáis tomar algo? ¿Agua, té, café? ¡MARTA!

Diana frunció el entrecejo. No reconocía el hombre frente a ella. Físicamente, era Rafael Villanueva, pero se comportaba de una manera muy extraña. No es que lo conociera como la palma de su mano, pero jamás lo había visto tan agitado. Era como si se hubiese tomado un cóctel de *Red Bull*, *Coca-Cola* y *Café*.

Meneó la cabeza con suavidad, y aprovechó el momento en el que Rafael se quedó callado,

para hablar. Sintió que si no lo hacía en ese instante, no tendría oportunidad de hacerlo nunca más. Por poco y no gritó: ¡Objeción!

—Llegué esta mañana —espetó—. Y no, no deseo tomar nada. Estoy bien —Rafael, quien estaba de pie en la puerta de la oficina, llamando a Marta, se giró de golpe—. ¿Tú estáis bien? —indagó Diana, tratando de ser muy delicada con el tono de su voz.

—¿Yo? Sí, claro. Estoy de puta madre —se encogió de hombros y rió de manera extraña.

—¿Estáis seguro? —insistió Diana.

—Sí, si... que te digo que sí —se acercó de nuevo a Diana—. Pero no hablemos de mí. Cuéntame de tu vida. ¿Qué habéis estado haciendo? ¡MARTA!

La nombraba apareció a través de la puerta.

—¿Podríais dejar de tratarla así? —Diana cerró los ojos, aturdida.

—¿Así como?

—Como si estuviera sorda.

—¡Joder! Lo siento —él se llevó una mano a la cabeza—. En los últimos días, he estado un poco estresado con todo esto... —hizo un ademán, señalando su entorno—. Ya sabéis —se encogió de hombros—. Todos los preparativos de la Feria, la exposición previa...

—Ya... —lo interrumpió Diana—. ¿No habéis probado con tratar de relajarnos un poco?

—Créeme, lo he intentado, pero desde que tu madre me nombró Director, tengo que estar al frente de todo y...

—¿Mi madre te nombró Director? —Diana no daba crédito a lo que oía—. Director adjunto, queréis decir...

—No —él negó de forma rotunda con la cabeza—. Tu madre me ha pedido que tome el control total de este lugar. Pensé que lo sabías. Ella no...

—La verdad... —Diana lo interrumpió—, mi madre y yo no charlamos mucho —ella se encogió de hombros.

—¡Vaya! —Rafael enarcó las cejas, notablemente sorprendido.

—Al grano —con un ligero carraspeo, ella aclaró su garganta—. En realidad vine por otra cosa, no a hablaros de mi madre —no pudo evitar sonar algo grosera, pero no porque fuera su intención, sino que no quería que la conversación se enfocara en el hecho de que solo se limitaba a tener comunicación con ella por teléfono.

No tenía ánimos de que Rafael ni nadie la juzgara por no querer estudiar medicina, ni satisfacer el capricho de su madre, sino que quería perseguir sus sueños.

—Pues vos diréis —Villanueva optó por ignorar el repentino malestar que irradiaba la muchacha frente a él.

—Quiero comenzar a practicar —dijo sin más Diana.

—¿Qué cosa? —Rafael frunció el entrecejo.

Ella tragó grueso. Sintió una leve sensación de *deja vu*. Estuvo en el pasado en el mismo lugar; con la diferencia que en aquel tiempo, solo era una chiquilla que a duras penas podía sostener el capote sin perder el equilibrio.

—El toreo —espetó—. Quiero ser la sucesora de mi papá, e instaurar la dinastía Vidal...

Rafael sintió que la sangre le subía a la cabeza, el corazón le latía a mil por hora, la boca se le secó... Un recuerdo llegó a su mente: la remembranza de una promesa...

Él se puso de pie y caminó hasta una amplia ventana.

—...he soñado con esto toda mi vida, Rafael —continuó ella hablando. Su voz adquirió un atisbo de ruego—, por favor, si tan solo me vierais. He mejorado mucho. Durante mi estadía en

Francia estuvo viendo clases con un...

—¿Qué *decís*? —él sacudió la cabeza.

—He estado practicando con el profesor Dubrov. ¡Debes conocerlo! Él es...

—*Esperá* un momento —él la interrumpió—. Me estáis diciendo que vos... —la señaló con el dedo índice—, habéis estado haciéndole frente a toros de casta y que....

—Bueno —fue el turno de Diana para interrumpirlo—, fueron novillos, pero...

—¡Diana! —exclamó él—. ¿Tu madre está al tanto de eso?

—Pues veréis, esa es la razón por la que mi madre y yo hemos estado distanciadas un poco —ella se puso de pie, se acercó a Rafael e intentó tocarle un brazo, pero él se echó a un lado—. Tomé la decisión de no ir a la universidad y dedicarme a lo que de verdad me apasiona, que es esto —señaló su entorno—. Tú lo sabes Rafael. Siempre he querido...

Él estaba callado, no porque no tuviera nada que decir, sino al contrario. Dentro de su cabeza surgían ideas como cascadas, en su pecho se aglomeraron muchos sentimientos. Sintió ganas de gritar, de decirle muchas cosas hirientes a Diana por burlarse de la promesa que él le había hecho a Armando...

—¡No *podés*! —espetó con furia.

—¿Pero qué dices? ¿Por qué no puedo? —Diana no entendía porque se seguía oponiendo. ¡Ya era una mujer hecha y derecha!

Estuvo tentado a gritarle la verdad, decirle que fue su propio padre quien le hizo prometer que la mantendría alejada de todo aquel mundo peligroso... Sin embargo, no pudo. En lugar de eso comenzó a balbucear sinsentidos.

—Es que... es... esto es muy peligroso y no... Tu madre no estaría contenta con la idea...

—Mi madre no debe enterarse... —dijo ella—. Al menos no por ahora. Quiero practicar y cuando lo domine bien, se lo diré. Quiero que vea que si puedo, que si soy capaz de....

—¡NO! ¡Joder, Diana! —se llevó ambas manos a la cabeza—. No lo hagáis más difícil.

—¿Hacerlo más difícil? ¿Pero de qué coño habláis? —ella levantó la voz. Comenzaba a sentirse iracunda. No estaba dispuesta a aceptar un no por respuesta—. ¿Es porque soy mujer? ¿Es eso? ¿En pleno siglo veintiuno aun conserváis la idea de que una mujer no puede hacer este tipo de cosas?

Rafael negó con la cabeza.

—¿Entonces qué pasa? ¡Joder, Rafael! —él nombrado levantó la mirada y la posó sobre la delgada muchacha que lo miraba—. Mírame a los ojos y dame una razón convincente por la cual no puedo practicar acá, en la escuela que fundó mi padre. ¡Joder! De todos los que practicáis aquí, creo que soy la que más tiene derecho a estar aquí, incluso, si me lo propusiera, pediría tu destitución y tomaría las riendas de este lugar, porque si no lo recuerdas, soy la heredera absoluta de Armando Vidal y...

—¿Ah sí? —él la interrumpió, mirándola de forma retadora—. ¿Eso queréis?

—Solo quiero hacer lo que me apasiona hacer —soltó ella, sin amilanarse ni un poco.

—¿Queréis que te diga una razón convincente de porque no podéis practicar ni aquí, ni en ningún otro lado?

—¡Joder, sí! —vociferó ella.

—¡PORQUE TU PADRE ME HIZO PROMETERLE, EN SU LECHO DE MUERTE, QUE NO OS DEJARÍA QUE ACABARAS IGUAL QUE ÉL, QUE TE APARTARÍA DE ESTE MUNDO! —gritó, sintiendo que el corazón se le saldría del pecho en cualquier momento.

Diana se quedó atónita ante esas palabras.

—¿Ahora lo entiendes? —Rafael volvió a su tono de voz normal—. ¿Ya comprendéis porque siempre me he opuesto?

Ella no respondió. Sentía que el corazón se le partía en mil pedazos. ¿Cómo era posible que su padre le haya hecho prometer algo así, a sabiendas de lo mucho que a ella le gustaba todo lo relacionado a la tauromaquia?

—No lo hagáis por mí, ni por tu madre —musitó él, tratando de hacer contacto físico con ella, pero Diana se hizo a un lado, evitando que él le tocara la mejilla—. Hazlo para honrar la memoria de tu padre. Él te amaba y...

Diana dejó de escuchar. Esa última frase la hizo comprender algo.

—Exacto —balbuceó ella—. Él me amaba.

—Sí —comentó Rafael—. Eras la luz de sus ojos y...

—Y porque él me amaba... —lo interrumpió—, jamás te habría hecho prometer semejante cosa —articuló cada palabra, como si estuviera saboreando una verdad absoluta.

Rafael frunció el entrecejo.

—Hay algo más —masculló ella—. Te estáis valiendo de una treta muy baja para mantenerme alejada. ¡Eso es! —abrió los ojos como faros, era como si acabara de vislumbrar algo sorprendente—. Queréis mantener a raya a la competencia.

—¿Qué?! —Rafael se sintió muy consternado.

—¿Es eso, verdad? —Diana lanzó una mirada despectiva a su alrededor—. Eres tan arrogante —susurró ella—. ¿Cómo no me di cuenta?

—¿Arrogante? ¿Yo? —él dejó escapar una risita de incredulidad.

—Tantos años detrás de ese escritorio —señaló desdeñosamente con la boca—, han hecho que se os suban los humos a la cabeza. Teméis que alguien te "destrone" y paséis a ser un matador más del montón. ¿Pero te digo algo? —le tocó el pecho con el dedo índice, de forma grosera. Rafael tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no darle un manotazo a esa delicada mano que lo tocaba—. Aquí la verdadera Vidal soy yo. Por más que lo deseéis nunca seréis el hijo del gran Vidalito. Y ya estoy harta de agachar la cabeza y obedecer, nadie me dirá lo que tengo que hacer. Ni tú ni mi madre.

—¿Sabéis qué es lo que pienso? —farfulló él.

—No. No lo sé —ella mantuvo su pose retadora.

—Que *seguís* siendo la misma niñata malcriada, que creéis que con chasquear los dedos, el mundo debe rendiros pleitesía. ¿Pero sabéis qué? —susurró—. Ya tengo experiencia con gente como vos. No me vais a humillar.

Hubo algo en esas últimas palabras, que hicieron que Diana reaccionara. Era como si hubiera caído en un trance, como si algo o alguien se hubiese apoderado de ella, haciéndola decir ese montón de cosas tan horribles.

—Rafael, lo siento. Yo no... —balbuceó.

—Por mí, podéis hacer lo que os dé la puta gana —tensó la mandíbula para no levantar la voz—, pero acá no lo haréis. Yo me encargaré de eso.

—¿Me estáis amenazando? —Diana entornó los ojos.

—Tómalo como queráis —había mucha rabia en la mirada verdosa de Rafael—. Ahora si me disculpáis —extendió el brazo, señalándole la puerta de salida—, tengo muchas cosas que hacer como para andar perdiendo mi tiempo. Si no *tenés* nada más que decir, te agradecería que te marcharas.



*Una semana después*

Se llevó la mano a la frente, a la vez que soltaba un largo suspiro. La comida ya estaba fría, y sin darse cuenta, escribió el nombre de Rafael con la salsa, sobre la superficie blanca de su plato. No podía dejar de pensar en él, y en sus palabras. Y lo peor de todo es que aun no lograba entender qué demonios le sucedió ese día. ¿Por que actuó de esa manera? ¡Ella no es así! De hecho, no tolera a la gente que se aprovecha de su posición social, el dinero o el poder, para pasar encima de otros. ¿Entonces por qué reaccionó como lo hizo aquel día?

Tal vez fuese porque se sentía susceptible, y muy harta de que siempre le dijeran que no podía hacer algo, que ella había soñado hacer durante tantos años.

—¿Te vais a *comeg* eso, o qué? —una repentina voz, la hizo dar un respingo.

Diana sacudió la cabeza y clavó la mirada sobre la delgada rubia pecosa de ojos marrones, muy oscuros, que la observaba con mucho detenimiento.

—¿Lo queréis? —preguntó Diana a su amiga.

La rubia hizo un ademán con su mano para que le pasara el plato. Sin perder tiempo, comenzó a comerse el almuerzo de Diana.

—Esto está muy bueno —comentó la chica, con la boca llena.

—¡Joder, tía! No entiendo como hacéis para comer como lo haces, y tener ese cuerpo.

—Mi metabolismo es *gápido*.

—Bendita seas entre todas las mujeres —bromeó Diana.

—Ya. En *seguio* —la rubia tragó—. ¿Hasta cuándo vais a *seguig togtugándoos* con esa loca idea?

—No es una loca idea, Claudine. En mi pasión, y no es justo que me juzguen o cercenen mis sueños.

—Ya, *pego* igual es una *locuga* —volvió a decir la rubia—. Tenéis muchos talentos. *Egues* buena con el piano, cocinas delicioso... —se encogió de hombros—. No sé, *podguíais haceg* ese tipo de cosas, más *acogdes* con las *mujeges*.

Diana abrió la boca y se llevó una mano al pecho, indignada con lo que acababa de escuchar. Le lanzó una dura mirada a Claudine y se mordió la lengua para no soltarle lo primero que se le cruzó por la cabeza.

Clau era lo más cercano que tenía a una amiga, pues ambas fueron compañeras de estudios desde el quinto grado, que los padres de la rubia la metieron a estudiar en el mismo internado que ella. No obstante, Diana no solía ser el tipo de persona que se apega mucho a alguien. Desde la

muerte de su padre, juro nunca más vincularse tanto a una persona, para evitar sufrir tanto al perderla.

—Que comentario tan sexista acabáis de hacer —farfullo Diana.

—No es sexista, Diana. Es *guealista*. Eso que *queguéis haceg* es *paga homgbres*. Es muy *aguiesgado*.

—Cristina Sánchez, Mari Paz Vega, Raquel Sánchez, Sandra Moscoso... ¿Donde las dejáis? ¿Acaso ellas son hombres?

—Ellas son casos *apagte*.

—¿Casos aparte? ¿Pero qué dices? ¡Soy la hija de Armando Vidal! ¿Es que acaso eso no me da mérito? ¿Qué es que lo que dicen los críticos taurinos?

—Sí, sí, sí... —puso los ojos en blanco—, que tenéis la casta Vidal. ¿Y qué?

—¿Y qué? ¿Pero de qué coño vais, tía? —Diana se exasperó.

—Sucede que te *quiego*, y no deseo *veg* como ponéis en *guesgo* tu vida, solo *pog haceg guealidad* un tonto *cagpricho*.

—No es un tonto capricho, ¡joder! Desde que tengo uso de razón es lo único que deseo hacer. Es como cuando uno se enamora. No elegimos de quien enamorarnos. Así me pasa con esto...

—¿Te habéis puesto a *pensag* un poco en tu *madgre*? —inquirió Claudine.

—¿Que sucede con ella?

—Pues que *egues* lo único que le queda. ¿Te imaginas como se *sentiguía* si algo malo te *llegaga* a *pasag*?

—Yo no le importo a mi madre —musitó Diana—. No le tembló el pulso a la hora de mandarme muy lejos, para poder rehacer su vida. Cuando se casó de nuevo, no preguntó siquiera que opinaba de Manuel. Solo pretendía que le llamara papá. ¿Eso es que te importe alguien? Además, no soy lo único que le queda.

—Estáis siendo muy *duga* con tu *magdre*, ella solo *queguía*...

—Solo quería sacar de su vida cualquier cosa que le recordara a mi padre; a mí, a la escuela... ¿No os conté que puso a Rafael al frente de la escuela? ¿Pero qué coño le pasa por la cabeza? ¡Ese era mi derecho al cumplir la mayoría de edad!

—Diana... —intervino la rubia, levantando la mano—. Es ilógico que te ponga a *caggo* de la Escuela, *pogque* no tenéis ninguna *expeguencia*.

—¡NO TENGO EXPERIENCIA PORQUE ELLA SE HA ENCARGADO DE MANTENERME SIEMPRE AL MARGEN! —espetó.

Los ojos de Claudine se abrieron como platos.

—Lo siento, Clau. Yo no quise...

—En fin —dio un manotazo en el aire y retomó su comida—. Si en vez de chica, hubieses nacido *vagón*, no *habgía* tanto *drgrama* y...

—¡Exacto! —dijo Diana, interrumpiéndola.

—Claro, *pego* es algo imposible, a menos que... —Clau volvió a abrir los ojos, desorbitados, al ver la expresión de su amiga—. ¡No! No me digáis que vas a *haceg* lo que estoy pensando.

Diana asintió con la cabeza. Una sonrisita malévola emanó de sus labios.

—¿Te volvisteis loca? ¿Pensáis *hacegte* una *gueasignación* de sexo?

—¿Qué? —Diana sintió que le caía un balde de agua fría encima—. ¿Pero de qué coño hablas, tronca? —frunció el entrecejo.

—Es lo que estaba pensando yo —comentó Clau.

—No voy a hacer semejante cosa —Diana puso cara de espanto—, pero me habéis dado una

excelente idea.

Claudine comenzó a sentirse intrigada.

—¿Qué vas a *haceg*, Diana? —entornó los ojos—. ¡*Pog Dios!* Me da pánico cuando pones esa *caguita*.

—¿Que carita? —el rostro de Diana mostraba una falsa inocencia. Era el gesto de un niño que está a punto de hacer alguna travesura.

—Tenéis algo en esa cabeza tuya, que sabes que no es lo *cogucto*, *pego* aun así lo vais a *haceg*. ¡Dime de qué va!

Diana se quedó un momento en completo silencio, observando a su amiga. Ella tenía dos días de haber llegado a Madrid. Francesa de nacimiento, con el sueño de ser escultora; llegó a la capital española con la convicción de formar parte del Circulo de Bellas Artes de Madrid. En tan solo una semana comenzaría un curso de verano que tomaría en la Universidad Carlos III de Madrid. Diana se ofreció a darle hospedaje, las cinco semanas que duraría dicho curso para que se ahorra una pasta, en vez de pagar un hotel.

Claudine era muy diestra con sus manos y tenía una creatividad increíble. Solo ella podría ayudarla con la loca idea que acababa de alojarse en su cabeza. ¡Dios! Su amiga llegó como caída del cielo.

—Si no puedo ser matadora, entonces seré matador, y tú me vais a ayudar con eso —le guiñó un ojo.

—¿Qué? ¿Cómo dices? ¿*Pego* como coño vais a *haceg* eso?

—¿Alguna vez visteis la película *White Chicks*? —inquirió Diana, con notable brillo irradiando de los ojos.

—¿La que es de dos tíos de *colog* que *tgabajan paga* el FBI y que se *disfgazan* de dos *mujeges* blancas y *gubias* para *atgapag* a un *cgiminal*? —tanteó Claudine.

—Esa misma —dijo Diana—. Vamos a hacer lo mismo, pero a la inversa.

Claudine frunció el entrecejo y ladeó la cabeza, mirándola como si su amiga se hubiese vuelto por completo loca.

—¿De qué *cagajos* estáis hablando?

—Tú me ayudareis con eso —sentenció Diana.

—¿Yo? —abrió los ojos como platos—. ¿Y cómo voy a *haceg* eso?

—Eres toda una artista, sabéis trabajar con manualidades, manipular yeso, hacer moldes...

—No —Claudine meneó la cabeza—. Lo que tú me estáis pidiendo solo funciona en las películas. ¿Pensáis que solo basta con *peinagse* el cabello hacia *atgás* y *ponegse* un *pag* de anteojos *paga* que nadie sepa cuál es tu *vegdadera* identidad? ¡La gente no es tonta! Se *dagán* cuenta que *egues* tú.

—No si lo hacemos bien.

—¿Acaso *queguéis* que te *conviecta* en el *señoguito* *Doubtfigue*? —inquirió Claudine, escéptica.

—¿En quién? —Diana frunció el entrecejo.

—Es la película que es con *Gobin Williams*, que se *tagansforma* en una *señoga* *paga* *podeg* *cuidag* a sus hijos.

Diana soltó una carcajada.

—¡Oh! No había pensado en esa película, pero es buena idea también. Solo que sería una versión muy sensual —volvió a reír—. No quisiera terminar luciendo como un señor de avanzada edad.

—No, Diana. Es una idea *absugda*. Es lo más tonto que he escuchado en mi vida.

—Por favor, Clau —le imploró—. Será solo al principio. Cuando mi madre y Rafael vean que soy capaz de hacerlo bien, que no deben preocuparse por mí, les diré la verdad.

—Una *mentiga*, por muy pequeña que sea, *guequiegue* de *gandes mentigas paga mantenegse* a flote. ¿Estás *claga* de eso, Diana?

—Sí, lo sé, pero te prometo que solo será por un corto tiempo.

—No lo sé, Diana. Me *paguece* algo muy loco y *extgemo*.

—Por favor —la de ojos grises junto sus manos e imploró.

—¡*Gayos*! Sé que voy a *teginag aguepintiéndome* de esto.

—No. No lo harás —comentó Diana.

—Sí. Sí lo *hagué* —concluyó Claudine.



Ambas amigas se fueron de compras. Se hicieron con un gran montón de ropa casual masculina, así como de lociones, y artículos de uso para caballeros. Como ambas eran un tanto exigentes a la hora de fijarse en un chico, sabían a la perfección lo que hacía que un hombre fuese irresistible.

Debido a que los rasgos faciales de Diana eran en extremo femeninos, Claudine optó por comprar silicón para hacer una prótesis que le hiciera la mandíbula más cuadrada a su amiga, a la vez de aportarle un mentón más propio de varón. Compraron también varios rollos de lana crepe. Clau conocía una técnica para crear barbas y bigotes falsos que se veían muy realistas, con este material. Eso sí, procuraron obtener un pegamento de muy buena calidad, que no fuese tóxico, para poder fijar el vello facial falso a la piel de Diana y no causarle ningún daño a la delicada piel.

Varios metros de vendas gruesas, le ayudaría a disimular su bien dotado busto. Simular la protuberancia de la entrepiernas, era lo más fácil; un calcetín con algo de goma o silicón dentro, le daría una apariencia ideal.

La cuestión más complicada, era darle al cuerpo de Diana más masa muscular, pues sus brazos y muslos eran delgados y la espalda estrecha. Más silicón, caucho y tela, le ayudaría a Claudine a confeccionar prótesis para el cuerpo de Diana.

Solo había un detalle. Ella solo podría usar suéteres y camisas manga larga, o de lo contrario se darían cuenta del relleno de sus brazos, al igual que pantalones largos, para ocultar la falsedad de sus músculos.

La parte difícil fue decidir cortarse el cabello. Tanto Diana como Claudine llegaron a la conclusión de que era mucho más fácil usar una peluca, cuando le tocara ser Diana, y llevar el cabello corto cuando le tocara ser el personaje que estaba creando. Además, cortarse el cabello, disminuía las posibilidades de que la descubrieran, pues su espesa cabellera castaña rojiza era inconfundible.

Otro rasgo característico de ella, eran sus ojos. Así que un par de lentillas de color marrón oscuro, ocultarían sus exuberantes ojos grises.

Fue una larga tarde para las chicas, entre música movida a todo volumen, pruebas, ensayos, descartes y más pruebas, hasta llegar a la apariencia deseada: a la de un joven caballero, guapo y misterioso.

—¡Pog los clavos de *cgisto*! —exclamó Claudine.

—¿Qué? —dijo Diana, sintiéndose muy ansiosa por mirarse en el espejo.

—Me *ofgezco* de *voluntagia paga seg* tu novia, si lo deseáis.

Diana rió a carcajadas.

—Quiero verme. Dale vuelta a la silla, por favor —solicitó ella.

Su amiga hizo lo que le pedían.

Diana se quedó petrificada ante lo que veía. No se lo creía. Tuvo que mover su mano ante el espejo, varias veces, para asegurarse de ser ella quien aparecía en el reflejo.

—¡Madre mía! —musitó—. Esto es...

—Sí, lo sé. Es *pegfecto*. Soy un genio.

—Clau. Eres una diosa con tus manos, habéis hecho un...

—*Ahoga* solo te falta *pgacticag* tu voz, o de nada *habgá* valido todo esto.

—Cierto —concordó Diana, y acto seguido comenzó a practicar con su voz.

Dijo unas cuantas frases hasta dar con el tono adecuado. No le costó mucho, pues su voz natural era un tanto grave. Lo que si le costó fue mantener el tono uniforme durante un buen rato, sin variable ni atisbo de su propia voz.

Estuvieron charlando, y Diana practicando, hasta que les dieron las tres de la madrugada. Cada una se fue a dormir. Por decisión unánime, Diana se fue a la cama con toda la parafernalia puesta, pues eso le facilitaría la tarea a Claudine en la mañana. Además, Diana debía empezar a acostumbrarse desde ya a llevar todo eso puesto.

Se fue a la cama con una enorme sonrisa dibujada en sus labios. Estaba decidida a lograrlo a toda costa, sin importar lo que pasara. Solo le quedaba un par de cosas pendientes. ¿Cómo se iba a llamar su personaje? ¿De donde era? ¿Cuál era su pasado? Esos datos en los que todo buen autor debe pensar; y en ese momento, Diana era la creadora de un personaje, de un novillero que llegó de Andalucía, con preparación empírica, pero ágil con el capote y de pies ligeros. Sus padres fallecieron en un accidente de coche cuando era un niño, ¡vaya cliché! Pero era mejor ese cuento, que decir que sus padres fueron asesinados, saliendo del teatro, a manos de un malhechor que los atracó. Esas fueron las dos opciones que se vislumbraron en su cabeza. Al morir sus padres, quedó a cargo de su querida abuela Miguelina, la cual estaba ya muy vieja para emprender un viaje de ese tipo junto a su nieto, y por esa razón se quedó en Andalucía. Nacido el 2 de julio de 1987, tenía diecinueve años de edad. Luego de pensarlo por un par de minutos, optó por el nombre de Diego Morante, quien acababa de llegar a la ciudad y vivía en un modesto piso, con su novia Claudine Fountaine. Rió por lo bajo al pensar en lo disparatado del caso, pero estaba resuelta a lograr su cometido, costara lo que le costara.



Saludó a la mujer que yacía sentada frente al escritorio junto a la puerta y prosiguió hacia su oficina, se quitó el abrigo y lo dejó en un perchero cercano a la ventana. No era necesario abrigarse con el clima tan agradable que hacía afuera, pero la prenda era más que todo parte característica del estilo de Rafael: siempre casual y muy elegante.

Sin perder tiempo, encendió su ordenador y comenzó a teclear palabras a toda velocidad. Esa mañana se sentía muy inspirado para seguir trabajando en su libro. Desde hacía unos meses atrás, él había estado muy concentrado en una historia de ficción que llegó a él, mediante un sueño.

Esa era su otra pasión: la escritura.

Llevaba más de sesenta mil palabras escritas, e iba a por sesenta mil más...

*"Cerró sus ojos con fuerza, obligando su cerebro a concentrarse. Se inclinó y miró de nuevo por el lente del microscopio. El tejido celular era de una muestra humana, en específico, células cancerígenas humanas. Dichas células, se multiplicaban a un ritmo normal. Por instinto, decidió agregarle una gota de un extraño líquido que yacía en un tubo de ensayo. Tenía una palabra escrita con marcador negro, "Enorkl". Miró de nuevo los papeles dispuestos dentro de la carpeta que tenía a su derecha. En efecto, era una solución experimental que "supuestamente" ella confeccionó hacía tres días atrás, el problema es que ella no recordaba nada de eso. Un inesperado silbido la hizo girar hacia la puerta. El Doctor Upton entró, la miró y sonrió..."*

Dos golpes en la puerta lo hicieron detenerse y levantar la mirada.

—Disculpe, señor Villanueva, pero...

—¿En qué quedamos, Marta? *Decime* solo Rafael —él interrumpió a la mujer.

—Lo siento, Rafael —respondió ella—. Lamento interrumpiros, y más cuando sé que debe estar muy ocupado, pero hay una persona que pregunta por usted y desea verlo.

—¿Una persona? —él frunció el entrecejo—. ¿Esta vez sí le preguntaste el nombre? —inquirió él, mirándola de modo juguetón.

La mujer asintió con la cabeza.

—Es un joven llamado Diego Morante. ¿Lo hago pasar?

A Rafael no le sonaba de nada ese nombre, pero le causó mucha curiosidad.

—Sí. *Hacelo* pasar —hizo un ademán con la mano.

No pasaron ni diez segundos cuando un muchacho de unos escasos veinte años, atravesó el umbral de la puerta. Rafael se puso de pie y lo invitó a tomar asiento. El chico solo se limitó a agradecer y hacer lo que le pedían, dejando a Rafael con la mano extendida. Atribuyó la falta de

cortesía al hecho de que el joven no despegó la mirada del suelo desde que entró. Quizás no vio cuando le ofreció la mano. Al menos eso quiso pensar Villanueva.

—*Gracias por resibirme*, señor —dijo el chico de inmediato al sentarse.

—No tenés porque agradecerme... —Rafael entornó los ojos, como tanteando para saber el nombre del muchacho.

—Diego. Me *iamo* Diego —fue una voz grave. Quizás más de normal.

—Sí. Marta ya me lo comunicó —comentó Rafael. Sin poder evitarlo, se sintió un poco incómodo por la actitud del recién llegado. El muchacho se negaba a hacer cualquier tipo de contacto visual con él—. Y *decime*, Diego. ¿Qué os trae por acá?

El corazón de Diana dio un vuelco. ¡No sabía qué hacer! Estuvo tentada a levantarse y salir corriendo de allí. Las manos le sudaban y los oídos le zumbaban. ¡Joder! Cuando se imaginó la escena, nunca pensó que fuese tan difícil mirar a Rafael a la cara. Tomó una profunda respiración y lo hizo.

¡Bingo! Dijo Rafael internamente al poder verle el rostro al chico. Por un momento llegó a pensar que quizás tenía una marca o cicatriz que le daba vergüenza mostrar, pero por el contrario, el muchacho no tenía nada de qué avergonzarse. Era un joven muy bien parecido.

—Veréis... —profirió el chico, seguido de un carraspeo de garganta—, yo... he... venido a... —volvió a carraspear, al recordar que tenía que hablar con acento andaluz—. Ehmmm... *je venío* a... —balbuceaba.

Rafael frunció el entrecejo.

¡Mierda! Diana maldijo para sus adentros por ser tan estúpida y no comportarse a la altura de la situación. Hizo dos semestres de teatro en el internado en Francia, así que no era ninguna novata. Se obligó a sí misma a controlarse y actuar acorde a lo que "era": un muchacho muy seguro de sí mismo, que quería comenzar a labrarse un camino dentro del mundo taurino.

—Discúlpeme, de *verdá* —volvió a aclararse la garganta y se irguió—. Es imposible no ponerse nervioso frente a alguien como *usté* —apeló a su lado adulator. Rafael no pudo evitar sonrojarse un poco—. Con su trayectoria y...

—¿Es un conocedor de la tauromaquia? —lo interrumpió Rafael.

—¿Conocedor? —Diego sonrió—. Soy un amante del arte e' la muletilla y el capote. Desde pequeño he *soñao* con ser un gran *mataor*.

Rafael entornó los ojos. No pudo evitar sentir cierta familiaridad en el muchacho.

—¿Nos hemos visto antes? —indagó.

—No lo creo —contestó Diego de inmediato—. Llegué *jace* solo tres días de Andalucía.

—¡Anda! ¡Ya decía yo que tu acento era andaluz! —celebró él.

Diana sonrió con algo de timidez ante la repentina euforia de Rafael.

—Vine con la *convisión* de *comensá* mis estudios acá —confesó el muchacho sin más.

—¿*Querés* estudiar acá, para ser matador? —tanteó Rafael.

—Sí. *Je escuchao* que esta es una de la mejores escuelas del país, acá aprendió *usté*, y *usté* es uno de los más grandes en la actualidad y...

—¡Oh vamos! Tampoco exageremos. Yo solo hago lo que puedo —dio un manotazo en el aire—. Grandes son Manolete, Paquirri, Dominguín, Belmonte... Vidal. Yo solo soy alguien que le apasiona hacer lo que hace —le puso una mano en el hombro a Diego.

Diana se estremeció ante el toque de Rafael, y sintió pavor de que siguiera tocando un poco más y descubriera cosas que no debía. ¡Su mentira se haría añicos en menos un día! De un movimiento raudo, se alejó de Rafael. Este se quedó un poco desconcertado por dicha reacción.

—Lo siento, no me gusta que me anden tocando de a *musho* —se excusó Diego.

—Vale, tío. Lo entiendo —dijo Villanueva—. Entonces, ¿me dices que quieres comenzar a tomar clases acá?

—Sí —espetó—. No tengo *preparación* previa, pero le puedo *demostrar* que...

—¡Vaya! —le interrumpió—. ¿Qué edad *tenés*, Diego?

—*Diesinueve* —respondió en el acto.

—¿Y no *tenés* ningún tipo de preparación? —se encogió de hombros—. No lo sé, chico. Yo a tu edad, ya estaba tomando la alternativa...

—*Pó favó*, deme la oportunidad —le interrumpió—. Soy bueno. *Je practica*o con uno que otro novillo —tuvo que mentir—, en la finca de mi abuelo. *Jabía* un viejo toro que...

—Ya veo —fue el turno de Rafael para interrumpir—. Tienes la intención. Se ve que quieres y que serías muy capaz, pero... en este momento solo tenemos abierto un curso de verano, y es para estudiantes avanzados que...

—*Pó favó* —volvió a decir. Su voz adquirió un deje de ruego—. *Je soñao* con esto toda mi vida. Vine a Madrid con una sola meta en mente. Deme una oportunidad, verá que no se va a *arrepentí*.

Rafael no respondió. Se quedó en completo silencio, observando al muchacho frente a él. Había mucha desesperación en su mirada, y un tanto de tristeza. Y por la forma que movía las manos, estaba muy nervioso y ansioso. Sintió pena por el pobre chico.

—A ver, Diego. Esto no suelo hacerlo con nadie, pero hay algo en ti que me dice que en serio quieres esto, así que te haré una breve prueba, y veré que tanto sabes y que tanto necesitas aprender. ¿Vale? Y así podré saber si estás apto para tomar el curso de verano.

—Sí, sí, sí —dijo el joven—. Cuando *usté* quiera y donde quiera.

—Hoy —profirió Rafael. Diana abrió los ojos como platos—. Aquí, y en este instante.

—¿Cómo? —*Diego* no daba crédito a lo que escuchaba—. ¿Aquí? ¿*Ajora*?

—Sí —con el dedo índice de su mano derecha, apuntó hacia una vitrina—. Trae ese capote y ven acá.

*Diego* hizo lo que le solicitaban sin chistar. Sabía que era su momento de brillar y no lo iba a desperdiciar. Tomó el gran pedazo de tela rosa con amarillo que estaba doblado y lo sacudió con un sutil movimiento para extenderlo.

—Párate aquí —le indicó Rafael. El muchacho acató su orden—. Te haré una serie de preguntas y quiero que me las respondáis lo más rápido que podáis. Luego os pediré que hagáis algunos movimientos y quiero ver que tan ágil *sos*. ¿De acuerdo?

Diana asintió con la cabeza.

—¿Como está estructurada una corrida de toros? —lanzó la primera pregunta.

—Previo a la lidia se *hase* el sorteo y la *asignación* de las reses a *caá* torero. Son tres *mataores* y tolean por orden, desde el más antiguo *jasta* el más novel, a *exsepción* de que sea día *e' tomá* alternativa. En ese caso, primero torea el que va a *tomá* la alternativa, *seguío* del más veterano y el orden se retoma en la segunda tanda. *Caá mataor* lidia dos toros, y la faena total tiene una *duración* aproximada de dos *joras*. Se despeja la *plasa* y se *comienza* con el paseíllo. La lidia como tal está compuesta por tres *tersios*: el de *picá* o de varas, el de *banderilleá* y el de *matá*.

Rafael no se mostró para nada impresionado, aunque debía reconocer que el muchacho no titubeó ni un segundo.

—Existe un movimiento característicos dentro de la faena, que fue inventado por un gran

torero, *decime* el nombre de este y a qué movimiento me refiero.

—*Usté* se refiere a La Manoletina, *inventáo* por el gran Manuel Laureano Rodríguez Sánchez, mejor *conosío* como Manolete.

—¿Cuales son la formas de entrar a matar?

—Son tres, y dependen si son de ataque o defensa. La primera se da cuando es el toro quien acude hacia el *mataor* y se llama suerte '*e resibí*, la segunda es el torero quien va *hasia* el toro y *resibe* el nombre de suerte a un tiempo y la *tersera* es cuando van uno *hasia* el otro al mismo tiempo, y se *conose* como suerte al volapié.

—¿Que es el descabello?

—Es una suerte suprema, y se recurre a este recurso, solo si, aun estando *jerío* de muerte, el toro continúa con vida, *agonisando*. Es más un acto de misericordia para con el *bisho*.

—Dime el nombre de tres castas muy comunes en las corridas.

—*Morusha*, Cabrera y *Vasqueña*.

—Nómbrame dos pases de capote.

—Verónica y *Shicuelina*.

—Nómbrame tres quites de muleta.

—Pase de pecho, manoletina y *trinsheraso*.

Ambos se quedaron en silencio, mirándose directo a los ojos. Aunque Rafael estaba muy sorprendido, no demostró ni un solo atisbo de estar impresionado. Era increíble ver como ese muchachito que entró cabizbajo y hecho un manojo de nervios, se transformó, de repente, en la personificación de la seguridad en sí mismo.

—Hacedme una demostración de una Chicuelina —solicitó Rafael.

Diana sostuvo el capote con ambas manos, a la altura del pecho, sacudió levemente el capote, como si estuviera incitando a un toro, esperó unos segundos y sujetó un borde inferior con su mano izquierda, dio una media vuelta y se envolvió con la tela.

—Demostradme como se hace una Gaonera —lo retó.

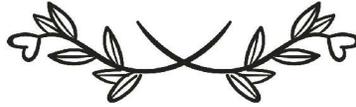
Diana sujetó el capote por la espalda con ambas manos, dejando casi todo el vuelo derecho por un lado. Esperó unos segundos, simulando que el toro pasaba a su lado, dio un medio giro hacia el costado opuesto de la supuesta embestida, levantando el capote y aparentando que lo deslizaba por el lomo del toro.

—Muy bien —dijo Rafael—. Comenzáis el lunes a las ocho de la mañana. El curso ya lleva dos semanas de haber comenzado. Tendréis que esforzaros para ponerte al día.

Dicho esto, se dirigió a la puerta y llamó a Marta.

—Por favor, dile al chico que recaudos debe traer y ayúdale a rellenar la planilla —le dijo a la mujer, y girándose hacia Diego—. No hagas que me arrepienta de esto.

—No lo haré —musitó Diana, con una inmensa sonrisa en su rostro.



A las tres de la mañana del lunes, Diana ya estaba despierta, sobre su cama, con la mirada fija en el techo. El corazón le latía como frenético. En diez minutos se levantaría para comenzar su preparación. Convertirse en Diego era algo que al principio le tomaba hasta dos horas, pero estuvo practicando junto a Claudine y ya solo le tomaba unos cuarenta minutos de su tiempo.

Ser Diego Morante no era tan fácil como lo imaginó cuando se le ocurrió la alocada idea. Tenía que tratar de ser un caballero en toda regla, pero procurando ser muy natural. Y por esa razón, pasó los últimos tres días estudiando a la especie masculina. Junto a su amiga, fue a plazas, restaurantes, gimnasios, centros comerciales, y se sentaba en silencio a observar la forma en que hablaban y se expresaban, como reaccionaban ante situaciones específicas y como lidiaban con los problemas. En su poco tiempo de estudio, se dio cuenta de algo muy curioso: los hombres no suelen prestarle mucha atención a los detalles. A menos que tengan una personalidad peculiar, pero la regla, casi universal, era que los chicos solían ser menos de razonamiento y más de instintos.

...Y aunado a todo esto, tuvo que pagarle un pastón a un amigo de Claudine, para que le consiguiera una identificación falsa, a fin de poder llevar el bendito documento a la escuela, para poder inscribirse en el curso de verano.

Se sentó en el borde de la cama un momento, a mirar la fotografía improvisada en su documento de identificación. No sabía si eran solo ideas suyas, pero no podía evitar ver que Diego se parecía mucho a ella, y era algo obvio, porque eran la misma persona, pero la idea era que no se parecieran.

—Quédate *tganquila*, que Diego y tú no os *paguecen* —oyó la voz de su amiga, desde la puerta del cuarto.

—No lo sé, Clau. Veo muchas similitudes.

—Tú solo debéis *mostgag* ese documento para *incgibigte*, ya luego lo *guagdáis* en el *guincón* más *pgofundo* de tu *cagtega*.

Diana respiró profundo y soltó el aire despacio. Acto seguido salió de su cama y comenzó a vestirse...

—Uhhh... se te ha pasado la mano con el *pegfume*, Dieguin —comentó Claudine, al rato, al pasar frente a la habitación de Diana.

—Es que uno tiene que guardar las apariencias, tía —contestó Diana, con voz ronca y alta: la voz que usaba cuando era *Diego*.

—¿Y a que *hoga gueguesagás*, *queguido*? —bromeó la rubia.

—No lo sé, cariño. Os avisaré cuando esté a punto de salir para que vayáis preparando la

cena —contestó *Diego*, en el mismo tono burlón.

Eso de fingir que eran pareja, iba a ser muy divertido.

Terminó de arreglar su cabello frente al espejo, y si fuera una ególatra sin remedio, reconocería por sí misma que era un bombón de hombre, que a más de una le gustaría probar, pero nunca había sido de ese tipo. Es más, a veces, le costaba trabajo aceptar un cumplido, no porque tuviera baja autoestima, sino que solía ser muy modesta en cuanto a su apariencia física. *Diego* era su álter ego masculino. Punto.

Salió del edificio con calma. Iba a buena hora. Caminó despacio, degustando el delicioso sabor de la victoria en su boca. Iba por las calles de Madrid, disfrazado de alguien más, pero eso no le importaba, porque lo importante es que, con cada paso que daba, se acercaba a su sueño anhelado de ser matadora.

Llegó a la escuela con tiempo de sobra, así que aprovechó para dar un paseo por las instalaciones. Habían tantos recuerdos de su infancia, regados por doquier, que no pudo evitar derramar una que otra lágrima de añoranza.

Faltando diez minutos para la hora pautada, se encontraba sentada en las escaleras que daban hacia un patio, donde asumía que practicaban los quites y pases. El sol iluminaba con intensidad en el cielo. Hacían unos agradables 23°C esa mañana. El ambiente comenzaba a calentarse y Diana decidió deshacerse de su chaqueta de cuero color negro y quedarse con tan solo la camisa manga larga de cuello tortuga del mismo color que su chaqueta, que ya por sí sola, le daba mucho calor.

Sintió que sus latidos se aceleraban cuando se percató que Rafael se aproximaba, junto a siete individuos. Se puso de pie en un salto, sacudiéndose el pantalón. Las manos le comenzaron a sudar, y maldijo para su adentro por no poder controlar sus emociones.

—¡Oh! Acá estáis —dijo Rafael al verlo—. Chicos, os quiero presentarles a *Diego* —el nombrado saludó, agitando la mano en el aire y encogiéndose un poco de hombros—. Él va a estar con nosotros a partir de hoy. No seáis tan duros con él —bromeó.

—Hola. ¿Qué tal? —habló *Diego*.

Uno a uno fue extendiendo la mano en dirección a Diana, diciendo su respectivo nombre. Víctor, José, Gustavo, Ricardo, Enrique, Joel y Fabián. En ese orden. Ella era muy buena para memorizar nombres, así que no le costó nada recordar quién era quién.

—¡Bien! La clase de hoy, será acá. Hace un día fabuloso —anunció Rafael, y dicho esto dio inicio la primera lección de *Diego*, pero la décima segunda para los demás.

Lo primero que hicieron fue hablar de términos generales de la tauromaquia, luego practicaron quites y pases. Las bromas no faltaron, pues a Gustavo y a Enrique se les hacía hilarante la forma en que *Diego* sujetaba la muleta.

—Vale, tío. Es cierto que debemos movernos con sutileza y cierto atisbo de femineidad, pero no exageréis —bromeó el par.

—No les prestéis atención —le dijo Rafael, dándole un ligero apretón en el hombro, cuyo roce rechazó *Diego* en el acto. No por ser grosero sino por miedo a que notara algo extraño al tacto—. ¡Oh! Lo siento. Se me olvidó que no te... —sacudió la cabeza con fuerza.

—No pasa ná, tío. Estoy bien —comentó Diana.

La clase tuvo una duración de casi dos horas, en la que *Diego* pudo hacer alarde de sus conocimientos y gala de sus movimientos.

—¿Seguro que es un novato? —inquirió Fabián, dándole un suave codazo en el costado a Rafael.

—Eso fue lo que me dijo —le respondió, susurrando del mismo modo que su interlocutor, y sin poder apartar la mirada de *Diego*.

Diana sabía muchísimo del tema, porque le apasionaba desde que era un niña, y porque tomó clases personales por un buen tiempo con un buen maestro. En un par de ocasiones no pudo evitar tratar de corregir la postura de unos cuantos, quienes le devolvieron una mirada desdeñosa. *Diego* captaba la mala saña y decidía mantenerse al margen, pero una vez más, sin quererlo, volvía a corregir a alguno, y volvía a sentir la incomodidad. Lo último que quería era que lo tomaran como un pesado sabelotodo. Pasó por eso durante sus años en el internado. Casi no tenía amigas por eso. Muy a su pesar, despertaba envidia por saber mucho y querer ayudar a todos.

Si era difícil desenvolverse entre mujeres, mucho más difícil era hacerlo entre hombres, y más cuando estos, tenían el ego del tamaño de la Basílica del Vaticano.

—Bueno —Rafael dio una palmada en el aire—. Creo que eso ha sido todo por hoy. Mañana no podré venir, pues tengo algunos asuntos pendientes por resolver. Nos veremos el miércoles, chicos.

En el acto, todos comenzaron a recoger sus pertenencias y dirigirse hacia la salida. Rafael se dio la vuelta y se encaminó hacia su oficina. Diana lo siguió.

—Maestro —dijo ella.

—No me digáis así —se detuvo y se dio la vuelta—. *Decime* Rafa, ya que estamos en confianza.

—Eso quiere *decí* que me quedo, que puedo...

—Sí, chico —fue a ponerle la mano en el hombro, pero recordó que a *Diego* no le gustaba que lo tocaran—, eso quiere decir que me habéis impresionado y que te habéis ganado tu lugar acá. Es oficial —sonrió—. Bienvenido al equipo. Si *seguís* como vas, no me queda la menor duda que algún día seréis un gran torero.

—Eso quiero, Rafa —confesó *Diego*—, y *llegá a sé* tan grande como mi padre.

¡Joder! En cuanto Diana soltó la última palabra, se arrepintió de haberlo hecho. El subconsciente la traicionó.

Rafael frunció el entrecejo.

—¿Qué? ¿Tu padre era torero? ¡Vaya! ¿Por qué no me lo comentaste antes?

—¿Qué? —Diana se puso pálida como una hoja de papel—. ¿Dije mi padre? ¡No! Me refería a mi Tata —mintió.

—¿Tu Tata?

—A mi abuelo —espetó ella.

—¿Tu abuelo es torero? ¿Cómo se llama?

—¿Llamaba? Murió *jase* años.

—¡Oh lo siento!

—No os preocupéis.

—Pero, ¿cómo se llamaba? Tal vez haya oído hablar de él —insistió Rafael.

—No lo creo. Él solo *alcansó a toreá* en plazas pequeñas, en ferias de nuestro pueblo —mentía de manera descarada.

—¡Vale! Pero si me dices su nombre podría, no sé, tener un referente para recomen...

—Sergio Morante —respondió sin pensar.

—Ammm... Sergio Morante.... —Rafael se llevó una mano a la quijada en gesto pensativo—, me suena. ¿Tenéis algo que ver con José Antonio Morante?

¡Joder! Diana abrió los ojos como platos. Tan solo eso era lo que le faltaba, que la

descubrieran por una estúpida indiscreción.

—¿Con Morante de la Puebla? No. *Ná* que *vé* —dijo Diana—. Lo cierto e' que me refería a que mi Tata era *admiraó* de un gran torero, y yo crecí viendo fotos de él, leyendo noticias de él en el periódico... —comenzó a hablar, desesperada por cambiar el tema.

—¿Ah sí? ¿Y a quien admiraba tu abuelo?

—Mi Tata era *admiradó* de Vidalito —respondió *Diego*, tratando de mantener a raya su creciente nerviosismo.

—¡Hala! Apuntáis alto. Me agrada que tengáis ambiciones.

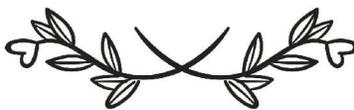
Rafael se dio la vuelta y volvió a emprender su camino hacia su oficina.

Diana soltó un suspiro de alivio al ver que logró salir airosa de la situación.

—Tendréis que trabajar mucho, y practicar sin descanso, si queréis llegar al nivel de Vidal —Rafael continuó hablando, a la vez que se iba alejando de *Diego*.

Diana sintió que el ritmo de su corazón volvía a estabilizarse.

—¡Joder, Diana! Debéis de tener más cuidado —dijo entre dientes. Tenía la costumbre de reprenderse cuando metía la pata.



—¿Y qué tal tu *pigimeg* día, *queguido*? —indagó Claudine—. Intuyo que *pog* la *caguita* que tenéis, te fue muy bien.

—Ni te imagináis, Clau. Me sentí tan... no sé cómo explicarlo.

—Os sentiste como un pececito *dentgo* del agua —completó la rubia.

—Exacto. Fue como si toda mi vida hubiese estado esperando por este momento. Entrenar en la escuela que mi padre fundó fue tan... ¡alucinante! ¡Joder! ¡Mola mogollón!

—¿Os *asegugasteis* que nadie *sospechaga* de ti?

—Casi meto la pata con Rafael, pero supe cómo lidiar con eso.

—¡Oh *pog* Dios! ¿Qué hiciste? No me digas que estuviste a punto de *declagagle* tu *amog*.

—Tonta —Diana le dio un golpecito en el brazo.

—¿Y qué pasó con eso? —la francesa se llevó una cucharada de sopa a la boca.

—¿Con el qué? —Diana entornó los ojos.

—¿Sigues *enamogada* de él, o ya lo *supegaste*?

—¿Pero qué dices, tía? ¡Yo nunca he estado enamorada de Rafael!

—¡Ay *pog* Dios! No me vengáis con *mentigas* a mí. Cuando apenas nos conocimos no *pagabas* de *hablag* de un tal *Gafael*, que si *ega* guapo y que si tenía los ojos más *hegmosos* del mundo, y llenabas las hojas de tus *cuadegnos* con poemas que *escgibias* pensando en él, y hasta hace poco, te vi *escgibendo* su *nombge* en el *guevegso* de tu *diagio*

—¿Acaso me espiáis? —Diana se mostró indignada.

—Lo del *diagio* lo inventé, *pego* veo que si es *ciegto* —la francesa rió con malicia.

—¡Cállate! Eso no es cierto —se defendió Diana, pero no pudo evitar sonrojarse.

—¿Y qué tal está? ¿Más, o menos guapo? —Claudine movió ambas cejas, de modo sugerente.

—¡Ay por Dios, Clau! Deja de hacer esas preguntas tan raras.

—¿*Pguntas Gagas*? *Pego* si son de lo más inocentes —se encogió de hombros.

Diana la apuntó con su cubierto.

—Eres malvada —la sentenció. La rubia le sacó la lengua.

—¿*Guesponde, mujeg*!

—¿La verdad?

—*Pog* supuesto —Claudine puso los ojos en blanco.

—Pues lo cierto es que... —hizo una pausa para darle suspenso al momento—. ¡Está hecho un buenorro de primera! ¡Joder! No sé que ha estado comiendo, porque está para chuparse los dedos. Y si lo hubieses visto, conmigo se comportó a todo dar...

—¿Contigo o con *Diego*?

—Bueno, con *Diego*, pero lo cierto es que...

—¿Y si es homosexual? —Claudine abrió los ojos como platos.

—¿Pero qué dices? No lo creo —respondió de inmediato Diana.

—Tú misma lo habéis dicho, contigo es todo un gilipollas, *pegó* hoy te *tgató* bien *pogque* ibas vestido de *hombge*.

—¡Es un *dispagate!* —contestó Diana, tratando de imitar el acento de su amiga.

—¡Hey! —protestó la francesa—. No te *bugles* de mí —se cruzó de brazos e hizo un mohín.

—Entonces deja de decir tonterías. Rafael no es...

El sonido de un timbre resonó en todo el lugar.

Diana miró en dirección a la puerta principal.

—¿Y eso? —posó la mirada sobre la rubia—. ¿Esperáis a alguien?

Claudine negó con la cabeza.

—Ve a ver quién es, mientras recojo los platos —dijo Diana.

La rubia se levantó de su silla y se dirigió a la puerta. No quedaba lejos, pues el piso era pequeño. Diana recogió todo y fue hasta la cocina. No había terminado de meter las cosas en el lavaplatos cuando su amiga llegó hasta ella:

—Es una *señoga*. Se ve que es muy finolis —susurró.

—¿Una señora finolis? ¿Quién podrá ser?

El timbre volvió a sonar, seguido de tres golpes en la puerta.

—¡DIANA!

La nombrada abrió tanto los ojos, que casi se le salen de las cuencas.

—ABRE LA BENDITA PUERTA. SÉ QUE ESTÁS ALLÍ.

A Diana se le congeló la sangre en las venas, y de repente tuvo dificultad para respirar.

—¡Mierda! —masculló.

—¿Qué pasa? ¿Quién es? —indagó Claudine.

—Es mi madre —respondió Diana.

—¿*Pego* cómo? La última vez que la vi llevaba el cabello *gubio* y liso, *ahoga* lo lleva *guizado* y *neggo*. *Pog* Dios, no la *gueconocí*.

—Mierda, mierda, mierda —siguió mascullando Diana—. ¿Qué coño hace aquí?

—NO ME IRÉ HASTA QUE ABRAS LA PUERTA Y HABLEMOS, DIANA CARIDAD VIDAL ALONSO.

—¡*Madge* mía! —Claudine se llevó ambas manos a la boca—. Está hecha una *fuguiia*

—¡Joder! Si no le abro, no se irá. La conozco —se encaminó hacia la puerta.

—¡Diana! —exclamó la rubia, señalando la cabeza de Diana, donde debería haber una larga y espesa cabellera.

—¡Coño! ¡Cierto! Ve a tu cuarto y no salgáis. No conviene que te vea acá.

—Vale —concordó Clau, asintiendo con la cabeza.

Diana salió corriendo a su cuarto, se colocó una peluca a toda velocidad y se la arregló frente a un espejo. Sin perder tiempo, abrió la puerta que la separaba de Raquel.

—¡Madre! —Exclamó Diana, abriendo los brazos para darle un abrazo.

—Guardaos esa hipocresía para otra persona —fue la mordaz respuesta de Raquel.

Diana se hizo a un lado para que su madre pasara. En cuanto Raquel estuvo adentro, lanzó una desdeñosa mirada a su entorno.

—¿Cómo sabéis dónde...?

—¿Como sé dónde vives? —Raquel dio un manotazo en el aire—. Creo que eso es lo de

menos. Lo importante es que mi hija llegó a la ciudad hace casi dos semanas, y yo no tenía ni la más mínima idea. Alguien me comentó que te vio entrando a este edificio, pero me negué a creerle porque nunca pensé que mi hija llegara a tanto. ¿Pero cuál es mi sorpresa? Esta mañana me reuní con Rafael Villanueva para discutir asuntos de la escuela, y me comentó que estuvisteis allá, hace un par de días, con la loca idea de empezar a tomar clases. Llamo a la universidad, donde se supone debiste haber comenzado clases en enero, y me dicen que ni siquiera asististe a la clase de bienvenida... ¡He estado como loca tocando la puerta de todo el mundo, hasta que una amable señora, me dijo que la única nueva inquilina, en el edificio, vivía en el 3-1!

—Vaya que tardasteis en darte cuenta —farfulló Diana.

—¿Que dices? Si tenéis algo que decir, dilo en voz alta, Diana. Sabéis cuánto odio que andes farfullando.

—Digo que tardasteis en enterarte que dejé la universidad. Una madre normal, lo habría descubierto, mínimo a la semana, pero esto es solo una muestra de lo mucho que te preocupas por mí.

—No es que no me preocupe por ti, es que decidí confiar en ti.

—¡Vaya! Ahora se le dice confianza a la falta de interés.

Una fuerte bofetada estampó contra la mejilla izquierda de Diana.

—No me habléis así, niña. No os olvidéis que soy tu madre.

—No —Diana le plantó cara, haciendo acopio de todas sus fuerzas por no derramar ni una sola lágrima—. A mí nunca se me olvida que eres mi madre. Al parecer a la que se le olvida que tiene una hija, es a ti, madre.

—No digáis eso, Diana. No seas injusta conmigo. He tenido que lidiar con muchas cosas, estar al pendiente de...

—¿De qué? ¿De tu nuevo esposo, y del nuevo hijo que viene en camino? ¡Felicidades, madre! —dijo con sarcasmo—. ¿Cuándo pensabais hablarme de eso?

—Es algo que quería deciros en persona.

—¿Cuando, madre? Casi ya ni me visitabas en Francia. ¿Crees que mandarme obsequios costosos, llenaba el vacío de no tener una madre a mi lado?

—¡Ya basta, Diana! —la voz de Raquel se quebró—. Estáis empeñada en llevarme la contraria en todo, ¿verdad?

—Y tú estás empeñada en hacer mi vida miserable —la voz de Diana subió un decibelio.

—Discúlpame por querer cuidarte, y no querer que terminéis igual que tu padre.

—¿Cual es mi color favorito, madre? ¿O mi tipo de comida predilecta?

Ambas se quedaron calladas por unos segundos, mirándose directo a los ojos.

—¿Sabéis cuál es mi película favorita? ¿Cuál era mi Nsync favorito?

—Diana yo...

—No lo sabéis, porque nunca te habéis preocupado por formar parte de mi vida, de lo único que te habéis encargado es de mantenerme alejada de lo único que amo de verdad, de España, de los toros, de la escuela... del recuerdo de mi padre.

Raquel volvió a levantar la mano para darle otra cachetada a su hija, pero ésta vez, Diana logró sujetarle la mano.

—¿Creéis que todo lo solucionáis con un golpe o con un grito? Pues no, madre. Ya no soy una chavala a la que le dais ordenes y debe obedecer como cual perrito faldero.

—Diana Caridad...

—No mamá, ya no me intimidáis. Ya no me diréis que hacer ni como vivir mi vida.

—No me hagáis que...

—¿Que no te haga hacer qué? ¿Quitarme lo que me dejó mi padre? ¡Si ya lo hicisteis! ¿Cómo es posible que le hayáis dado las riendas de la escuela a Rafael? ¡Eso me pertenece a mí, madre!

—¡Ay por Dios! ¿Cómo te va a pertenecer eso, si no tenéis ni idea de lo que se tiene que saber, para llevar la administración de un lugar como ese? —la voz de Raquel volvió a adquirir ese tono ponzoñoso, característico en ella.

—¿Alguna vez quisisteis a mi padre, madre? —la pregunta tomó por sorpresa a Raquel.

—¿Pero qué dices, niña? ¡Claro que sí! ¡Lo amé!

—¡Y vaya como honráis su memoria! Alejándome de lo único que me une a él.

—LO HAGO PORQUE NO QUIERO PERDERTE, COMO LO PERDÍ A ÉL.

—Pues es muy tarde, mamá. Ya me perdiste. Lo hiciste el día que me mandaste muy lejos para hacer una nueva vida con el padre del niño que llevas en el vientre.

—Diana...

—No hay nada más que deciros, madre. Tú ya viviste, y vives tu vida. Déjame vivir la mía como mejor me parezca. Y no os preocupéis. No os pediré ni un centavo de la herencia que me dejó mi padre. Podéis hacer con eso lo que te plazca.

Raquel no dijo nada, solo se quedó en silencio, viendo como su hija se alejaba y le rompía el corazón en mil pedazos.



Un par de ojos verdes estaban fijos sobre ella. Diana no dejaba de pensar y pensar, sin lograr entender que era todo eso que sentía. Por un lado, estaba aliviada de haber podido desahogar toda la frustración que sentía a causa del desapego de su madre, pero por otro lado, no dejaba de pensar en que fue muy dura con la mujer a la que le debía la vida, pero por otra parte, una voz interna le decía que no debía culparse, que no podía seguir viviendo toda su vida bajo el yugo de su madre.

—¡Diego! —volvió a decir su nombre. Era la tercera vez que lo hacía—. ¿Te encontráis bien? Diana parpadeó repetidas veces y asintió con la cabeza.

—Sí. Lo siento. Estaba pensando en...

—Tranquilo, no hace falta que me reveléis tus secretos ocultos —bromeó—. Te decía que me gustaría ver qué tal te desenvolvéis frente a un novillo.

—¡Oh! ¡Vale! Me parece una idea excelente.

—En ese caso, voy a mandar a traer uno para esta tarde —se giró hacia el resto de estudiantes—. ¿Alguien más desea repasar un poco con un novillo?

Todos levantaron la mano.

—¡Genial! Esa es la actitud.

Todos rieron.

El día anterior fue una pesadilla total. Sin Rafael, tuvo que lidiar con otro maestro: Joaquín Aguirre. Un matador de trayectoria que se creía el más grandioso sobre la faz de la tierra y que no dejó que *Diego* sobresaliera sobre el resto, o mejor dicho, sobre él.

Apenas concluyeron las dos horas de clases, salió casi que corriendo de la escuela, para refugiarse en la comodidad de su cama y desahogarse con su amiga, quien no paraba de hacerle preguntas respecto a su segundo día de clases. Diana no le dio muchos detalles. Solo se limitó a dejarle claro que Joaquín Aguirre era un grandísimo hijo de puta. La arrogancia de Rafael se quedaba en pañales al lado de la de Aguirre.

—¡Diego! —la voz de Rafael le hizo espabilar de nuevo—. ¿Seguro que estáis bien? Te noto muy distraído.

—Sí. Lo siento, es solo que... —pensó que mentira podía decirle, que sonara convincente—, esta mañana tuve una discusión con mi novia y bueno...

Rafa chasqueó la lengua y fue a darle un apretón en el hombro, pero se frenó.

—Os entiendo. Cuando yo discutía con la mía, también me la pasaba como en las nubes, todo el día —dijo.

Tales palabras hicieron que algo se removiera dentro de Diana. ¿Celos? Lo cierto es que no

quiso darle mucha importancia y retomó la acción que estaba llevando a cabo, antes de distraerse...

Sujetó el capote y comenzó a balancearlo de un lado al otro, al igual que los demás.

—Muy bien —vociferó Rafael—. Continúen haciendo eso por unos cinco minutos más. Quiero que os fusionéis con el capote, que seáis el capote, que se balanceen en el viento, que sintáis el vaivén; que vosotros y el capote seáis uno solo...

Diana se concentró en lo que hacía, hasta que una voz muy familiar llegó a sus oídos, haciendo que todos los vellos de su cuerpo se erizaran.

—¿Rafael? —articuló una grave voz femenina.

—¡Raquel! ¡Querida! —se emocionó Villanueva—. ¿Qué te trae por acá a esta hora de la mañana? —se fue acercando a la mujer.

—Necesito hablaros de algo —dijo la viuda de Vidal.

Fue lo único que logró escuchar Diana, pues luego de hacer una señal al grupo de estudiantes, Rafael se alejó junto a la exquisita dama de un metro con ochenta de altura, ataviada en un elegante vestido negro que le llegaba a nivel del tobillo y que dejaba entrever una panza de unos seis meses de embarazo.

Por más que trataba de volver a concentrarse en lo suyo, no podía. Con el rabillo del ojo, observaba como Rafael y su madre conversaban. Por los gestos que hacía Raquel con sus manos, daba a entender que no era un conversación muy amena. El rostro de Rafael denotaba malestar, y justo en ese momento, él giró su cabeza y posó sus verdes ojos sobre ella. ¡Mierda! Diana desvió la mirada y la clavó en el suelo, fingiendo que estaba practicando el movimiento que su maestro le indicó.

Transcurrieron unos quince segundos hasta que Diana se atrevió a ver de nuevo en dirección a su madre y Rafael, pero ya no estaban.

¡Joder! En ese momento miles de ideas y conjeturas se aglomeraron en su cabeza.

«Ya lo saben».

«Rafael me odiará por esto».

«Mi madre me mandará a sacar de aquí con la policía».

Una a una fueron surgiendo ideas, una más disparatada que otra. Las manos le sudaban de manera profusa. La paranoia le comenzó a carcomer el cerebro. De repente, empezó a dolerle la cabeza, y un mareo la hizo tambalearse. Tuvo que sentarse de inmediato.

—¿Estáis bien, tío? —Gustavo fue el primero en acercarse.

Diana asintió con la cabeza.

—Te habéis puesto blanco como un putito fantasma —comentó Ricardo.

—¿Te estáis alimentando bien? Mira que estáis muy flaco —opinó Joel.

—Estoy bien —musitó Diana, sin poder evitar que saliera a relucir su verdadera voz. Carraspeó la garganta y volvió a hablar—. Me encuentro bien, *mushashos*. No os preocupéis.

Se puso de pie y se dispuso a seguir con la práctica.

—Esa es la actitud, *shico* —profriró Enrique, tratando de imitar el acento de Diego y dándole una palmada en el culo.

Diana dio un respingo y por un momento se vio tentada a soltarle un improperio o un manotazo a su compañero, pero recordó que ese tipo de cosas eran comunes entre los chicos.

Rafael volvió al cabo de casi veinte minutos, pero para Diana fue como si hubiesen pasado horas interminables. Ella posó la mirada sobre él y sonrió con timidez, como tanteando si se comportaba distinto con ella, o cambiaba en algo su actitud. Su maestro respondió de la misma

manera que lo hacía siempre, y Diana sintió un gran alivio. Sin embargo, fue un alivio pasajero:

—Diego —oyó decir a Rafael—. Necesito hablaros de algo —el corazón de Diana volvió a latir desaforado.

«¡Joder! Ya lo sabe. Ya lo sabe». Le gritó la voz de su conciencia.

Diana se acercó muy despacio a Rafael. Se sentía como si fuese un pobre toro que llevaban rumbo al matadero. Su manos sudaban, los oídos le zumbaban...

—*Tomá* —le hizo entrega de lo que parecía ser una libreta. Diana la tomó entre sus manos sin siquiera mirarla. Estaba muy concentrada en ver el rostro de Rafael, buscando algún atisbo de molestia—. Necesito que firméis unos cuantos documentos.

Diana frunció el entrecejo.

—¿Para qué?

—En caso de que os suceda algo en las prácticas con novillos, la escuela no se hace responsable de...

Diana no supo que fue lo que activó su ira. Fue como si le hubiesen dado una cachetada en la cara. En ese momento se olvidó que era *Diego*, y su carácter de justiciera salió a relucir.

—¿Cómo es eso posible?

—Es solo algo de rutina —Rafael se encogió de hombros—. La verdad es que nunca ha sucedido ningún accidente en la prácticas y...

—Pero si llegase a *sucedé*... —lo interrumpió—, si *pó* mala suerte alguien es *jerió* durante una práctica, ¿la escuela no se *jace* responsable de *ná*? ¡Pero qué *chuminá*!

—¡Hala! Que no es para tanto, tío —lo frenó Rafael, levantando ambas manos—. Es solo una nimiedad que...

—¿Una nimiedad? Es *deci* que si un toro me agarra, me puedo morir *desangrao* como...

—Son novillos —Rafael levantó la voz, un poco hastiado—, sus cuernos no serían capaces de haceros gran daño.

En ese momento, Diana recuperó la compostura. El recuerdo de la sangre de su padre, tiñendo la arena del ruedo, la sacó de sus cabales. Respiró profundo, fijó la mirada en el papel que le dio Rafael y estampó una firma que dijera "Diego Morante".

—Igual me parece un *atropeio* a los *dereshos* humanos —farfulló de mala gana—. Cuando esta escuela tiene los medios *pa' respondé* ante *cualquié* situación de ese tipo.

Rafael rió por lo bajo.

—¡Vaya! Tenemos un vengador en pro de los derechos humanos —rió. La cara de Diana reflejó enfado—. Tranquilo, tronco. No te cabrees. Que en su momento, yo también tuve que firmar este bendito papel, y sentí la misma indignación que vos, y eso sin mencionar que era el consentido del fundador de esta escuela.

Dicho comentario, haciendo alusión a su padre, hizo que Diana sonriera con amplitud.

—Volvamos a la práctica —dijo Rafael.



Si aparentar ser un hombre era difícil, ir a un baño de caballeros y fingir que orinaba de pie frente a un orinal pegado a la pared, era imposible. Por esa razón, Diana siempre procuraba encerrarse en el cubículo que se suponía que era para hacer otro tipo de necesidad. Sus compañeros ya comenzaban a apodarlo "caquita", a modo de juego, porque siempre que se metía al baño, iba al mismo cubículo. El apodo le daba mucha risa a Diana, y más sabiendo la verdad.

Era casi mediodía, y el lugar estaba solo, así que aprovechó para mirarse al espejo y arreglar un poco su apariencia. Que fuera un chico, no quería decir que no pudiera lucir radiante. Luego, se internó en el cubículo a orinar. Estaba subiéndose los pantalones cuando oyó que alguien entraba, dando un fuerte portazo:

—*No. Vos quédate tranquila* —oyó una voz—. *Ella no ha vuelto por acá, desde la vez que os comenté* —reconoció la voz de Rafael—. *No digáis eso. No creo que sea capaz de hacer algo así. Diana podrá ser terca...* —oír su nombre hizo que el corazón le latiera a mil por hora—, *pero no es una mala persona. No es ambiciosa* —silencio. Sin poder evitarlo, Diana sonrió. Saber que Rafael pensaba eso de ella, se le hizo de lo más lindo—. *Eso sí* —continuó hablando él. Ella se asomó por una rendija de la puerta y confirmó sus sospechas. Él estaba hablando por teléfono con alguien, a la vez que se acomodaba el cabello frente al espejo—. Se ha vuelto más terca y testaruda —eso no le gustó a Diana. Frunció el entrecejo—. Vos tranquilízate, Raquel. Si llega a aparecer por acá de nuevo, mantendré mi postura al respecto —silencio—. Sí, lo sé. Te llamaré luego. Carlos debe estar por llegar con el novillo que le pedí —silencio—. Sí. Hoy quiero probar un novillo de la nueva ganadería, a ver qué tal, y además quiero que los muchachos repasen un poco, y ver como se desenvuelve el nuevo —Diana dio un respingo y se echó hacia atrás, golpeando con su pie la papelera. Rafael se giró en dirección al ruido—. Hablamos luego, Raquel. ¿Vale?

Diana farfulló un par de improperios por ser tan indiscreta, terminó de acomodarse el pantalón y salió del cubículo. No tenía sentido permanecer oculta si ya se había puesto en evidencia.

—¡Oh! Sos vos —dijo Rafael.

Diana tan solo se limitó a asentir con la cabeza.

—Habla con... —él sacudió el móvil en el aire—, no importa. ¿Cómo os preparáis para el novillo? —cambió el tema.

—¡Uff! Un poco nervioso. No lo vo' a *negá* —confesó Diego.

—No os preocupéis, todo saldrá muy bien. Ya veréis —le guiñó el ojo.

Diana puso cara de idiota. Si Rafael le parecía hermoso con cara de amargado, que le guiñara el ojo y le sonriera, era como si estuviera viendo un jodido ángel encarnado.

—En ese caso —Rafa lo apuntó con su dedo índice—. Nos vemos en... —miró el reloj en su muñeca—, una hora.

—Está bien —musitó Diana.

—Aunque pensándolo bien, si no tenéis planes para almorzar, podríamos ir a comer juntos y charlar. Iba de salida. Suelo comer en *Montes de Galicia*, que queda cerca de acá.

—¡Vale! De acuerdo —respondió sin pensar Diana, pero en cuanto lo hizo, se arrepintió de no haber dicho que no. Ir a comer con Rafael era un riesgo inmenso. En cualquier momento podría meter la pata y todo su circo se le vendría abajo—. Aunque ahora que lo recuerdo, quedé *pa' almorzá* con mi chica —mintió.

—¡Ah! Vale. No hay ningún problema. A lo tuyo, macho —le volvió a guiñar el ojo y le dio un golpecito en el hombro—. Nos vemos al rato, entonces.

Dicho esto, se dio la vuelta y se marchó.



Se llevó las manos a la frente y se dio unos cuantos golpecitos, señal de frustración. Volvió a tomar una honda respiración y la soltó de golpe. Su amiga la miraba de forma inquisitiva.

—Sí, sí, sí. Ya lo sé. Me dijisteis que era una locura y que tarde o temprano todo se iba a descubrir —dijo Diana. Claudine no respondió—. ¡Joder! ¡Me van a descubrir! ¡Sé que lo harán! —espetó.

—¿Y *pog* qué dices eso? —indagó la rubia.

—Mi madre fue esta mañana a la escuela, y estuvo un largo rato hablando con Rafael. Noté como él se me quedaba mirando y luego en el baño, lo oí hablando por teléfono con mi madre y le decía que hace tiempo que no me ha visto que yo no...

—¡Wow! Detente un momento. ¿Qué hacíais en el baño con *Gafael*?

—Se supone que soy un chico, y debo usar el sanitario de hombres. Estaba en lo mío y Rafael entró. Lo escuché sin querer.

—¿Y entonces pensáis que si no te ven a ti, a Diana, van a *comenzag* a *sospechag* de Diego? —no pudo evitar hablar más alto de lo normal.

—*Shhhh* —Diana la mandó a bajar la voz, pues se encontraban en un restaurante y la paranoia de que alguien las escuchara, era muy grande—. ¿Es en serio, tía? ¿No veis la magnitud del problema?

—Lo que veo es que me sacasteis de mi *talleg* de técnicas con *agcilla paga hablagme* de tus *paganoias* —profirió la francesa.

—No es ninguna paranoia. ¿Es que no te dais cuenta? La gente comenzará a preguntar por Diana, si solo ven a Diego. ¿Cómo se supone que sea Diana y Diego a la vez, para que mi madre y Rafael no sospechen nada?

—¡Pues fácil! —exclamó Claudine—. *Opegación Señoga Doubtfigue*.

—¿Cómo? ¿De qué coño estáis hablando?

La rubia rodó los ojos, con fastidio.

—La película de *Gobin Williams*, la que se *conviegte* en una *señoga paga podedg cuidag* a sus hijos —lo dijo como si fuera la millonésima vez que se lo repetía.

—¡Vale! Ya la recuerdo. ¿Qué pasa con esa película?

—Hay una escena en la que él, *Gobin Williams* tenía que *entgevistagse* con un viejito *paga* que le *diega* un *tgabajo*, *pego* al mismo tiempo debe *asistig* a una cena con su familia... ¡En el mismo *guestaugante*!

—Aja —Diana estaba dispuesta a prestarle toda la atención del mundo.

—¿Y qué es lo que hace él, Diana? ¿A *veg* si de *vegdad* lo *guecogdáis*?

—Ammm... pues... ¡Vale! No lo sé. No me acuerdo de esa película.

—Pues decide *seg* las dos *pegsonas* al mismo tiempo. Pide mesas muy *sepagadas* la una de la otra, *pgepaga* un maletín donde mete *gopa* de *vagón* *paga cambiarse* cuando lo *ameguita* la situación. *Guagda* el maletín en un *lugag* donde lo pueda *encontgag*. En *pgimeg lugag* le toca *seg* la *señoga Doubtfigue*, *pego* luego tiene que *seg* él mismo. Va al *sanitaguio* y se cambia, habla con el viejito que le va a *dag* el empleo, luego vuelve al *sanitaguio* y vuelve a *vestigse* como *señoga* y *gueguesa* con su familia...

—Sí, ya recuerdo —interrumpió Diana—, y luego hace lo mismo varias veces para poder estar en ambas mesas y que nadie sospeche de su ausencia. Ya recordé esa escena. Pero también recuerdo que esa misma escena, es cuando lo descubren por salvarle la vida a Pierce Brosnan.

—Ya. *Pego* lo *hagás* a la *invegsa* y no te van a *descubgig pog* que me *tendgás* a mí, *paga ayudagte*. ¿Vale?

—¿Y como se supone que me vais a ayudar?

—Tú, confía en mí. *Igué* al *depagtamento* y te *buscagué* un bolso con *gopa* tuya...

—Que se sea el vestido rojo con flores blancas estampadas, que me puse para el cumpleaños de tu primo Franco.

—¿Ese? —Clau frunció el entrecejo—. De *acuegdo*. ¿Qué más?

—Las sandalias plateadas, de tacón bajo y la chaqueta de mezclilla blanca —la rubia asintió con la cabeza.

—La peluca, maquillaje, tu *gopa* —recapituló Claudine—. ¿Qué más?

—¡Perfume! —exclamó Diana.

La francesa negó con la cabeza.

—No. *Pegfume* no. A la *señoga Doubtfigue* casi la *descubgen pog* el *pegfume*.

Diana soltó una sonora carcajada.

—Vale. Perfume no —accedió Diana—. ¿Y cómo lo vamos a hacer?

—¿A que *hoga* tienes que *estag* en la escuela?

Diana miró la hora en la pantalla de su móvil.

—En veinte minutos debería estar...

—¡*Madge* mía! ¿Qué es eso? —la rubia miró el aparatito que tenía Diana entre las manos, con cierto desprecio.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Diana lanzó una mirada rápida a su entorno. Se sintió confundida.

—Dime que ese no es el mismo móvil que usa *Diego*.

—Pues... —Diana se encogió de hombros—. Sí.

—*Jodeg*, amiga. *esfuegzate* un poco más —Clau puso los ojos en blanco—. Debes *pgestag* atención a los detalles. *Pog* este tipo de cosas si *podgían descubgigte*.

—¿Que tiene mi móvil?

—¡Exacto! Es tu móvil. El de Di-a-na. ¿Que *hombge* que se hace *guespetag* usa móvil con funda de mándalas y *escagcha*?

—Vale. Compraré una funda nueva de camino a la escuela. Acá cerca queda una tienda donde venden artículos para teléfonos móviles. ¿Alguna otra cosa?

—¿Qué imagen tenéis como fondo de pantalla? —la rubia entornó los ojos.

Diana levantó su móvil y apuntó hacia su amiga.

—Sonríe, querida —Claudine hizo lo que le pedían—. Listo. Ahora tengo de fondo la imagen de mi "novia" —dibujó con sus dedos, las comillas en el aire.

La francesa sonrió de nuevo, pero con cierto aire de autosuficiencia.

—Y bien, cariño. ¿Cuál es el plan?

—Ya os lo dije. *Segás* Diego y Diana a la vez.

—Sí —Diana rió sin ganas—. En teoría suena muy fácil, ¿pero como coño pensáis que voy a hacer eso? A menos que exista un clon mío por allí, deambulando por las calles de Madrid.

—*Egues* tonta, con T mayúscula, en *neggitas*, *subgayado* y en *integmitente* —Claudine la fulminó con la mirada.

—Te faltó decir, y *escrito en tinta neón* —Diana completó la peculiar frase que solía usar su amiga para insultar a la gente.

—A *veg...* —continuó la rubia—. Tú te *iguéis* a tu clase *nogmal*, yo *igué* al piso a *buscag* lo que necesitas. A mitad de clases, me *enviagueis* un mensaje y yo *sabrgé* que es el momento. Te *llamagué* y tú *digáis* que debéis *atendeg* porque es *uggente*. *Iguéis* a la *puegta* y *guecogegás* el maletín que te *llevagué*, luego *iguéis* al *sanitaguio* de damas, *procugando* que nadie te vea, te *cambiagás* la *gopa* y *saldgás* siendo Diana.

—Aja, olvidáis un detalle primordial, tú, la que dices que hay que prestar atención a los detalles.

—*Oui?* ¿Cuál?

—Marta, la recepcionista. Se supone que ella ve quien entra y quién sale de la escuela. ¿Cómo voy a explicar mi presencia allí, si ella no me vio entrar? ¿Digo que en mis ratos libres he estado practicando ilusionismo y tengo la habilidad de aparecer a placer, donde me plazca?

—Buen punto —Clau asintió con la cabeza—. En ese caso, yo me *encaggagué* de *Magta*, *mientgas* sales y *entgas* de nuevo a la escuela, fingiendo que apenas llegáis. *Pedigás* *veg* a *Gafael* y...

—¡Vale! Todo muy bien hasta allí, ¿pero que se supone que estará haciendo Diego durante todo ese rato? De seguro notarán su ausencia.

—Allí *entgo* de nuevo yo —dijo la rubia, aclarándose la garganta—. ¡Un momento! —habló con voz muy grave—. Salgo en un momento. Me *je indigestao*. Comí algo que me cayó mal —siguió diciendo con una voz fingida de hombre y con un impecable acento andaluz—. Le *pedigé* a *Magta* que me *pgeste* el *sanitaguio*, me *metegué* en el de chicos y *espegagué* allí, con móvil en mano, hasta que tú *tegmines* de *hablag* con *Gafael*.

—¡Hostia, tía! —Diana la miró muy sorprendida.

—¿Que pensabais? Que solo *ega* buena con mis manos. Tengo muchos talentos ocultos.

—Ya veo. Deberíais ponerte a escribir una novela. Tenéis una gran imaginación.

—Y *ahoga* sigue el clímax de esta *histogia* —prosiguió muy animada Claudine.

—Un momento. Antes que continuéis hablando. ¿Que se supone que le diga a Rafael? ¿Para qué voy a pedir verlo?

—*Paga empezag*, *segá* una *distgacción*. Lo que habléis con él, no me *impogta*, podéis *impgovisag*. No sé, discute con él, insiste en que *quiegues* *pgacticag*, ponte en plan niña *malcgiada* cuando *quiegue* un helado y no se lo dan. Tócale las *naguices* todo lo que podáis, ¡que *gucuegde* tu visita a la escuela!

—Ya, pero te saltáis otro detalle.

—Déjame *tegminag* de *naggar* mi *histogia*, ¿*queguéis*?

—¡Vale!

—Cuando ya hayáis *tegminado* de *hablag* con *Gafael*, me *llamaguéis*, y allí *entgo* yo en acción, una vez más.

—¿Qué haréis? —Diana ya comenzaba a mostrarse un poco aburrida.

—Justo allí, viene la *pagte* final del plan. *Haguemos* el cambio. Tú volvéis a *seg* Diego y yo me *conviegto* en Diana. Salgo cagando leches de la escuela, y *voilà*, *apaguece* Diego de nuevo en su clase.

—¿Y se supone que nadie se dará cuenta de que no eres yo? —había cierto deje de incredulidad en la voz de Diana.

—¡Oh vamos! Se supone que *saldguéis cabgeada*, echando chispas. No te *detendgéis* a *hablag* con nadie. La gente solo *vegá* tu vestido *gojo* con *flogues* blancas estampas, y tus cabellos *guizados* moviéndose al viento.

—Mmm... no sé —Diana se encogió de hombros—. Tal como lo dices, podría funcionar.

—¿*Podgría*? ¡*Va* a *funcionag*! *Pogque* yo me voy a *encaggag* de eso.

—¡Joder! —Diana miró la pantalla de su móvil—. Tengo que irme.

—*Guecueda cambiag* la funda de tu móvil —dijo Claudine.

—Sí, sí —farfulló Diana, sacando un billete de su cartera para pagar la cuenta.

—¡Oh! ¡Deja así, *queguido*! Yo pago —le guiñó un ojo.

—¡Vale! Nos vemos al rato.

—¿No os olvidáis de algo, *caguiño*?

Diana rodó los ojos. Se acercó a su amiga y le dio un besito en la mejilla.

—Debemos *cuidag* las *apaguiencias* —susurró la rubia—. No sabemos quién podría *estag obsegvándonos*.

—Ni creáis que os voy a dar un beso en la boca —Claudine se partió de risa—. Sí. Sé que lo disfrutáis mucho. No sé porque algo me dice que te estáis aprovechando de la situación.

—*Pogque* lo hago, *ma cherie*.

Diana hizo caso omiso al último comentario, y salió casi que corriendo del restaurante, para dirigirse a toda prisa a un tienda y comprar un nuevo forro para su móvil, y de allí a la escuela taurina "Armando Vidal".



Fijó la vista en la puerta de los toriles, tragó grueso y aferró con fuerza el capote con sus manos. El sol brillaba con intensidad en el cielo, haciendo que el traje de luces prestado, diera unos destellos plateados, captando la atención de unos cuantos. Aunque no era la primera vez que hacía aquello, su corazón latía desbocado en su pecho.

Un fuerte viento sopló. Diana sujetó con más fuerza el capote, para evitar que se levantara y le hiciera perder el equilibrio. Decenas de ojos estaban puestos sobre ella, a la expectativa.

—¿Preparado, chico? —vociferó Rafael, desde la distancia.

*Diego* asintió con la cabeza, y acto seguido, Villanueva movió una mano en lo alto, dándole una señal al encargado de abrir la puerta.

Un novillo de casi unos 180 kilos, de color marrón oscuro, salió corriendo, desorientado por la repentina luz y los gritos de algunos. Tenía un par de cuernos pequeños. El animal se detuvo un momento para situarse. Permaneció inmóvil por unos diez segundos, hasta que alguien agitó un capote a su derecha. Cabeceó y trotó en dirección al movimiento, pero cambió su ruta al percibir otro movimiento por la izquierda. Diana permaneció de pie en el medio del ruedo.

—*Llámalo* —escuchó la voz de su maestro a su espalda—. *Incítalo. Haz que vaya hacia ti.*

Diana tomó una profunda inhalación y la soltó muy despacio. Se fue girando muy lento hacia donde se encontraba el animal. Sujetó el capote con ambas manos y lo posicionó frente a su pecho, sacudió la tela y dio un pisotón contundente en el suelo, a la vez que gritaba para captar la atención del novillo.

Un par de ojos saltones y negros se fijaron sobre ella. Bufó, dio una patada hacia atrás y salió corriendo hacia la figura delgada que se movía con cierta gracia.

En cuanto el animal embistió, *Diego* recogió el capote por debajo y se envolvió en él. Se escucharon varios sonidos de asombro. Diana se dio la vuelta de inmediato, volvió a sujetar el capote con ambas manos, a nivel de la cintura. Con la mano izquierda, agitó la tela, pero en cuanto el animal emprendió el viaje, cambió la suerte a la mano derecha y adelantó la pierna del mismo lado. El animal embistió. Sin embargo, se dio la vuelta rápido para embestir de nuevo. Diana ya estaba preparada para recibirlo de nuevo con un movimiento sutil de capote.

Una vez más, se oyeron sonidos de asombro.

*Diego* aprovechó que el novillo se alejó un poco de él, para hacer un cambio. Sujetó el capote con ambas manos, por la espalda, dejando que gran parte del mismo, quedara a la vista del animal. Lo balanceó de adelante hacia atrás un par de veces, hasta provocar la reacción de este. Diana dio un medio giro, opuesto al lado de la embestida, levantando el capote y deslizándolo por el lomo del novillo.

—¡Vaya! Es bastante bueno, el muchacho —le comentó alguien a Rafael, pero este no prestó atención de quien hacía el comentario. Estaba embelesado viendo como *Diego* lidiaba de una manera tan sorprendente.

De nuevo, el novillo se quedó estático, mirando a Diana. Fue un intercambio de miradas, donde ella aprovechó para decirle sin palabras: «Yo soy quien manda, bonito». Levantó la cabeza, haciendo un gesto retador, muy típico de los matadores experimentados.

Rafael no se atrevía siquiera a parpadear, para no perderse ni un segundo de tan excelsa demostración de dominio de suerte de capote.

Diana no titubeó ni un segundo. Estaba segura de lo que hacía.

El novillo fue de nuevo al encuentro, Diego soltó una mano del capote, y con la otra, haló con fuerza, girándolo a su alrededor, asemejando un remolino, a la vez que el animal pasaba de largo. Una vez ejecutado el movimiento, Diana soltó un grito victorioso.

¿Qué clase de broma era aquella? ¿Acaso estaba delirando? ¿Era una visión, un *deja vu*? Rafael estaba sin aliento. Sentía como si fuese el mismísimo Armando Vidal, su maestro, quien se apoderó del cuerpo de ese muchacho. Eran sus movimientos, su misma altanería... Sintió que un escalofrío lo recorría desde la punta de los pies hasta la nuca.

Diana siguió moviéndose, haciendo gala y alarde de todo lo que aprendió en Francia con Charles Dubrov. Además de todas esas tardes viendo documentales de la vida de grandes toreros. En el ruedo, ella era feliz, podía ser ella misma, apasionarse hasta la sublimidad... Su cuerpo y el capote eran como una pareja de baile, que danzaban un vals salvaje, sensual y peligroso. Diana se sentía como un jodido vampiro neófito, probando por primera vez la sangre de una joven doncella. Se sentía en éxtasis... en Frenesí.

Todos los presentes, la observaban con deleite.

Chicuelinas, Verónicas, Gaoneras, Revoleras y Tafalleras...

Alguien golpeó con fuerza uno de los burladeros, captando la atención del novillo y rompiendo el mágico hechizo que los había envuelto a todos.

Diana sacudió la cabeza y salió del trance en el que se encontraba. Gustavo, Enrique y Fabián, movían sus capotes, guiando al animal, de vuelta a su toril.

Había transcurrido casi diez minutos y nadie lo notó.

Rafael saltó al ruedo, dando fuertes palmadas, simulando un aplauso.

—¡Wow! Eso ha estado muy bien, muchacho —llegó hasta donde permanecía Diana, inmóvil—. Sabía que teníais talento, pero eso ha sido... —trató de encontrar una palabra para definirlo—, eso fue... —no la encontró.

—Gracias —se limitó a decir Diego, sonrojándose y encogiéndose de hombros.

—Daba la impresión de que hubierais hecho esto toda tu vida, que... —Rafael no era hombre de pocas palabras, pero en ese instante no lograba concluir sus frases. Estaba muy impresionado.

—*¿Así que este es el mushasho del que todos habláis?* —una voz ronca de hombre, los hizo girar la cabeza.

Un caballero muy alto, de casi dos metros de altura, delgado, de cabello ceniciento, ataviado en un tuxedo gris, pero sin pajarita ni corbata, se acercaba con paso decidido hacia Rafael y *Diego*.

—¡Hala! ¡Lionel! —habló Rafa—. ¿Cuándo llegasteis?

—*Jace* rato que estoy acá —respondió el sujeto—. Parado justo al *lao* tuyo, pero no me habéis *prestao* atención ni un segundo. Y no te culpo —posó la mirada sobre Diana—. Nadie sería capaz de resistirse a *mirá* a este chico en acción.

Diego sonrió con nerviosismo, y susurró un agradecimiento.

Rafael se giró hacia su estudiante.

—Diego, él es...

—Lionel Sánchez, crítico taurino —lo interrumpió Diana.

—Además de diestro con el capote, es *conocedó* —el hombre se mostró gratamente sorprendido.

—¡Vaya que sí! —Rafael musitó, secundando la moción.

—¿De dónde habéis *salío*, Diego? —inquirió Lionel—. *Jacía* mucho tiempo que no veía tanto despliegue de arte y pasión en alguien.

—Andalucía —respondió Rafael, sin darle tiempo a Diego de hacerlo—. ¡A qué mola un mogollón! —los ojos de Villanueva brillaron con fulgor.

—¡Un paisano! —exclamó Sánchez.

Diana sintió que el corazón le daba un vuelco. El hombre frente a ella no solo era uno de los críticos taurinos más respetados del país, sino que también era andaluz: conocedor de la cultura, historia, costumbres y demás, de Andalucía. ¿Cómo coño fue que se le pasó ese detalle por alto? ¿Cómo rayos pretendía mentirle, descaradamente, a alguien que muy bien podría echar por tierra todas sus falacias?

—¿De qué parte? —inquirió, muy animado el caballero mayor.

—Almería —contestó ella sin pensar.

—¿De verdad? Tengo parientes en Almería —dijo el hombre.

«¡Joder! Trágame Tierra!», pensó Diana. Sentía que con cada palabra que decía, se hundía cada vez, un poco más.

—Sí, de un pequeño municipio al... sur —titubeó ella—. El Ejido —recordó el lugar, porque estando muy pequeña, cuando iba de viaje en coche con sus padres, pasaron por allí, de camino a Roquetas del Mar.

—¡Oh! Sí. He oído de El Ejido, pero nunca lo he *visitáo* —comentó Lionel.

Diana sintió que el alma le volvía al cuerpo y que su corazón volvía a retomar el ritmo cardíaco normal. Si hubiera podido suspirar de alivio, lo habría hecho.

—¿Y dónde habéis *aprendío* todo eso? Se nota que habéis *tenío* un buen maestro —profirió en tono zalamero, mirando de reojo a Rafael.

—De hecho... —Villanueva intervino—. No pienso llevarme el crédito por eso. Diego lleva muy poco acá en la escuela y...

—Lo que sé, lo *je aprendío* de forma empírica —injirió Diego.

—Eso, y gracias a lo que aprendiste de tu Tata —le recordó Rafael.

—¿Quién? —Lionel frunció el entrecejo.

—Su abuelo era matador, o algo parecido —explicó Rafael. Diana palideció, y su pulso volvió a desbocarse—. Pero solo toreó en festividades pequeñas de la localidad. ¿Cierto?

*Diego* solo se limitó a asentir con la cabeza. Temía que si hablaba, el quiebre de su voz delatará lo nerviosa que estaba.

—Pues ya entiendo —Lionel movió las manos de forma exagerada y apuntó a Diana con el dedo índice—. Tenéis la casta.

—Lo que se hereda no se hurta —agregó Rafael, sonriendo con amplitud.

—¿Y cómo se *iama* tu abuelo? —continuó Sánchez, muy animado.

Diana fue a responder, pero Rafael no la dejó.

—Tú si debéis de haberlo visto alguna vez. Sergio Morante. ¿Os sonáis?

—¿Sergio Morante? —entornó los ojos—. El único Morante que conozco es Morante de la Puebla, de resto...

—No sería nada raro —interrumpió *Diego*—. El mundo está repleto de joyas que nunca fueron descubiertas —no pudo evitar reír de manera forzada.

—En eso tienes *musha* razón —concordó Lionel—. Pero en tu caso, eso no va a *suseder, shico*. Estáis en el lugar correcto. ¿Qué edad tenéis?

—*Diesinueve* —respondió Diana sin más.

—¿*Hase* cuanto debutasteis como novillero? —continuó con el interrogatorio.

—Yo no... —balbuceó *Diego*—, yo no he debutado...

—¿Cómo? ¿No habéis debutado como novillero? ¿Y a qué estáis esperando, Rafael? —posó sus grandes ojos negros en Villanueva—. A esa edad, tú ya habíais tomado la alternativa.

—Lo sé, pero es que apenas...

—Ya estáis listo, *mushasho* —Lionel interrumpió a su interlocutor, miró a Diana y le dio un apretón a *Diego* en el hombro. Diana se tensó—. Estáis listo para novilladas y más —volvió a mirar a Rafael—. No dejéis pasar mucho tiempo, Rafa. Tenéis un diamante en bruto entre tus manos.

Diana sintió que su corazón se regocijaba de dicha. Escuchar semejantes palabras, viniendo de alguien tan respetado en el ámbito taurino, era música para sus oídos. La invadió unas ganas enormes de gritarle quien era en realidad, y ver la cara de asombro de Rafael, a la vez que le decía: *¿Veis? Si sirvo para esto*. Pero solo fue una idea fugaz.

—Vale. Será mejor que nos pongamos a trabajar —dijo Rafael—. ¿Quién sigue? —inquirió, girándose hacia el resto de estudiantes.

—Yo volveré a las gradas, a *seguí* observando —profirió Lionel—. Fue un placer conocerte, *Diego* —extendió la mano hacia él.

Diana no dudó ni un segundo para estrecharle la mano con fuerza.

—¡Vaya apretón! Así dan la manos, los hombres de verdad —bromeó, dándose la vuelta y alejándose.

—Ya lo habéis oído —dijo Rafael, clavando sus verdes ojos sobre Diana—. *Recordame*, cuando finalicemos, que debo llamar a Aguirre para preguntarle si le queda un cupo para la novillada del fin de semana —le guiñó el ojo y se dio la vuelta para salir del ruedo.

—Rafael —habló *Diego*. El nombrado se detuvo en el acto y se giró hacia ella—. Necesito ir al baño.

—Pues anda —respondió él.



Tomó el móvil con sus manos temblorosas y llamó. Sudaba. El corazón le palpitaba a mil por hora. Miró su reflejo en el espejo y volvió a llenar su pulmones de aire, botándolo muy despacio.

—Ya estoy lista. Voy saliendo. Pendiente.

—*¡Vale!* —respondió Claudine al otro lado de la línea.

Abrió la puerta del sanitario de hombres, con mucho cuidado, procurando que nadie la viera salir. Caminó a toda prisa por el pasillo que conducía hasta la salida y se detuvo antes de llegar a la puerta, asomó solo su cabeza. Vio a su amiga recostada a un borde de la mesa donde Marta parecía estar muy concentrada rellenando unos formularios.

—Disculpa —dijo Claudine, llamando la atención de Marta.

La recepcionista alzó la mirada.

—¿Sí? ¿Que se os ofrece? ¿En qué os puedo ayudar?

—Es solo que iba camino a mi piso, *pego* comenzó a *dolegme* mucho el estómago. Debe *seg* algo que comí —Clau dio un par de brinquetes y arrugó la nariz, fingiendo que sentía mucho dolor —. *Podgias pgestagme el sanitaguio*. No *cgeo* que me dé chance de *llegag* a mi...

—¡Oh! ¡Sí! ¡Claro! —Marta se puso de pie en un brinco. Claudine le hizo un ademán con la mano a su amiga para que saliera—. Es por acá —fue a darse la vuelta para señalarle el camino, pero Claudine soltó un alarido de dolor.

—¡Ay! Duele mucho —se quejó.

Marta se acercó a toda prisa a la mujer y la sujetó.

—¡Venga! La ayudo —se ofreció Marta.

Diana aprovechó el momento para salir corriendo sin ser vista, pero no sin antes tomar el bolso que Claudine había llevado para ella, hasta un restaurante que quedaba cerca, donde pidió usar el baño y poder cambiarse a toda prisa.

Tal cual lo planeado, Marta llevó a Claudine al sanitario y volvió a su escritorio. Diana esperó un tiempo prudente para entrar de nuevo a la escuela.

—Buenas tardes —saludó altiva.

—¿Señorita Vidal? —la recepcionista se mostró muy nerviosa—. Buenas tardes —contestó.

—¿Se encuentra Rafael? Me gustaría hablar con él —Diana evitó hacer contacto visual con la mujer, por miedo a que notara algo extraño en ella.

—Sí. Está. Pero está un poco ocupado.

—¿Podría por favor decirle que estoy acá? No le quitaré mucho tiempo.

—Ehmmm... podría, pero como le digo, está ocupado dando clases, y no le gusta que lo interrumpen.

—¡Vale! En ese caso, ¿no hay ningún problema con que pase, verdad?

—No. Ninguno —dijo Marta, tratando de sonreír para no delatar lo aterrada que estaba, pues la última vez, Rafael le dio indicaciones específicas de que si Diana Vidal volvía por allí, le dijera que él no podía recibirla. Sin embargo, no podía hacer algo así, sabiendo que era la hija del fundador de la escuela y tal vez, en un futuro no muy lejano, sería la dueña de todo eso que la rodeaba.

Diana caminó altiva por unos cuantos metros, hasta llegar a la puerta que se dirigía hacia el patio. Estaba saliéndose un poco del plan, y se dio cuenta de esto, cuando se percató que estaba llegando al lugar, donde sabía que estaría Rafael junto a los demás estudiantes del curso de verano.

«Mejor me doy la vuelta y regreso al baño», escuchó que le decía la voz de su conciencia. «Esto es un disparate total. ¡Me van a descubrir!».

Sintiendo que el corazón se le iba a salir por la boca, se giró, dispuesta a largarse de allí.

—¿*Que estáis haciendo aquí, Diana?* —oyó a alguien decir, detrás de ella.

Creyó que su corazón no podía latir más rápido, pero estaba equivocada. La voz de Rafael Villanueva podía provocar en ella, cosas que ni siquiera imaginaba.

—Hola, Rafael, yo solo...

—Creo que fui muy claro cuando os dije que acá no tenáis nada que buscar —le dolía tener que ser tan duro con ella, pero se lo había pedido Raquel. Era la única forma de que Diana entendiera que no era bienvenida allí, y dejara de insistir en la loca idea de ser torera.

—¿Perdón? —ella si sintió muy contrariada—. ¿Que no tengo nada que buscar acá?

—Así es.

—¿Os recuerdo quien soy, y cuáles son mis derechos? —Diana sonó retadora.

—No hace falta. Ya hablé con tu madre y me dejó muy claro tu papel. Hasta que no cumplas los veintiún años de edad, no tenéis derecho a reclamar nada. Y mientras tu madre esté viva, ella será quien tome las decisiones en cuanto a la escuela.

—¿Como dices? —Diana frunció el entrecejo.

—Sí. Como lo oyes. Tu madre le hizo una visita al abogado de la familia, y estuvieron charlando acerca del testamento de tu padre, y Armando fue muy claro al pedir que no se te diera ningún tipo de responsabilidad, hasta que alcanzaras una edad, relativamente madura. Así que, ahorrarnos todo el discurso ese que me lanzasteis la vez pasada.

Diana sintió unas ganas enormes de gritarle un montón de improperios a la cara, pero no lo hizo. Se le formó un nudo en la garganta y los ojos se le anegaron de lágrimas.

—¿Por qué lo hacéis? —inquirió con voz trémula.

—¿El qué?

—Tratarme como lo hacéis, con tanto desprecio y desdén —un deje de quiebre se oyó en la voz de Diana.

Rafael sintió un frío recorriendo su cuerpo. ¡Joder! Odiaba ver a las mujeres llorar, y más detestaba ver a Diana hacerlo. Desde que era una niña, la había protegido y procurado que nadie le hiciera daño. Se sintió muy mal al percatarse que ella estaba mal por su culpa.

—Diana, yo... —intentó hablar para pedirle disculpas por ser tan duro con ella.

—¿Sabéis algo? —ella no lo dejó hablar—. Cuando era pequeña os veía. Os admiraba, de hecho, hoy en día lo hago —sonrió con lágrimas en los ojos—. Os miraba, y sentía que veía una especie de Dios —tragó grueso—, y llegué a sentir envidia por ti, porque mi padre pasaba más tiempo contigo que conmigo.

—No digáis eso, Diana. Tu padre te amaba.

—Sí. Lo hacía. Pero a ti os veía como ese hijo varón que la vida no le dio. A mí me compraba muñecas, y me llevaba al circo, pero lo único que deseaba era que me enseñara a ser como él, que me enseñara a sujetar la muleta y moverme como lo hacía él.

—Por favor, Diana, entiéndelo. Esto es demasiado peligroso. Es muy arriesgado para alguien como tú...

—¿Alguien como yo? —puso los ojos en blanco—. Allí vais, de nuevo con eso. "Alguien como yo" —dibujó las comillas con sus dedos en el aire—. ¿Y como se supone que es alguien como yo?

Algo dentro de Rafael se removió. Miraba a la mujer frente a él, y recordaba a la pequeña con la que jugaba entre recesos, a la que una tarde salvó, a la que juró proteger siempre... pero, ya no era una niña, sino una dama hermosa, de ojos preciosos, rostro pecoso, nariz respingada y cabello rizado.

—Eres frágil, como una muñequita de porcelana, tan sublime, delicada, tan... hermosa —las palabras salieron de su boca sin permiso.

Diana sintió su corazón acelerarse, de nuevo.

Ambas miradas se cruzaron y permanecieron conectadas el tiempo suficiente para que una pequeña chispa emanara desde lo más profundo de los dos.

—Por favor —musitó ella—. Dame una oportunidad de demostraros de lo que soy capaz —continuó.

—No puedo —ahora era la voz de Rafael la que temblaba—. Me vuelvo loco de solo pensar que algo malo os pudiera pasar —confesó.

—Nada me va a suceder. Confía —susurró Diana.

Ninguno de los dos se dio cuenta, pero los dedos de la mano derecha de Rafael estaban entrelazados con los dedos de la mano izquierda de ella, y la poca distancia que los separaba, ya no existía. Ambos cuerpos estaban pegados el uno al otro. Estaban tan cerca, que Diana pudo sentir como el aliento de Rafael rozaba la piel de su rostro.

Unas ganas locas de besarla, lo invadieron a él.

«¿Pero qué coño...?», se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, y con un raudo movimiento, se alejó de Diana, sacudiendo la cabeza con fuerza.

—Os he dicho que no, Diana. No sigáis insistiendo —habló con aspereza.

—¡Joder, Rafael! Eres tanto, o más obstinado que mi madre.

—Más —dijo él, de forma rotunda.

Diana apretó el puño con fuerza y de su boca emanó un leve sonido de protesta. Se dio la media vuelta y salió echando chispas, en dirección a la salida, pero a medio camino recordó que Claudine estaba esperando en el baño de caballeros, así que se regresó, a la vez que mandaba un mensaje de texto a su amiga.

Al intentar girar el pomo de la puerta, se dio cuenta que tenía candado. Dio dos golpecitos a la madera. Una cabeza de rubia cabellera, se asomó por la pequeña abertura.

—¡Pog Dios! ¿Pogque tagdaste tanto? —dijo, haciéndose a un lado para que entrara.

—¿Que se suponía que hiciera? ¿Qué le dijera hola y chao? Tenía que...

—Sí, sí, sí. Ya se hizo. ¡Gapido! Quitate esa gopa paga que pueda ponegmela yo.

Hicieron lo que tenían que hacer, sin perder tiempo. Diana volvió a vestirse como Diego, y Claudine se puso el vestido de Diana.

—Ya sabéis, saldréis de acá sin hablar, ni mirar a nadie. La cabeza gacha para que nadie os

vea la cara —dijo Diana.

—Ya lo sé, pesada —contestó la francesa, sujetando el bolso que le había llevado a Diana—. Nos *veguemos ahoga* y me *contagás* que tal *teginó* de *igte*.

—¡Vale!

Dicho esto, Diana se encaminó a la puerta, la abrió y salió a toda prisa, pero en cuanto dio dos pasos, se detuvo al chocar con alguien que venía.

—¡Hostia, tío! Ya comenzábamos a preocuparnos por ti. Rafael me ha *mandao* a buscarte, porque ya estabas tardando mucho. ¿Estáis bien?

Si Diana fuera camaleón, se habría mimetizado con la camisa blanca que llevaba puesta. Los colores abandonaron su rostro.

—Este... Ammm... Yo... creo que comí algo que me cayó mal.

—¡Hala! Pues que se nota. Tenéis una cara e' fantasma —comentó Gustavo.

Diana rió con nerviosismo, y el sonido de una puerta, abriéndose a sus espaldas, le heló la sangre. ¡Joder! Se suponía que ella ya debería estar muy lejos de allí.

Los ojos de Gustavo se posaron sobre la mujer que acababa de salir del baño de hombres. Frunció el entrecejo y miró a Diego.

—Será mejor que volvamos... —dijo Diana, tratando de desviar la atención del hecho de que acababa de salir de un lugar, y segundos más tarde, también una mujer.

Sin embargo, Gustavo no despegó la mirada de la dama de vestido rojo con flores blancas estampadas.

—¡Diana! —oyó que alguien decía.

«¡La madre que lo parió!», retumbó en la cabeza de Diana.

Rafael estaba a escasos centímetros de allí, vociferando y tratando de alcanzar a Claudine, disfrazada de Diana, pero la francesa fue mucho más ágil y logró evadirlo.

—Rafael —lo llamó Diego. El nombrado se detuvo en el acto y se giró hacia la voz que lo llamaba. ¿Que se supone que iba a decirle? Dijo su nombre por impulso, en un intento desesperado para que no saliera a la calle, tras Claudine.

—¿Qué pasa? —respondió Rafael, un tanto salido de sus cabales.

—Nada. ¿Está todo bien? —inquirió.

Rafael giró hacia la recepción para ver si podía alcanzar a Diana, pero ella ya no estaba.

—Sí. Todo bien —masculló—. Volvamos a la práctica.



Miraba, pero si mirar el contenido del cuenco que tenía frente a sí. El gazpacho que había hecho su madre, estaba delicioso, pero en realidad, no estaba disfrutando tanto del sabor. Su mente estaba sumergida entre un montón de pensamientos.

—Un día difícil, ¿eh? —Doña Justina rompió el silencio.

Rafael despegó la mirada de su succulenta sopa fría, miró a su madre y no pudo evitar encogerse de hombros.

—Un poco. Sí —respondió, volviendo a retomar la acción de comer.

—¿Deseáis hablar de eso? —indagó la preocupada madre.

—Fue un día bastante raro, mamá —confesó—. Temprano, en la tarde, tuve un agradable episodio con este chico, el nuevo, Diego. No sé si te he comentado acerca de él.

—Algo. Creo que me dijisteis que tenía mucho talento.

—Sí —respondió él—. Hoy me sorprendió mucho —sonrió con ilusión—. Mandé a llevar un novillo de la ganadería Rivas. Tenía mucha curiosidad por ver cómo se las apañaba con un animal, y lo cierto es que lo hizo muy bien, tanto, que el mismísimo Lionel Sánchez quedó encantado.

—¡Vaya! Eso es bueno, ¿no?

—Sí, lo es, pues si el chico triunfa, mi nombre siempre resonará, porque soy quien le está enseñando. Aunque debo destacar que ya venía muy aprendido —rió por lo bajo.

—¿Y dónde viene lo difícil en todo esto? Pues veo que todo es positivo.

—Diana Vidal estuvo en la escuela —su voz sonó un tanto hostil.

—¿La hija de Raquel? ¿Pero no estaba fuera del país?

—Regresó hace poco, y lo primero que hizo fue ir a la escuela para pedirme entrar en el curso de verano, porque quiere comenzar a practicar para ser torera.

—¡Oh por Dios! Pero eso es bueno, ¿o no?

—No madre, no lo es.

—¿Pero porque? Recuerdo que esa chica, desde que tiene uso de razón, le ha gustado todo lo relacionado a la tauromaquia —suspiró—. Recuerdo cuando ustedes dos se la pasaban jugando entre los corrales, ella con el capote y tú fingiendo que eras el toro.

—Eran otros tiempos, mamá.

—¿Ah sí?

—Sí. Eso fue antes de que un toro casi la matara y yo hiciera maromas para salvarla, mucho antes de que su padre me hiciera prometerle que la mantendría alejada de los toros.

—¿Armando te hizo hacer eso? No lo sabía, hijo. ¿Cuándo fue eso?

—Unos segundos antes de morir —musitó Rafael.

—¿Cómo? ¿Pero porque nunca me contasteis nada?

—No vi porque tuviera que hacerlo, madre. Era tan solo el último deseo de un moribundo, su última voluntad. No tuve otra alternativa que hacerlo.

—¿Y la muchacha sabe acerca de esa promesa que le hiciste a su padre?

—¡Sí! Pero es más terca que una mula —Rafael dejó la cuchara a un lado de su cuenco y se puso de pie—. Se lo dije, pero jura y perjura que es solo una treta mía para mantenerla alejada de la escuela, porque según ella, soy un arrogante que no quiero que nadie me opaque, y porque me quiero apoderar del legado de su padre —habló tan rápido que al finalizar, le faltaba la respiración.

—¿Ella estaba molesta cuando os lo dijisteis? —inquirió Justina, entornando los ojos.

Rafael asintió con la cabeza.

—Pues yo creo —continuó la madre—, que deberíais hablar con ella, estando calmados, en un sitio que no sea la escuela, y aclarar las cosas.

—Con ella no se puede hablar, madre. Y hoy me lo demostró una vez más. Es caprichosa, altanera...

—Se me asemeja a alguien que conozco.

—¿Qué? —Rafael sintió indignación—. ¿Estás insinuando que yo soy así?

—A veces —respondió Justina.

Rafael sacudió la cabeza con fuerza, ignorando el comentario de su madre.

—Como sea —habló—. Hoy me hizo entender, que en cuanto pudiera, me iba a poner patitas en la calle e iba a ser ella quien se encargara de la escuela.

—¿Puede hacer eso?

—Por supuesto que no, pero es una niñata malcriada, acostumbrada a tener todo lo que quiere, a manipular a su madre a su antojo, pero conmigo ese tipo de conductas, no funcionan. La conozco, madre. Sé cómo es Diana Vidal, ¿o no te acuerdas cuando armaba esos berrinches colosales, solo porque Armando no la quería llevar sobre sus hombros, después de una corrida?

—Era tan solo una niña —profirió Doña Justina.

—Y sigue siéndolo —farfulló Rafael.

—¿Y qué es lo que te molesta tanto? —inquirió ella.

—¿En serio lo preguntas, mamá? ¿Acaso no habéis entendido nada de lo que os dije?

—He entendido a la perfección todo, pero hay algo más.

—¿Algo más como qué?

—No lo sé. Algo que te perturba.

—Me perturba que sea tan cabeza dura y no comprenda que su madre y yo, solo tratamos de protegerla, de evitar que le suceda lo mismo que le pasó a su padre.

—¿Seguro que es eso?

—Pues sí, madre. ¿Qué más puede ser?

—Imagino que Diana ya debe ser toda una mujercita, ¿o me equivoco?

—Sí, ha crecido, ¿y qué?

—Debe ser una muchacha muy bonita, pues cuando era niña se veía que iba a ser toda una muñequita.

—Sí —Rafa dejó escapar una débil risa—. Es preciosa.

—Ah, recuerdo cuando eras un jovencito de unos quince años, y comenzaste tu trayectoria como novillero. Siempre ibas con esa pequeña, de la mano, como si fuese tu talismán. La

protegías de todo, y la celabas incluso.

—¿Celarla? —sonrió a medias—. ¿Pero qué dices, mamá?

—Te ponías furioso cuando jugaba con otros niños, e incluso cuando Raquel se la llevaba, ponías cara de pocos amigos.

—Yo no recuerdo las cosas así, solo actuaba porque la veía como la hermanita menor que nunca tuve.

—Tal vez, cariño, pero era innegable que te desvivías porque ella estuviese bien, así como tratáis de hacerlo ahora. ¿Sabéis? Una vez llegué a pensar, que al crecer, ustedes estarían juntos.

Rafael frunció el entrecejo, pero enseguida soltó senda carcajada.

—¿Pero qué dices, mamá? ¿Estar juntos? ¿De qué manera? ¡Por Dios! Le llevo nueve años a esa niña.

—En el amor no hay edad, querido.

Rafael siguió riendo, como si acabara de escuchar un chiste muy gracioso.

—Sí, mamá, como os digáis —bordeó la mesa y se acercó a su progenitora, se inclinó y le dio un beso en la frente—. Tengo que irme. Mañana debo levantarme muy temprano.

—¿Ya te vas? Pero si no habéis terminado de comer. ¿Acaso os molestó algo que dije?

—No, madre. Nada que ver. Es solo que recordé que tengo algunos asuntos pendientes por hacer, antes de mañana.

Dicho esto, se dirigió al perchero que estaba a un lado de la entrada de la cocina, tomó su abrigo, el que no necesitaba porque afuera había un agradable clima veraniego, se lo puso, se giró hacia su madre y le guiñó el ojo.

—Hasta mañana, madre. Te quiero.

—Hasta mañana, hijo. Dios te proteja.

Rafael salió de la casa de su madre y abordó su auto sin perder tiempo. En su cabeza se arremolinaba un montón de pensamientos. La sonrisa de Diana se vislumbró en su mente, haciéndole sonreír. Eso que sentía era inesperado, pero muy agradable.



No lo lograba. Por más que lo intentaba, no podía conciliar el sueño. Los recuerdos del día vivido, se agolpaban en su conciencia, además de los tantos errores que había cometido en la vida. Bendita costumbre la de ponerse a filosofar justo antes de dormir.

Algo dentro de su mente le carcomía, y aunque intentara negar que era, sabía a la perfección que era lo que le robaba la paz.

«La mentira tiene patas cortas». El refrán retumbó en su cabeza.

—*Sabéis que estáis jugando con fuego* —oyó la voz de Claudine, proveniente de algún rincón de su cerebro.

—*Sí, lo sé* —recordó que le respondió—, *¿pero que mas puedo hacer? Ya estoy metida hasta el cuello en esto.*

—*El buen mentigoso debe teneg una memogia muy buena, o podgía seg descubiegto pog una tonteguía. Como dice el viejo guefgan: más gápido se coge a un mentigoso que a un ladgón.*

¡Joder! Ese día estuvo muy cerca de que la descubrieran. ¡Era pésima mintiendo!

—¿En qué diablos estaba pensando cuando decidí hacer todo esto? —dijo entre dientes, para sí misma.

Cerró los ojos con fuerzas y entrelazó una mano con la otra, rememorando el momento en que Rafael sujetó su mano entre la suya. Una sonrisita tonta se dibujó en sus labios. Recordar como ese par de ojos verdes la miraban, y lo delicioso que olía el aliento de ese hombre, removió dentro de ella, un montón de sentimientos que creía superados.

Se removió sobre la cama, emitiendo un gruñido.

—No seas tonta —se dio un golpe en la frente, con la palma de su mano—. Rafael no es para ti —musitó. Eso de reprenderse a sí misma, era una costumbre que tenía desde niña.

«¿Que se supone que haga?», la pregunta reverberó en su mente. «Sé que está mal mentir y engañar, pero si no lo hubiese hecho así, nunca habría podido hacer lo que he hecho. Le he demostrado a muchos, que sí puedo. ¡Joder! ¿Pero entonces porque me siento tan mal?». Resopló con frustración. «¿Será posible?», continuó con su monólogo interno.

*"Eres frágil, como una muñequita de porcelana, tan sublime, delicada, tan... hermosa".*

De nuevo una sonrisa tonta emanó de sus labios, al recordar las palabras de Rafael.

«¿Será posible?», se repitió la pregunta en su mente. «¿Será posible que Rafael Villanueva sienta algo por mí?»

El corazón de Diana se desbocó.

—¡Joder! ¿Pero qué sucede conmigo? Se supone que lo que sentía por Rafael había quedado atrás, en el pasado —se llevó una mano a la frente y su mirada se fijó en el techo de su habitación.

*"No puedo. Me vuelvo loco de solo pensar que algo malo os pudiera pasar".*

—Se preocupa por mí. De verdad le importo —un tenue rubor se apoderó de sus mejillas y un cosquilleo de su vientre.

Dio vueltas sobre la cama, de aquí para allá y de allá para acá, rememorando los momentos junto a Rafael, cuando era pequeña. Las tantas veces que él salió corriendo para sacarla de un apuro, las veces que la regañó por hacer algo peligroso, la forma en que la abrazaba y le decía "enana", ese cariño inmenso que irradiaba de sus bellos ojos cuando la veía, la complicidad que había entre ellos cuando su padre, Armando, no la dejaba siquiera acercarse a un capote, mientras era Rafael quien le enseñaba como sujetar la muleta y moverse con estilo...

Entonces... ¿qué fue lo que sucedió? ¿En qué momento las cosas cambiaron? ¿Cuando dejó de ser su amigo, su cómplice... y se convirtió en el ogro que le cercenaba los sueños? No lo entendía.

Siempre fue su protector, pero también, su proveedor de risas.

—Ahora te habéis convertido en un amargado —susurró—. ¿Qué os pasó?

Siguió dando vueltas sobre la cama, pensando y pensado. Llegó a una decisión:

Seguiría con su plan, lo que durara el curso de verano. Un mes era tiempo suficiente para demostrarle a todos de que estaba hecha, de forjarse un nombre y una fama. Que fuese *Diego* quien ganara dicha fama, era lo de menos; cuando llegara el momento oportuno, le diría la verdad a Rafael y a todos. A esas alturas, ni su madre ni nadie, podrían hacer algo al respecto. El diamante habría comenzado a brillar, y el mundo demandaría por más de ese brillo. Solo cuatro semanas más tendría que seguir con su farsa. Solo un mes tendría que seguir con ese juego de ser dos personas a la vez.

Solo había un detalle.

Diana no contaba con que todo se iba a salir de control, por culpa del corazón.



*Tres días después.*

La melodía de un paso-doble retumbó en el lugar. El corazón de Diana comenzó a latir a mil por hora, y los colores se esfumaron de su rostro. Sus manos sudaban.

—¿Nervioso? —una vocecita le hizo girar el rostro a su derecha. Ella asintió con la cabeza—. No os preocupéis, creo que es una sensación que nunca dejamos de sentir —continuó Joey—. Es mi séptima novillada, pero me siento como si fuese la primera.

—¡Joder, tío! No me deis tantos ánimos —dijo Diego, soltando una bocanada de aire y llevándose la mano a la castañeta.

Joey rió por lo bajo y la miró de reojo.

—¡Hala! Si que te veis diferente sin esa barba insípida que traíais —comentó en un susurro, dándole un codazo en el costado

Diana rió con nerviosismo, recordando la manera en que tuvo que ingeniárselas su amiga Claudine para darle rasgos masculinos a un rostro tan femenino, en ausencia de vello facial.

*—El secgeto está en los contognos.*

*—Vale, pero recuerda que no quiero lucir como un travesti —masculló Diana.*

*—Lucigás como tienes que lucig —dijo la francesa, dándole un golpecito en la punta de la nariz con su brocha de maquillar—. ¡Jodeg! ¿Pog que no me dijiste que los togegog y afines, no usan bigotes ni bagbas?*

*—No lo recordé en el momento —Diana se encogió de hombros—. Lo siento.*

*—Esta es la vida gual, no una película de supeghégoes, que puedes solucionaglo todo con un par a anteojos o un mechón de cabello en la fgente —Claudine rodó los ojos—. Pog ciegto. No entiendo como la gente puede seg tan estúpida. Es Clagk Kent cuando se pone unas gafas, pero es Supegman cuando se las quita y se pone un hoguible guizo en la fgente.*

*—Tú lo habéis dicho, cariño —se mofó Diana.*

*—Habgía sido más cgeíble si le hubiegan puesto un antifaz, como a Batman.*

*—¿Y qué tal si me pongo un antifaz? —tanteó Diana, aunque sabía que era una idea tonta.*

*—¿Y te mando a confeccionag un tgaje neggro con capa y sombgrego paga que seas Diego, pego De La Vega?*

*Ambas amigas rieron a carcajadas ante lo hilarante de la situación.*

*—Una mentiga conlleva a otga y otga —profirió la rubia.*

*—¿Por qué dices eso?*

*—Estaba pensando en una fogma más paga despistag a todos.*

—¿Ah sí? ¿Cuál?

—*Igue a la novillada, vestida de ti, paga causag confusión. Me mezclagué entre el público y dejagué que me vean pog aquí y pog allá.*

—*Es arriesgado. Alguien podría reconocerte.*

—*¡Ay, queguida! Acá no me conoce ni Dios. Si alguien llega a vegme con detenimiento, solo segué una chica paguecida a Diana Vidal y ya.*

—¡Caramba! —la voz de alguien más, la hizo volver al presente. Al mirar a su izquierda, vio a Rafael, vestido muy elegante, sonriendo con amplitud—. Sos otra persona —comentó y frunció el entrecejo—. Te habéis quitado como diez años de encima. Pareces un niño de diez —bromeó, dándole una palmadita en la espalda.

¡Joder! Diana deseó salir corriendo y alejarse lo máximo posible de Villanueva.

—¿Estáis usando maquillaje? —indagó Rafael.

La pregunta desorbitó a Diana, cuyas manos comenzaron a sudar de forma profusa.

—¿Qué? No —ella negó con la cabeza—. Es solo que... Ammm... Me tuve que echar una pomada para.... Ammm... —Diego titubeó—. Me hice daño con la hojilla. ¿Vale? —espetó y se dio la vuelta para evitar que Rafael la siguiera mirando con los ojos entornados.

—Como digáis, tío —Rafael levantó ambas manos en señal de disculpa—. Chicos... —dijo refiriéndose a Diego y a Joey—. Vayan preparándose, el paseillo va a comenzar, y tú, Diego...

—Sí. La montera en la mano derecha y el capote sobre el hombro izquierdo —barbulló Diana. Rafael rió por lo bajo.

—No, eso no es lo que te iba a decir —sacudió la cabeza y siguió riendo—. Te quería decir: ¡Impresionalos! Dalo todo por el todo. Hoy es tu día, macho.

Diana no pudo evitar girarse y mirarlo a la cara.

—Gracias, Rafael —musitó—. Por haberme *dao* la oportunidad.

Villanueva chasqueó la lengua.

—Nada de eso. Os lo mereces —se abstuvo de darle un apretón en el hombro. Diana deseó que lo hiciera, para poder sentir su mano tocándola—. Si lo hacéis como en la práctica, te ganareis al público.

—Lo haré mejor, maestro —respondió *Diego*, sintiendo que se le hinchaba el pecho de orgullo.

Mientras Diana caminaba hacia el ruedo, no pudo evitar pensar en algo y sentirse algo triste. Siendo Diego Morante, debía pasar por todo ese proceso de ser novillero, pasar algún tiempo entre novilladas, hasta poder optar por tomar la alternativa. Siendo Diana, hija de un gran torero como Armando Vidal, tenía ciertos beneficios, como tomar la alternativa directamente, siempre y cuando demostrara ser capaz de llevar en alto el apellido de su padre. Y era más que evidente que era muy capaz de eso y mucho más.

—Pero en fin, todo sea por cumplir mi sueño —dijo para sí misma, para darse ánimos.



Miró al cielo y se persignó, acto seguido, se arrodilló sobre la arena, tendió el capote frente a ella, sosteniéndolo a nivel del ombligo. Se preparó para recibir a un novillo de 230 kilos, de pelaje negro azabache, de cuernos ligeramente largos y puntiagudos. El sexto de la tarde.

Su debut, de por sí, se dio de una forma muy apresurada. Rafael hizo un par de llamadas y convenció a los encargados del evento, de incluir a Morante en su programa. Al fin y al cabo, accedieron porque era una novillada de exposición, creyendo en la recomendación de Villanueva, y a la vez, en la palabra de Lionel Sánchez, quien también llamó a los organizadores para contarles maravillas respecto al chico debutante. La única condición de los organizadores, era que debía ser el último participante de la tarde. Era una novillada sin caballos.

—¿Pero qué coño está haciendo? —musitó Rafael, sin dar crédito a lo que estaba viendo.

El animal salió disparado como alma que lleva el diablo, directo a la figura que yacía en el medio de la plaza. Diana analizó la distancia y el tiempo que le tomaría llegar hasta ella. Se puso de pie, como si un par de resortes la impulsaran, justo a tiempo para recibir al novillo, ejecutando un movimiento sutil con el capote, girándose para quedar frente al utrero, el que fue a su encuentro, de inmediato. Diego ejecutó un par de verónicas, para darle un poco más de terreno al animal.

Los gritos de "olé", no se hicieron esperar. El corazón de Diana se regocijó.

El traje de luces, azul turquesa con plata, que llevaba puesto, brilló bajo el sol. Era un traje que había pertenecido a Rafael, cuando este era apenas un jovencito de dieciséis años de edad. Fue una suerte que a Diana le quedara el traje de Villanueva, pues debido a lo precipitado del asunto, no le habría dado tiempo de mandar a confeccionar uno a su medida.

Una vez más, el novillo embistió. Esta vez, Diana tenía el capote sostenido a nivel de su pecho, y lo balanceó un poco para captar la atención del vacuno, pues estaba un poco distraído mirando al público. En cuanto fue a su encuentro, lo recibió con un par de tafalleras, cerrando con una perfecta revolera, lo que la hizo acreedora de una ovación. Diana sonrió, complacida.

Pero ella quería más. Anhelaba más adrenalina corriendo por sus venas.

Volvió a ponerse de rodillas, a escasos metros del novillo, pero éste no se movía. Tan solo se limitaba a mirarla. Diana comenzó a agitar el capote y a moverse, aun arrodillada, de un lado a otro, para incitar al animal...

—¡La madre que lo parió! —masculló Rafael, llevándose una mano a la boca—. *Dejá de hacer eso, boludo* —dijo entre dientes.

El corazón de Villanueva latía muy acelerado dentro de su pecho. Ver a grandes toreros, matadores consagrados, ejecutando ese tipo de movimientos, era normal, pero ver a un novato, y

más, si la vida de éste, estaba entre sus manos, haciendo esos pases tan osados, le producía escalofríos.

...el novillo embistió. Diana hizo un movimiento de muñecas, pasando el capote por detrás de su cabeza, lo soltó con una mano y haló con la izquierda, arrastrando la tela en la misma dirección que el animal. Fue una ejecución impecable.

Se puso de pie de un salto, se quitó la montera, miró al novillo a los ojos y soltó un grito victorioso, dando un puñetazo al aire, con su mano libre.

El público se volvió loco, y estalló en un sonoro aplauso.

—¡Hostia puta! Este sí que tiene cojones —masculló Rafael.

Cuando llegó el tercio de banderillas, Diego se resguardo detrás de un burladero que se encontraba cerca de su maestro, así que éste aprovechó para acercarse a él.

—¿Que se supone que estáis haciendo, muchacho? —le dijo.

—¿De qué os habláis? —Diana sonreía y seguía con la mirada al banderillero que le encajaba un par de banderillas en el lomo al novillo—. Tan solo me divierto —lanzó una rápida mirada a su maestro.

—Ya —Rafael parecía poco contento—. Cuando os pedí que los impresionaras a todos, no me refería a que hicierais tonterías.

—No son tonterías —respondió Diego—. Son *vidaladas*. Armando Vidal hacía ese movimiento con mucha frecuencia.

—¡Vale! Pero Armando Vidal era Armando Vidal, y practicó para eso, muchas veces...

Diana sintió una repentina ira recorriendo su cuerpo...

—Pues yo, Di... —se mordió la lengua al percatarse de lo que iba a hacer. Iba a decirle que ella era Diana Vidal, heredera de la *vidaladas*, en un acto típico de pataletas infantiles, pero en lugar de decir esa estupidez, carraspeó la garganta y prosiguió—. Pues yo soy Diego Morante, y llegaré a ser tan grande como Vidalito.

—Por mí, podéis llegar a ser más grande que el mismísimo Dios, siempre y cuando lo logres con sensatez, y estando vivo —fue la mordaz respuesta de Rafael.

Diana tragó grueso. Se sintió como una idiota por tener tantas ínfulas de grandeza. ¡Joder! Debía aprender a controlar sus impulsos, o de lo contrario, Rafael terminaría descubriéndola en menos de lo que canta un gallo.

—Anda. Sigue luciéndote —le apremió, haciéndole entrega de una muleta y un estoque simulado.

*Diego* hizo una señal a uno de los subalternos de la plaza, y con un ademán de la mano, le pidió que sacara al toro de las tablas y lo encaminara al medio del ruedo. Mientras eso pasaba, se dirigió al frente del presidente de plaza y pidió permiso para continuar con la lidia.

Se quitó la montera y se la entregó a su compañero Joey, que estaba detrás de la barrera. Caminó despacio al encuentro con el animal, sacudiendo de forma sutil el capote. El utrero volvió a embestir. Diana hizo un par de pases naturales y unos cuantos con la derecha, ganándose otro caluroso aplauso, por parte del público. Dio un grito victorioso, y el retumbar de un paso-doble le anunció que la hora de la verdad se estaba acercando...

El baile de gallardía, elegancia y sensualidad, comenzó. Con su mano derecha en la cadera, en jarrón, y con su otra mano sujetando la muleta, ambos, tanto novillo como novillero, danzaron al ritmo que les tocaba la suerte. Al natural, oles y vítores se hicieron sentir. Manoletinas y trincherazos, le hicieron ganadora de más aplausos.

Los ojos de Rafael estaban fijos sobre su pupilo, quien lo sorprendía a cada segundo con tan

excelsa faena que estaba brindando a todos los presentes, pero fue un momento específico el que le hizo sentir como si se hubiese metido en una cápsula del tiempo y viajado al pasado...

Diego tiró la muleta y el estoque a un lado, se paró frente al novillo, se abrió la chaquetilla e hizo el desplante. Sin embargo, había algo fuera de lo común en ese gesto. No había atisbo de dominación en la mirada de Diego, sino respeto y admiración hacia un animal que no era dueño de su destino.

Un recuerdo de su niñez llegó a su mente.

—*¿Por qué debemos matarlos?* —preguntó un pequeño de ojos verdes, a su maestro.

—*Torero no es aquel que puede jactarse de decir que ha matado a un sin fin de toros, sino aquel que puede sentirse orgulloso de perdonarle la vida aunque sea a uno...*

—*Ya, pero no respondió mi pregunta, maestro. ¿Por qué debemos matarlos?*

—*Para honrarlos* —contestó Armando Vidal.

—*¿Qué manera tan extraña de honrarlos.*

—*Veréis, Rafael, para algunas personas, las corridas de toros, no son más que un montón de hombres, vestidos de payasos, torturando hasta la muerte a un animal. Pero para otros, es arte. Y no porque los artistas seamos sádicos, sino porque es una forma de darle una muerte digna a un animal tan imponente.*

—*¿Pero no sería mejor, perdonarles la vida a todos?*

—*Tómalo como una lección de vida* —comentó el maestro—. *Si dejas de luchar, te rindes, te entregas a la derrota... ¿Qué es lo que pasará contigo?*

—*No lo sé* —el niño se encogió de hombros.

—*Pues que la vida te arrastrará a donde le dé la gana, viviréis pero seréis un muerto en vida. Estaréis derrotado... En cambio, si lucháis, si os esforzáis, si os mantenéis fuerte ante las adversidades, ¿qué os creéis que os deparará el destino?* —el pequeño no contestó—. *Pues que la vida os sonreirá y os dará otra oportunidad para seguir adelante. Es lo mismo con los toros. Si el toro se rinde y deja de luchar, se le da una muerte digna, en vez de dejarlo morir desangrado en un matadero, pero si el animal se mantiene fuerte durante toda la faena, se gana el indulto. Yo jamás he creído que existan toros buenos o toros malos para la lidia. Creo que existen malos toreros que no saben cómo explotar el verdadero potencial de un animal. Es como tú, y como yo. Si yo no lograra que tú fuerais un gran matador, aun sabiendo que tenéis el potencial para serlo, ¿quien estaría fallando? ¿Tú o yo?*

El griterío lo sacó de su ensimismamiento.

Diego logró entrar, cruzar y salir de manera impecable, con una suerte contraria y a volapié.

—*¡Vaya matador tenéis entre tus manos!* —dijo alguien que acababa de acercarse por su derecha. Era Lionel Sánchez.

Rafael solo se limitó a sonreír. No quiso apartar su mirada ni un segundo de Diego. Una idea muy loca cruzó por su mente, pero se la sacudió en el acto, agitando la cabeza con fuerza.

El novillo dio unos cuantos pasos, dando tumbos hasta que se echó. Diana levantó su mano derecha para saludar al público que la ovacionaba y agitaba sus sombreros al aire, pero aunque debía sentirse alegre, había tristeza en la mirada del debutante.

El presidente de plaza mostró dos pañuelos blancos, otorgándole dos orejas.

Por fin, una sensación de satisfacción la invadió cuando le hicieron entrega de sus trofeos. Miró al público en busca de alguien a quien pudiera dedicárselos, pero solo estaba Rafael y sus compañeros. Así que, alzó la mirada al cielo:

—*Para ti, padre* —dijo entre dientes, levantando ambas orejas.

Dio la vuelta al ruedo, encontrándose con uno que otro corresponsal de prensa, pero no se atrevió a acercárseles, por miedo a que los nervios la traicionaran y terminaran exponiéndola.

Una vez terminada su celebración, se acercó a Rafael; este la felicitó, pero ella solo se encogió de hombros y agradeció sus amables palabras.

—Sí, sé que estáis un poco decepcionado —dijo Rafa—. Tu actuación era merecedora de un rabo y dos orejas, pero alégrate, que lo habéis hecho muy bien.

—No es eso —comentó Diego.

—¿Y entonces? —Rafael frunció el entrecejo.

—Es solo que... deja un mal sabor de boca, la primera vez que matas a uno —respondió, lanzando una rápida mirada a la puerta por donde acababan de sacar al animal muerto.

—¡Joder, tío! Si no os gusta matarlos, entonces deberíais irte a Portugal —intervino Enrique, quien fue como espectador—. Allá está prohibido matar a los toros, así sean buenos o malos.

—No hay toros buenos o malos, solo toreros que no saben explotar el potencial del animal —contestó Diana sin más.

Rafael frunció el entrecejo.

—¿Que dijiste? —inquirió.

—Nada —respondió Diego—. Iré a refrescarme un poco —concluyó.

Dicho esto, se alejó de ellos.

Sin embargo, a Rafael no le dio mucho tiempo de pensar en lo raro que le parecía que Diego citará a su maestro, ya fallecido, pues su mirada se posó sobre una figura femenina, sentada entre la multitud, justo en las gradas frente a él.

—¿Diana? —musitó al reconocer una cabellera rizada de color castaño rojizo, que emergía entre multitud.

No pudo detallarla mucho más, pues la dama se puso de pie, con la mirada fija en un punto por detrás de él, o al menos eso creyó, y se puso en movimiento, bajando uno a uno los escalones.



Caminó sin rumbo por algunos segundos. No lograba entender que era lo que sentía. Un montón de sensaciones y pensamiento recorrieron su cuerpo. Se sentía feliz por haber debutado de la forma en que lo hizo, pero al mismo tiempo, sentía pesar porque no era un logro propio de ella, sino de Diego Morante, de ese personaje que ella inventó.

Sentía envidia por alguien que ni siquiera existía.

Se sintió tonta, muy tonta, por sentirse así. Pero nada podía hacer, estaba atrapada en su misma red de mentiras y engaños. Tuvo un impulso casi inhumano, de salir al ruedo y gritarle al mundo quien era en realidad. No obstante, la idea se esfumó de su mente al pensar en todos los inconvenientes que eso acarrearía. La crítica la despedazaría, y sería su debut y despedida del mundo taurino.

—¡Mierda! —masculló, dándose un par de golpes con la mano abierta, en su frente.

—¡Jodeg! —Diana dio un respingo—. *¡Pog fin te encuentgo!* —exclamó alguien a su espalda—. *¿Pog que saliste de esa fogma de la plaza?*

—¿Que querías que hiciera? —fue la hostil respuesta de *Diego*.

—No lo sé —Claudine se encogió de hombros—. *Hablag un poco con la pgenza, quedagte a un lado de Gafael, disfgutag de la gloguia, ¡tu momento!*

—¿Os habéis vuelto loca? —Diana no daba crédito a lo que oía—. ¿Hablar con la prensa? ¿Se os olvida que soy un fraude andante, que alguien podría descubrirme al mínimo descuido?

—Tampoco así, tía —la francesa se cruzó de brazos—. No seas *exagegada*. Deja tu puta *paganoia* a un lado, y *disfguta*.

—No puedo. ¿Vale? No puedo —espetó Diana—. Se me cae la cara de vergüenza, cada vez que miro a Rafael a los ojos. No me siento bien, sabiendo que soy una estúpida egoísta, que solo pienso en mí y que me importa un bledo los demás, con tal de lograr lo que quiero. ¿En qué momento me convertí en esto?

Claudine ni movió los labios.

—Si mi padre me viera, de seguro me haría ver lo ridícula que soy, con todo esto encima, fingiendo ser alguien que no soy, negándome un derecho que me pertenece desde el día que nació, ocultándome detrás de esta máscara... —una lágrima se asomó en uno de sus ojos—. Se acabó. No puedo más...

—*¿Pego que estáis diciendo?* —dijo Claudine, abriendo los ojos como platos—. Pensé que esto *ega* lo que *queguías*, que...

—Sí —la interrumpió—. Quería demostrar de lo que soy capaz y que la sangre de Armando Vidal corre por mis venas, pero... no lo sé, llámalo ego, o como queráis, ¿pero de nada sirve tener

tanta gloria, si debes disfrutarla debajo de un disfraz?

—¡Pamplinas! —la rubia con peluca rizada, frunció el entrecejo—. Solo estás cansada y un poco *negviosa*. Tan solo cálmate y vuelve al *gûedo*, ¿*quiegues*? Miga que yo también e *investido esfuegros* en esto.

—Y lo lamento, por haberte arrastrado a esto, pero... —no pudo seguir hablando. Se le hizo un nudo en la garganta—. Pensaba que me iba a... —intentó seguir hablando—, sentir mejor, pero... no... —soltó un suspiro ahogado.

No dijo nada más. Se fue alejando en dirección al portón que daba a la calle.

Le pesaba el alma, pero prefería retirarse del juego antes de que todo se saliera de control. Ya no tenía nada más que demostrar. El mundo ya sabía que había nacido para ser una gran torera. Era un lástima que nadie nunca iba a saber que detrás del rostro de un joven muchacho llamado Diego Morante, se encontraba la hija del gran Armando Vidal.



*Una semana después.*

Fijó su verdosa mirada sobre el estante donde se mostraba la decena de premios y reconocimientos que obtuvo Armando Vidal en vida, y los cuatro que había obtenido él, Rafael, a lo largo de casi quince años de trayectoria en el mundo taurino. Soltó otro suspiro de frustración, a la vez que se llevaba una mano a la frente y bajaba la mirada para volverla a clavar en el periódico que yacía sobre su escritorio.

*¿Donde está Diego Morante?* Leyó el titular de la primea plana.

—¡Joder, tío! ¿Dónde estáis metido? —dijo entre dientes, rascándose la nuca con gesto pensativo. Perdió la cuenta de las veces que se hizo esa pregunta.

*¿Debut y despedida?* Leyó en otro.

No lo entendía. Él había tratado de ser el mejor mentor para Diego, dándole su apoyo, consejos y demás, y de igual manera, se largó, sin decir nada, sin importarle un bledo como podría sentirse él. Le había cogido mucho cariño al muchacho, y depositó muchas esperanzas en él. Tenía mucho talento, eso era innegable. Entonces... ¿por qué coño se fue así, sin más? Se devanó los sesos tratando de buscar una respuesta lógica, pero no la encontró. En todo caso, la opción más razonable era que la abuela de Diego pudo haber enfermado, o peor, y hubiese tenido que regresar de emergencia a su pueblo, pero aun así, no había excusa para que se haya ido así, sin siquiera decirle nada.

Una semana entera transcurrió, en la cual no pasó ni un segundo sin preguntarse: ¿Qué coño fue lo que pasó? Suponer había sido su peor error.

Llegó hasta a pensar en la probabilidad de que el chico hubiese muerto en un accidente, pero no encontró noticias respecto a accidentes de coche, ni aéreos, ni mucho menos de algún suicidio o algo parecido. ¿Donde carajos estaba Diego Morante? Era como si la Tierra se lo hubiera tragado y lo hubiese expulsado en otro sistema solar.

En su desesperación por obtener respuesta, se enzarzó en una búsqueda implacable, a través de las redes sociales y la web entera, para saber quién era Diego, cuál era su pasado, quienes eran sus amigos, si tenía otro sueño o aspiración, además de ser un gran matador. Lo más desconcertante es que no encontró nada de él. El jodido muchacho era como un puto fantasma.

Como última opción, llamó a un conocido que trabajaba en la policía para pedirle ayuda, a fin de encontrar algún indicio del paradero de Diego, pero los esfuerzos del mismo, no arrojaron resultado alguno. Al menos, hasta ese día.

La puerta de su oficina se abrió. Marta entró e hizo un ademán a alguien para que pasara.

Rafael reconoció al oficial Horacio Castillo.

—Buen día, Rafael —saludó el funcionario.

—Buen día, Horacio. ¿Qué os trae por acá?

—He venido a traeros una información que de seguro os vais a interesar —el hombre sacó un papelito del bolsillo de su camisa y lo deslizó sobre el escritorio de Rafael.

—¿Qué es eso? —Villanueva miró con cierta renuencia el papel.

—He estado hablando con varias personas, que dicen haber visto a Morante. Una señora, asegura haberlo visto entrar en esa dirección —dio unos golpecitos con su dedo, sobre la mesa, señalando el papelito—. De hecho, no queda lejos de acá.

—¿Cómo dices? —Rafael cogió el papel y lo desdobló—. ¡Madre mía! Pero si esto queda a tan solo tres calles de aquí.

—¿Quieres que os acompañe o iréis solo? —inquirió Horacio, a quien conocía por su madre, pues este, había estado, en una época, interesado en la señora Justina.

—Iré solo. Si Diego está allí, tal vez ver a alguien de la policía lo asuste —se puso de pie y se acercó al agente. Le dio un par de palmaditas en el hombro—. Yo me encargo de esto. Muchas gracias, Horacio.

—Para serviros —respondió el hombre con mucha cortesía—. Si hay algo más que necesitéis, no dudéis en llamarme.

Rafael asintió con la cabeza, metiéndose el papelito en el bolsillo de su chaqueta.



Estiró su brazo, y con un raudo movimiento, haló la cortina, dejando que los rayos del sol entraran sin clemencia en la habitación. Diana apretó los párpados de sus ojos y se removió sobre el colchón, a la vez que se colocaba una almohada sobre la cara para cubrirse de la molesta luz.

Claudine dio un par de pataditas al jergón de la cama.

—¡Pego bueno! —la francesa se colocó ambas manos en las caderas, en jarrón y puso los ojos en blanco—. ¿Hasta cuando piensas *quedagte* allí *tigada*?

—Déjame en paz —farfulló Diana, sin siquiera molestarse en mirarla.

La rubia exhaló un suspiro de frustración, mezclado con un gruñido de molestia. Se arremangó la camisa y se dispuso a halar a su amiga de los pies.

—*Aguiba*. Sal de esa puta cama —espetó.

—¿Pero qué te pasa, tía? —Diana reaccionó, sujetándose de la cabecera de la cama—. ¿Te habéis vuelto loca?

—Loca no. Estoy *fugiosa* de *vegte* allí tendida, como si *fuegas* un puto *pagásito*. ¡Solo comes, cagas y *duegmes*!

Diana se incorporó y fulminó a su amiga con sus penetrantes ojos grises.

—¿Podríais solo... dejarme en paz con mi puta depresión? —vociferó Diana.

—*Depgesión* mis cojones. *Miga* que *egues* bien *malaggadecida* con el *cgeadog*. Tanta gente que hay en el mundo, con *enfegmedades tegminales*, que solo desean *vivig* un día más... y tú que tienes salud, te echáis a *moguig pog* una *tonteguía*.

—No es ninguna tontería. Es...

—Es una *tonteguía*. ¡*Jodeg*! —la francesa se llevó las manos a la cabeza y gruñó—. ¿Quién *cagajos* te entiende? *Queguias seg toguega*, ideaste un plan *paga seglo*, y todo te estaba saliendo a *pedig* de boca. ¡Tenías mi jodida ayuda! ¿Y decidiste que no *queguias haceglo* más, *pog* no sé que *gazón* —Diana intentó refutar algo, pero Claudine le hizo un gesto con la mano, moviendo su dedo en negativa, le lanzó una dura mirada que decía "cállate", y siguió hablando—. Deja de *andagte* auto-compadeciendo, y saca tu puto culo de allí y ponte a *haceg* algo *pgoductivo* con tu vida, que la *guenta* no se paga sola.

—¡Ah! ¿Es eso? —Diana agitó la mano en el aire, con notable pereza—. Si lo que necesitas es dinero, busca en la primera gaveta, a la derecha, en mi estan...

—¡UNA MIEGDA! —Claudine levantó mucho la voz, tanto, que su voz sonó más chillona de lo que era—. DEJA DE *COMPOGTAGTE* COMO UNA MALDITA NIÑA *GUICA*, QUE TODO LO *AGUEGLA* CON PASTA —Diana abrió mucho sus ojos. Estaba impactada—. YA TENÍA *GAZÓN GAFAEL* EN *DECIG* QUE *EGUES* UNA *MALCGIADA* Y *CAPGICHOSA*.

Diana no se atrevió a decir ni pío. Solo se limitó a levantarse muy despacio, ante la dura mirada de su amiga, levantando las manos, como si la rubia la estuviera apuntando con una pistola. Despacio se fue caminando hacia el baño, donde se encerró.

—¡Joder! —masculló—. Creo que le hace falta un novio —dijo para sí misma.

Se deshizo de su pijama y se metió bajo el chorro de agua tibia. Se dio una ducha rápida, y salió a toda prisa hacia su cuarto. Se vistió con lo primero que encontró y se fue a la cocina en busca de algo para comer.

Se encontró a su amiga, sentada a la mesa, leyendo un periódico.

Diana logró distinguir un titular.

*Joven promesa de la tauromaquia, se esfuma como humo.*

—Lamento *habegte ggritado* —dijo Claudine sin despegar los ojos de su lectura.

—No te preocupes. Agradezco que lo hayáis hecho. Me habéis ayudado a reaccionar — Diana tomó un cuenco y una cuchara. Fue a la lacena, a por una caja de cereales, luego a la nevera, a por una botella de leche. Se sentó frente a su amiga—. Al terminar de desayunar, saldré a buscar un empleo por la temporada, y al llegar el momento, regresaré a Francia, a comenzar mis estudios de medicina.

—¿Qué? —su amiga la miró dubitativa—. ¿Al fin y al cabo, vas a *tegminag* doblegándote ante la voluntad de tu *madge*?

—¿Qué más puedo hacer? —movió los hombros con resignación, mientras vertía leche en el cuenco—. Al fin y al cabo, nunca he sido dueña de mi vida.

—¿*Pego* qué coño estáis diciendo? Allí vamos de nuevo, con la auto-compasión. ¿Sabes qué? Haznos un *favog* al *gusto* del mundo, y suicídate. ¿*Quiegues*?

—¡Joder, tía! ¿Pero qué te pasa? ¿Te habéis despertado con la convicción plena de tocarme las narices?

—No. No es eso...

—No habéis dejado de decir palabras hirientes y soeces desde que me desperté...

—Solo *quiego* que entiendas. Se llama *tegapia* de choque...

—Pues a otro lado con tu jodida terapia de choque, ¿quieres?

—Pues a *otgo* lado con tu puta auto-compasión —dejó el periódico sobre la mesa—. ¡Ay! *Pobge* yo, soy Diana Vidal, hija de un *ggan toguego*, que no puedo *haceg guealidad* mi sueño *pogque* mi mami y *Gafael* no me dejan *seglo*. Soy tan *cobagde*, que no soy capaz de *enfgentagme* a ellos y *madaglos* a *tomag pog culo*... *Paga* mi, fue más fácil, *inventagme* un *pegsonaje*, *mentig* y *engañag* a *diestgo* y *siniestgo*, que *haceg valeg* mi *degecho* a la *libge* identidad...

—Claudine basta —musitó Diana.

—Soy una *justiciega pog* los *degechos* humanos, *pego* no defiendo los míos. Dejo que la gente haga conmigo lo que les da la gana. Lo único que sé *haceg* es *lamentagme* y *decig*: ¡Oh *pobge* de mí! Nadie me entiende... Mi papi se *aveggonzaguia* de mí sí me *viega* haciendo lo que hago y...

—YA BASTA, CLAUDINE —Diana lanzó la cuchara a un lado.

—¿De qué valió todo tu *esfuegzo*? —la rubia ignoró la orden de Diana—. ¿De qué te valió *nadag* tanto *contga coguiente*, si al final, estás *muguiendo* en la *oguilla*?

Diana no respondió. Su amiga escupía verdades, como si tan solo exhalara el aire que respiraba. Se sintió estúpida. Claudine tenía toda la razón del mundo.

El sonido del timbre rompió la conexión de miradas tensas.

—¡Hala! ¿Quién coño *segá* a esta *hoga*? —masculló Claudine, acomodándose las mangas de

la camisa y encaminándose hacia la puerta principal.

Diana tomó el bol, lleno de cereales y lo metió en el lavaplatos. Se le había quitado el apetito. Se agachó para recoger la cucharada...

—¡Jodeg! —exclamó Claudine, entrando a la cocina, tan pálida, que por poco se mimetizaba con la pared blanca—. Es *Gafael*.

—¿Qué? —Diana abrió los ojos como platos, dio un paso a hacia atrás, y sin querer, con su mano golpeó una olla que estaba sobre la cocina, cayendo ésta en el suelo, y produciendo un estruendoso ruido.

—¡ABRÍ LA PUERTA, DIEGO! SÉ QUE ESTÁIS ALLÍ —vociferó Rafael desde el exterior del departamento.

—¡La madre que lo...! ¿Pero qué coño hace aquí? —susurró Diana.

—¿Cómo es que llegó a acá? —Claudine sacudió la cabeza—. ¿Acaso tú... —la miró con dureza—, siendo Diego, le dijiste que vivías acá?

—Por supuesto que no. De hecho, mentí en el formulario que tuve que llenar en la escuela, para poder tomar el curso de verano.

—¿Y entonces como es que él sabe que puede *encontgag* a Diego acá?

—No lo sé. Yo sé lo mismo que tú —se defendió Diana.

La puerta sonó de nuevo.

—¡Oh vamos, tío! Obtuve tu dirección de una fuente muy confiable —dijo Rafael. Prefirió omitir ciertos detalles, pues sabía que si nombraba la palabra "policía", iba a causar un efecto muy adverso en Diego, y no quería eso.

—La única, aparte de ti y de mí, que conoce esta dirección es mi madre —musitó Diana—. ¡Joder! —se llevó una mano a la frente—. ¿Acaso crees que mi madre le dio mi dirección?

—¿Acaso no estás escuchando? —la francesa frunció el entrecejo—. Está buscando a Diego, no a Diana.

—Joder, joder, joder —Diana se llevó ambas manos a la cabeza, como si eso la ayudara a pensar mejor—. ¿Y ahora que se supone que haga?

—Lo que debiste *habeg* hecho desde un *pgincipio*. Dile la *vegdad*.

—No puedo. Si lo hago, me aborrecerá —los ojos de Diana brillaron de una manera extraña.

—Debiste *habeg* pensado en las consecuencias desde el inicio de toda esta *locuga*.

—Ayúdame, por favor —imploró Diana.

—¿Más de lo que ya te he ayudado? —rezongó la rubia.

—Por favor. Entretenlo mientras yo... o mejor dicho, Diego, se prepara.

—¡Jodeg, Diana! —puso los ojos en blanco—. ¿Ya no habéis tenido suficiente de este sinsentido?

—Te lo ruego, Claudine. Será la última vez. Te prometo que en cuanto se vaya, pensaré en una forma de contarle toda la verdad. Pero todavía no puedo. No estoy lista para recibir sus reproches.

Claudine entornó los ojos.

—Una última vez y ya. La *pgóxima* vez que me pidas ayuda *paga seguig* con este *cigco*, te mandaré a *tomag pog*...

Diana no terminó de oír lo que dijo su amiga, porque salió corriendo hacia su cuarto.

—Más os vale que estéis diciendo la *vegdad* —farfulló Claudine, encaminándose hacia la puerta que volvía a sonar a causa de los golpes que le propinaba Rafael.

A medida que iba caminando, con la mirada, iba haciendo un barrido por el lugar, buscando

algún indicio que delatara la presencia de Diana allí. Solo una foto de Diana junto a su padre, siendo una niña, sobre la repisa de la pequeña chimenea. La tomó y la guardó en una gaveta al azar.

Claudine inhaló profundo, para calmar los repentinos nervios que la invadieron, sujetó el pomo de la puerta y la abrió. Frente a ella yacía un hombre imponente, muy alto, de ojos verdes muy profundos.

—Buen día —saludó él—. Busco a Diego. ¿Se encuentra por acá? —indagó.

La mujer lo miró de forma inquisitiva.

—¿Quién lo busca? —fingió que no lo conocía.

—Dígale que es Rafael Villanueva, por favor. Es urgente que hable con él.

—Ya —dijo la rubia—. Pase adelante y *espéguelo* en la sala. Le *digué* que usted lo busca.

Dicho esto, se hizo a un lado, y con un ademán de la mano, lo invitó a entrar.



Volvió a masajearse las manos de forma nerviosa, mientras volvía a lanzar una rápida mirada a su entorno. Era un lugar pequeño, pulcro y muy acogedor. Se llevó la mano a la boca y se secó el sudor con la palma. Miró a su derecha, donde se abría un amplio ventanal, y se vio tentado a ponerse de pie y salir al balcón para refrescarse un poco. Hacía un calor del infierno, así que se quitó la chaqueta.

Miró el reloj de pulsera en su muñeca. Habían transcurrido quince minutos desde que se sentó sobre ese mueble a esperar a Diego. No entendía porque tardaba tanto. Tampoco entendía porque la mujer que lo recibió, no se había acercado, ni un segundo, a ofrecerle aunque fuese, un vaso con agua. Es lo mínimo que él haría, por cortesía.

Pero lo cierto era que Claudine estaba muy ocupada, ayudando a Diana a lucir como Diego, pues ésta ya había guardado todos los elementos que la convertían en un muchacho, en una bolsa negra, la cual pensaba descartar pronto. La francesa se movió a una velocidad casi inhumana, maquillando y pegando vello facial falso, en el rostro de Diana...

—Ya viene *paga* acá —Rafael oyó una repentina voz a su izquierda—. Es que estaba *dogmido*, y ha tenido que *dagse* una ducha y todo eso —aclaró la rubia.

Por el acento, Rafael supo que la mujer era francesa.

—Vale. Yo espero —respondió él, sonriendo levemente.

—¿Os apetece algo de *tomag*? ¿Agua, té, café? —inquirió Claudine.

El hombre sonrió con más ganas, pues había juzgado mal a la chica.

—Agua estaría bien. Gracias —dijo.

Entre el hecho de que Claudine le llevara el agua a Rafael, y que Diego se dignara a salir, pasaron unos diez minutos más. La rubia le hizo compañía, sentada en el sillón que estaba frente a él. Par de miradas y sonrisas incómodas fue la única comunicación que hubo entre los dos.

—¿*Rafael*? ¿*Pero qué jaces acá*?

El nombrado se puso de pie en un brinco y clavó la mirada sobre Diego. Se acercó a él, de inmediato. Por la manera tan brusca en la que Rafael se movió, a Diana le pareció que la iba a golpear, así que levantó ambos brazos para protegerse el rostro.

—¡Hostia, puta! —masculló Villanueva, y contra todo pronóstico, sujetó de los hombros al muchacho—. ¿Pero donde coño estabais metido? —lo miró a los ojos—. ¿Por qué coño desaparecisteis así?

—Yo... Ammm —Diana estaba desarmada. No sabía que responder a eso.

—La madre que te parió, Diego. Pensábamos que te había pasado algo malo, que te habían secuestrado y que sé qué otras cosas más. ¿Acaso no habéis visto las noticias? Te hemos estado

buscando como locos.

—Lo siento, Rafael. Yo... —intentó hablar.

—Una mierda —lo interrumpió—. Eso no se hace, Diego.

—Yo solo... Ammm...

—¿Que fue lo que sucedió? —indagó Rafael—. Hace una semana que nadie sabe de ti. Habéis sido noticia en todos los periódicos locales. Hasta la policía te está buscando.

—¿La policía? —Diana se sorprendió, más de lo que ya estaba.

—Sí. Al cabo de veinticuatro horas, te dimos por desaparecido, y le pedí el favor a un viejo amigo, que te investigara y que...

—¿Le pediste que hiciera qué? —a Diana se le congeló la sangre.

—Tú tranquilo, que le pedí que fuera muy discreto. ¡Joder, tío! —Rafael se llevó las manos a la cabeza—. Eres un puto fantasma.

Claudine tuvo que hacer un gran esfuerzo para reprimir una risa. Diana la miró con desaprobación.

—Rafael, yo...

—Debes volver. La gente no hace nada más que hablar de ti y...

—Rafael, por favor —Diego levantó la voz—, escúchame. Toma asiento y charlemos. Necesito contaros algo.

—¡Claro! Contádmelo todo, *che* —Villanueva se volvió a sentar donde estaba.

Diana tomó asiento a su lado.

—Bueno —la francesa se levantó de su sillón—. Los *dejagué* a solas. *Cgeo* que tienen mucho de qué *hablag*.

Rafael asintió con la cabeza, por inercia.

Antes de irse, Claudine miró a su amiga y le obsequió una dulce mirada, en la cual Diana interpretó que decía: *¡Vamos, díselo! Es el momento.*

El corazón de Vidal se aceleró más de lo normal. Sabía que debía decirle la verdad, antes que las cosas se pusieran peor.

—¿Y bien? —dijo Rafael—. Ponme al día.

—Oye, Rafa, debo... ser muy sincero contigo —se le hizo un nudo en la garganta. Villanueva la miraba con mucha atención—. La razón por la que me fui así, aquel día, es porque... —hizo una pausa dramática—. Me asusté —confesó—. Me dio pavor verme sumergido en un mundo como ese, tan... tan... —no hallaba las palabras para explicarlo.

—... de engaños y *mentigas* —susurró Claudine, oculta en la cocina—. Díselo, coño.

—Sentí miedo de formar parte de un mundo, al que quizás no pertenezco y...

—¿Pero qué dices? —Rafael frunció el ceño—. ¡Naciste para ser torero! ¿A que le tenéis tanto miedo, Diego? —inquirió al percatarse que el muchacho evitaba hacer contacto visual con él.

«A que te enteréis de la verdad, y me odiéis por eso», pensó Diana.

—Rafael... —tenía las palabras en la punta de la lengua. Le diría toda la verdad—, yo... —los ojos verdes de ese hombre la miraban con intensidad—, no soy quien crees que soy —se le quebró la voz.

—¿A qué os referís? ¿Cómo es eso que no *sos* quien creo que *sos*? No entiendo.

Lo miró a los ojos. Lo pensó...

...pero no pudo.

—Soy homosexual —dijo Diana, escupiendo lo primero que se le cruzó por la mente, que

causara rechazo en Rafael, más no odio.

—¡La *madge* que la *paguió!* —se oyó una voz chillona desde la cocina.

Ambos, tanto Rafael como Diego, giraron sus cabezas en dirección a dónde provino el impropio. Una cabeza con cabellera rubia se asomó.

—¡Oh! *Pegdonen* mi lenguaje. Es solo que... me he *pgensado* un dedo con la *puegta* de la *nevega* —mintió, lanzándole, a la vez, una dura mirada a Diana—. Sigán en lo suyo —volvió a meterse en la cocina.

—Bastante peculiar, tu amiga —comentó Rafael.

—Sí —Diego rodó los ojos—, bastante.

—¿Que era lo que me estabais diciendo? —Villanueva entornó los ojos.

—Que...

—Sí. ¡Cierto! Qué prefieres los tíos, en vez de las tías —profirió Rafael, como si nada—. ¿Y qué? ¿Qué sucede con eso? Estamos en pleno siglo XXI. A quien no le guste que seas como sos, que mire a otro lado. ¿Eso es todo?

—Bueno... —Diego se encogió de hombros.

—No hacía falta que me lo dijerais, lo noté al tercer día.

—¿En serio? —Diana se mostró muy desconcertada.

—Sí. La forma en que miráis a los muchachos, ya sabéis... —dijo Rafael.

—¿Ah sí? ¿Y cómo los miro?

—Ya sabéis, como... —terminó la frase—. En fin. ¡Joder, tío! ¿Tanto drama por eso? Si hoy en día es algo muy normal. Es algo muy tuyo. Y te agradezco que hayáis confiado en mí para decírmelo, pero si no te da la gana de compartirlo con nadie más, estáis en tu derecho.

—Pero, Rafael...

—Nada de peros. Zanjado el tema. Si no tenéis nada más que agregar, me gustaría que mañana fueses a la escuela y retomas las clases. Hay mucha gente que se alegrará de verte —Rafael atropellaba las palabras—. Hay varios reporteros que les gustaría charlar contigo y...

—No he dicho nada de volver —dijo Diana, interrumpiéndolo.

—No hace falta que lo digáis. Lo haréis —alegó Rafael, con toda seguridad.

—¿Cómo estáis tan seguro? —Diego se cruzó de brazos—. De hecho estaba pensando en regresar a mi pueblo y...

—¿Y ser un hombre desgraciado y frustrado, haciendo algo que no te guste de verdad? —barbulló Rafael—. ¡Hostias, macho! Se ve a leguas que lo tuyo es esto, que habéis nacido para torear. Hazte un favor, y haznos un favor a todo el mundo...

Diana no dijo nada.

—No nos prives de tu talento. ¿Queréis? —Rafael le guiñó el ojo, le dio una palmada en el hombro, y acto seguido, tomó su chaqueta y se encaminó hacia la puerta de salida—. Nos vemos mañana.

En cuanto la puerta sonó, indicando que Rafael se había marchado, una Claudine muy furiosa, salió de la cocina, mirando con dureza a Diana, y cruzándose de brazos.

—*Egues* una mitómana compulsiva, ¿sabes? *Dedeguias ig a veg un psiquiatga, pog* que lo tuyo es muy *ggave*.

—No pude decírselo, ¿vale?

—Ya me he dado cuenta —espetó la rubia—. Ahoga *guesulta* que *egues* homosexual. ¡Vaya! *Mentiga tgas mentiga*. ¿Es que acaso nunca te *cansagás* de *mentigle* a ese *pobge hombge*?

—Yo solo...

—Es un *amog de pegsona*. Vino hasta aquí, *pgeocupado pog tu desapaguición*, y te confesó que movió cielo y *tiega pog encontgagte*, ¿y tú le pagáis así? Mintiéndole *descagadamente*. No lo *megueces* —la señaló con un dedo, como si fuera una santa inquisidora que la juzgaba a muerte —. Ojalá que cuando todo esto se *descubga, guecibas tu meguecido*.

—¡Vaya amiga que me gasto! —musitó Diana, quitándose la camisa manga larga que se había puesto para ser Diego.

—*Pogque* soy tu amiga, *quiego hacegte veg* que lo que estás haciendo está mal. Una o dos semanas está bien, *pego...* ¿cuánto tiempo piensas *seguig* con esto?

—Tan solo dame... —Diana intentó hablar.

—Sé que *egues* una adolescente, casi adulta, que aun te queda mucho *pog madugag, pego* os estáis pasando de la *gaya*. Te *compogtas* como si *tuviegas* doce años.

—Oye, tía, os estáis pasando un poco. Os recuerdo que tenemos la misma edad

—Sí, *pego* yo jamás *haguia* algo como lo que estáis haciendo tú. Antes de *mentig y engañag, pgefiengo decig la vegdad, pog muy duga* que sea, y conlleve a lo que conlleve.

—¿Ah sí? Pues te recuerdo que tu también estás metida en esto.

—*Pogque* no tuve *otga* opción. Es lo que *habgia* hecho *cualquieg* amiga. *Pego* pensaba que *seguía* momentáneo, el tiempo suficiente *paga demostragle* a *Gafael* que si *egues* buena, que no tenía nada que *temeg* si te dejaba *tomag* las dichosas clases, que sabías *defendegte dentgo* del *guedo*. No imaginaba que ibais a *teginag* cayendo en tu *pgopia tgampa, cgeyendo* que *podgías* ser Diego *paga siempre y vivig* una doble vida.

—No pensaba ser Diego para siempre, solo un tiempo prudencial para demostrarles a todos que soy hija de mi padre, y que por mis venas corre su sangre.

—¿Y qué es lo que estoy diciendo? —Claudine se exasperó—. ¿Qué más tienes que *demostrag?* *Egues* el niño *magavilla*, el *novillego estgella*, la nueva *pgomesa* del mundo *tauguino*, ¡*jodeg!* Lo dicen en todos lo *peguiódicos* y *guevistas* de *taugomaquia*. En tu *pgimega* novillada, ¡en tu puto debut!, *cogtaste* dos *oguejas*. ¡La *pgensa* se volvió loca contigo! ¿Que mas *quiegues demostgag*, Diana?

—Tengo pavor de la reacción de Rafael —confesó Diana, en un susurro.

—Debiste *habbeg* pensado en eso, antes de *haceg* todo esto.

—Prefiero renunciar a Diana por un tiempo, pero no ha Diego. No a él.

—¡*Jodeg*, tía! *Egues* más tapada que el culo de un muñeco. No entiendes de *gazones* ni nada. ¿Sabes qué? De *ahoga* en adelante, no cuestas conmigo *paga seguig* llevando a cabo esta *fagsa*. ¡Estás sola!

Dicho eso, Claudine se dio la vuelta y se adentró en su habitación.



Diana despertó con el sonido del despertador, se vistió como Diego y salió a toda prisa hacia la escuela. Al llegar a su destino, fue recibido como si fuese un héroe de guerra, a excepción de Gustavo y Fabián, que lo miraban con cierto desdén, y permanecieron al margen de, según ellos, esa ridícula celebración por el regreso del muchacho.

—Nos alegra mucho que estéis de vuelta, chico —lo saludó Joey, seguido de Enrique y los demás.

—Bueno, no perdamos tiempo. Diego tiene que ponerse al día, así que, al patio —dijo Rafael en el tono autoritario de un buen maestro.

El día transcurrió con toda normalidad. Diego se volvió a lucir con sus movimientos, y Rafael parecía no poder estar más impresionado por la gran capacidad que el novillero demostraba tener, pero esa tarde, no pudo evitar volver a notar la gran similitud que tenía Diego con su maestro Armando Vidal, al torear. Tenía elegancia de sobra y una naturalidad al moverse que hacía creer, que Diego había hecho eso durante toda su vida. Pero hubo un gesto en específico; un gesto que solo había visto en "Vidalito", lo que hizo que una loca idea se alojara en la mente de Rafael.

Observó como Diego sonreía de medio lado, mientras movía el capote, ejecutando una perfecta manoletina, a la vez que enarcaba una ceja: típica señal de arrogancia. Notó un gran parecido entre Diego y su maestro. Y no era la primera vez que lo notaba...

—¿Será posible? ¿Será posible que Armando haya tenido una aventura, hace diecinueve años, en Andalucía?

Sacudió la cabeza. No quería darle mucha importancia a sus sospechas sin fundamentos. Conocía a su maestro, y jamás habría sido capaz de serle infiel a su adorada Raquel.

La tarde llegó, y con ella, la hora del almuerzo. Lo normal es que Rafael saliera a almorzar en un lugar cercano, pero ese día, le pidió a Marta que le trajera algo de comer, mientras él se encargaba de firmar algunos permisos que debía introducir en el ayuntamiento. Solo por medidas protocolares, para evitar problemas.

Diana no lo pensó. Solo actuó.

Su piso quedaba muy cerca, así que fue allá, para cambiar de identidad. El un bolso, metió todo lo que necesitaría para ser Diego, de nuevo. Ya lo había hecho una vez, así que no creyó que fuera complicado hacerlo una última vez. Debía hacer un último movimiento para sacar a Diana del radar, por un largo rato.

Llegó a la escuela, mostrando la típica altivez de Diana, preguntó por Rafael, y de inmediato fue conducida a la oficina del mismo. Entró justo en el momento en que él le daba un mordisco a su emparedado de queso, huevo y pavo.

—¡Oh! Diana —él se limpió la comisura de la boca y tragó—. Por favor, si vienes a discutir acerca de...

—No, Rafael —lo interrumpió ella—. No vengo a discutir.

Villanueva abrió, muy sorprendido por lo que escuchaba. ¿Que Diana no quería discutir? Debía ser una clase de broma de cámara escondida.

—¿Y entonces a que habéis venido? A decirme que ya encontraste un buen abogado que me pondrá patitas en la calle y que...

—Por favor, Rafael —notó cierta tristeza en la voz de Diana—. Solo he venido a despedirme. Rafael frunció el entrecejo.

—¿A despediros? ¿Por qué? ¿A dónde vais? —sin poder evitarlo, sintió que el corazón se le encogía en un puño.

—A donde pertenezco —contestó ella—. De donde nunca debí haberme ido. Me voy a Francia, a estudiar Medicina. El cual siempre fue mi destino.

Rafael tragó grueso, y no entendía porque, le entraron unas enormes ganas de abrazar a Diana. La tristeza que de ella emanaba era casi palpable. Se puso de pie y caminó hacia ella.

—Diana, yo...

—Por favor, no digáis nada. Haréis las cosas más difíciles —ella se limpió con brusquedad, una lágrima que rodaba por su mejilla—. La decisión está tomada. Mi vuelo sale mañana en la noche.

—¿Tu madre...?

—No. Ella no sabe. Y no hace falta que lo sepa —le interrumpió—. Jamás se ha preocupado por mí, ni por mi felicidad. Le dejaré el camino libre para que rehaga su vida en todos los sentidos. Y a ti —lo miró con ojos llorosos—, no volveré a molestaros más.

—No seáis tan dura con tu madre, Diana —dijo Rafael con voz suave—. Ella te ama, y soy testigo de lo que ha sufrido al teneros lejos.

—¿Y entonces porque no hizo nada por mantenerme a su lado?

—Porque no quería que siguierais los pasos de tu...

—Ya. No lo digas más. Sea como sea, me voy. Ya no seré un incordio para nadie.

—Nunca habéis sido un incordio para mí, Diana —por inercia, le sujetó una mano. Diana vibró ante ese toque—. Solo buscaba protegeros.

—Y lo hicisteis. Gracias —ella sonrió a medias.

Él sonrió con amplitud.

Permanecieron en total silencio, por algunos segundos, mirándose el uno al otro.

—¿Que nos pasó? —Diana rompió el silencio.

Rafael frunció el ceño.

—¿Que nos pasó de qué? —inquirió.

—Antes solíamos ser... amigos —dijo ella—. Al menos eso creía.

Rafael se encogió de hombros.

—No sé. ¿Crecimos? —respondió él.

—Sí, y nos contagiamos de la amargura típica de los adultos —bromeó Diana.

—¿Eh? Que yo no soy un amargado —se defendió.

—Ni yo una niña berrinchuda —alegó ella.

Ambos se echaron a reír a carcajadas.

—Os voy a extrañar, enana —confesó Rafael.

—¿Si? ¿Cómo me extrañasteis durante el tiempo que estuve en ese estúpido internado?

—Os extrañé cada día, Diana —en la voz de Rafael no había ningún atisbo de mentira. Diana sonrió como tonta, y su corazón se desbocó.

—Y yo a ti, Rafa. Os extrañé muchísimo.

De los ojos de Diana emanó un brillo especial, Rafael no supo interpretar si era de añoranza o tristeza.

—*Vení acá, enana* —dijo él, abriendo sus brazos para recibirla.

Se fundieron en un caluroso abrazo.

El corazón de Diana latió desahogado, por obvias razones, pero el de Rafael latía como loco, y el no entendía por qué. De repente, le entraron unas ganas enormes de sentir esos carnosos labios junto a los suyos, y sin pensárselo mucho, busco a tientas la boca de Diana.

Ella no opuso resistencia alguna. Cerró los ojos, y dejó que sucediera lo que tantos años había estado soñando que pasara. Lo sintió como un sueño del que deseó nunca despertar. Ambos labios se acariciaron con sutileza y sin apuro alguno. Los dos estaban disfrutando de ese beso.

Las manos de Rafael se aferraron a la cintura de Diana, atrayéndola hacía sí.

Las manos de Diana acunaron el hueso de la quijada de Rafael, apretando más sus labios contra los de él.

Rafael quiso ser más atrevido. No es que fuera un novato a la hora de besar, sino que trataba de ser respetuoso. Sacó un poco su lengua y la metió en la boca de Diana, y para su sorpresa, ella hizo lo mismo. Ambas lenguas chocaron y danzaron un rato al ritmo de la pasión que crecía en ellos.

De manera sorpresiva, fue Diana quien finalizó el beso, con los ojos aun cerrados. Ella temía que si los abría, ver el rostro de ese hombre que amaba desde niña, la hiciera confesar todo. Tan solo se limitó a recostarse en el pecho de él.

—Os voy a extrañar muchísimo, Rafa...

—No os vayáis —la interrumpió él, con un susurro.

Cuanto le hubiese gustado "quedarse", pero tenía que "irse", y ahora más, que las cosas se habían complicado. Él sentía algo por ella, y ella era evidente que también. Que él supiera la verdad, iba a significar que: primero, Rafael le reprocharía por haberle mentado, y segundo, iba a perder la confianza, para siempre, del hombre que amaba.

Un par de lágrimas se asomaron en sus ojos.

—Lo habéis complicado todo —musitó ella.

—¿Qué? —Rafael no logró escuchar.

—Tengo que irme, Rafael.

—¿Pero por qué, Diana? —se llevó las manos a la cabeza y dejó escapar un bufido—. No sé qué coño es esto que siento. Solo sé que quiero que te quedéis, compartir más contigo y recuperar el tiempo perdido, seguirte protegiendo como lo hice siempre. ¡Joder! No he podido dejar de pensar en ti desde ese día que vinisteis y...

Diana rió por lo bajo.

—Yo no he dejado de pensar en ti, desde aquel día, hace casi siete años, que mi madre me subió en aquel avión, con destino a Francia —volvió a musitar.

—¿Como dices? —él frunció el ceño.

—Nada, Rafael —hizo ademán para alejarse él, pero Rafa se negó a soltarle la mano—. Deseo de todo corazón que seáis muy feliz. Mereces alguien mejor que yo.

Muy despacio, ambas manos se fueron soltando, como en cámara lenta, mientras ambas miradas estaban fijas la una en la otra.

—Si hubiera tan solo una cosa que pudiera hacer para que os quedarais —profirió él.

—La hay, pero eso iría en contra de tu voluntad.

Dicho esto, se dio la vuelta y se fue alejando.

Rafael no lograba entender lo que sentía, jamás sintió algo parecido. Estuvo con otras mujeres y sintió ganas de besarlas, tocarlas, hacerles el amor y no más, pero con Diana sentía ganas de todo eso y a la vez, una necesidad imperativa de cuidarla... de ser su amigo, su confidente, su amante...



Diana aceleró su paso en cuanto llegó a la recepción. Miró a Marta, quien estaba muy entretenida tecleando algo en su ordenador, la saludó, y ésta, respondió con amabilidad, pero sin dejar de mirar la pantalla de su computadora. En vez de seguir el camino hacia la salida, dobló a la izquierda y se adentró en la escuela, dirigiéndose hacia los sanitarios, en específico al de caballeros, donde previamente, había dejado un bolso con todo lo que necesitaba para convertirse en Diego.

Se sentó un momento sobre la tapa del retrete, dejó escapar un suspiro, entre frustración y ensueño. Su corazón palpitaba muy deprisa, y sus manos temblaban. Se llevó la mano derecha a la cabeza, dispuesta a quitarse la peluca de un halón, pero el sonido de la puerta del baño, indicándole que acababa de entrar alguien, la frenó.

—¿Diana? —oyó la voz de Rafael—. ¿Estáis aquí?

La sangre se le congeló.



Solo bastaron treinta segundos para que Rafael reaccionara. Dentro de sí, una mezcla de sentimientos se agolpaba, nublando su cordura.

¿Sería posible? ¿Tantos años amando en silencio a Diana, sin saberlo? ¿Era por esa razón, que se volvía loco, tan solo de pensar que algo le llegara a suceder? ¿Habría sido esa la razón de su mal humor, hacía siete años atrás, cuando supo que Diana fue enviada muy lejos? Mal humor, que cabe destacar, le duró casi un año superar.

¿Sería posible que su madre tuviera razón? ¿Había estado enamorado de esa niña de ojos grises durante todo ese tiempo? ¿Sería esa la razón de que ninguna mujer lograra llenar sus expectativas? Siempre, inconscientemente, las comparaba. Ninguna tenía el cabello rizado, enmarañado. Ninguna tenía esos ojos felinos, de color gris claro. Ninguna tenía esa nariz pequeña, respingada, que arrugaba cada vez que fruncía el ceño cuando algo no le agradaba. Ninguna tenía esa piel nívea y suave al tacto. Ninguna tenía ese cuerpo sutil, que tanto le gustaba mirar, al verla caminar, meneando esas caderas pronunciadas. Ninguna tenía esa boquita rosada que... era tan deliciosa besar. ¡Joder! Ninguna era su Diana, su enana hermosa.

Sonrió con amplitud y se llevó la mano a los labios, acariciando el recuerdo de ese beso. Un beso que hizo, que esa pequeña chispa dentro de él, se convirtiera en una gran llamarada, a punto de consumirlo por completo, y reducirlo a cenizas.

Sintió la llama del amor, dentro de sí.

Sacudió la cabeza con fuerza, e hizo lo que todo hombre de verdad debe hacer ante esa situación: salió corriendo tras la mujer que acababa de ponerle en mundo patas arribas.

—Diana —dijo su nombre.

Al llegar a la recepción, le preguntó a Marta por ella. La recepcionista solo se limitó a señalar en dirección a los baños. Rafael volvió a sonreír con alivio, al saber que no tendría que correr por la calle, detrás de Diana.

Empujó la puerta del sanitario de damas.

—¿Diana? ¿Estáis aquí? —tanteó, pero no obtuvo respuestas.

Volvió a llamarla.

Nada.

Resopló con cierta frustración, pero en el momento que se fue a dar la vuelta para ir a buscarla en el patio, sintió una corazonada y la siguió.

Entró al baño de hombres.

—¿Diana? —inquirió—. ¿Estáis aquí?

Rafael pensó que estaba comenzando a volverse loco, que solo obtendría silencio como

respuesta, pero se quedó paralizado al ver como la sutil silueta de Diana, emergía de uno de los cubículos, cabizbaja.

Él frunció el entrecejo.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó él, muy desconcertado.

Diana no supo que responder. ¿Que se suponía que iba a decirle?

Ambos permanecieron en silencio, mirándose a los ojos.

—Veréis... Ammm... Yo... —comenzó a balbucear ella—. Necesitaba estar a solas, en un sitio donde a nadie se le ocurriera buscarme —espetó.

Rafael levantó una ceja.

—Pues vaya lugar que habéis elegido —no pudo evitar decir.

—Disculpa, de verdad, yo... —Diana caminó hacia él—. Necesitaba un momento para poner en orden mis ideas y... —se llevó ambas manos a la cabeza—, pero ya me voy —lo bordeó y se encaminó hacia la salida, llevando el bolso colgado de su brazo derecho—. No volveréis a verme por un largo rato...

—¡Ya basta! —musitó él, sujetándola del brazo izquierdo—. No hace falta que sigamos pretendiendo algo que no es.

Ella se fue girando muy despacio hacia él, sintiendo que el corazón se le iba a salir por la boca. Él sonrió.

—No entiendo —los ojos de Diana brillaron, a la expectativa.

—¡Joder! Yo tampoco lo entendía —confesó Rafael—. Cena conmigo esta noche, y charlemos. Creo que necesitamos hablar.

—¿Qué? —los ojos de Diana se abrieron mucho—. ¿Hablar de qué?

—De tantas cosas —susurró él—. ¿Que lleváis allí? —cambio el tema de forma repentina, mirando el bolso que llevaba Diana en la mano.

—Nada importante —dijo, sintiendo que los nervios se apoderaban de ella—. Yo... —las palabras se le quedaron atragantadas, ante la mirada inquisitiva de Rafael.

«¡Joder! ¡Lo sospecha! ¡Sospecha que le oculto algo!», gritó su consciencia y la paranoia se instaló en su ser.

De un movimiento raudo, soltó el bolso, dejándolo caer en el suelo, fijó sus ojos en los de Rafael, se puso de puntillas, sujetó el rostro masculino entre sus manos y estampó sus labios contra los de él. Un ronco gemido surgió de la garganta de Rafael. Diana lo besó como si no existiese un mañana, y él, ni corto ni perezoso, se dejó llevar.

Al cabo de unos segundos, ella finalizó el beso, con la respiración entrecortada. Miró el reloj en su muñeca, y maldijo para sus adentros. Se suponía que en menos de diez minutos, Diego debería estar llegando a la escuela. ¿Cómo se suponía que iba a hacer?

—Esta noche, en el *Santceloni*, a las ocho en punto —dijo Diana, sin darle chance de protestar a él. Recogió el bolso del suelo y salió a toda prisa de allí.

Unas dos cuadras, lejos de la escuela, consiguió un restaurante, donde le dejaron usar el baño. Entró Diana, salió Diego.



Volvió a fijar la mirada en la puerta de entrada del lugar. Hizo un ademán, con la mano, al mesero, para que le sirviera otra copa de vino. Volvió a mirar el reloj de pulsera en su muñeca. Ocho con veintitrés minutos. Resopló, de impaciencia. Si había algo que odiaba en el mundo, era tener que esperar.

Todo el malestar que estuvo sintiendo durante los últimos minutos, se esfumó, al divisar a Diana en la distancia. Llevaba puesto un vestido de cóctel, color verde menta, de escote en V en la espalda y con encaje, que le llegaba un poco más abajo de la rodilla. No se detuvo a mirar de qué color eran sus zapatos ni sus accesorios. Su mirada quedó atrapada entre la densa cabellera de rizos castaños rojizos que bailaban libres contra el viento.

Diana miró su entorno. Una decena de recuerdos llegaron a su mente. Le había indicado a Rafael el nombre de ese restaurante, porque fue el primero que se le cruzó por la cabeza, ya que era al que su padre la llevaba cuando era niña. Le encantaba atiborrarse de todo tipo de quesos, mientras sus padres bebían vino y comían mejillones al ajillo.

El corazón se le detuvo al mirar al caballero que la observaba fijamente desde una mesa al fondo. Llevaba puesto un elegante traje gris de tres piezas, camisa y un pañuelo, sobresaliendo del bolsillo de su chaqueta, que hacían juego en un color blanco. La corbata era de color borgoña. Ella sí prestó atención a cada detalle. El traje se ajustaba como una segunda piel, sobre el fornido torso de Rafael. Se veía exquisito... y lo mejor del caso era que, ¡la estaba esperando a ella!

El hombre se puso de pie, en cuanto Diana llegó a la mesa.

—Hola —saludó—. ¿Queréis que os sirvan una copa de vino? —barbulló.

Diana no pudo evitar reír por lo bajo. Un hombre nervioso, siempre era un espectáculo visual, digno de ser visto. Ella asintió con la cabeza.

Rafael bordeó la mesa y arrimó un silla para que ella se sentara, a la vez que hacía un gesto al mesonero para pedirle una copa de vino a su acompañante.

—Lamento haber llegado tarde —dijo Diana, mientras un líquido rojizo llenaba la copa que tenía frente a ella—, se me presentó un inconveniente a última hora.

Lo cierto es que ella había estado a punto de no asistir a la cita, aterrada de lo que pudiera pasar, pero en último momento decidió ir. Su cuerpo le pedía a gritos, una dosis más de Rafael.

—No os preocupéis. Llegué hace escasos cinco minutos —mintió, pues lo cierto es que llevaba más de media hora allí sentado, esperándola. Se llevó su tercera copa de la noche a los labios y tomó un sorbo—. Luces preciosa —musitó.

Diana se sonrojó.

—Gracias —contestó.

—¿Os parece bien que ordenemos de una vez? —espetó él. Estaba muerto de nervios.

—¡Claro! —respondió ella, con fingido aplomo, pues ella también era un manojo de nervios.

Rafael hizo un gesto con la mano, para llamar al joven que los atendía esa noche. La primera en ordenar fue Diana. Pidió lo mismo que pedía cuando era una niña: Raviolis de ricota ahumada, pero solicitó que no le echaran caviar. ¡Odiaba el caviar!

Rafa se decantó por algo más audaz: Paloma torcaz, con calabaza asada, cebolla roja y escabeche de aceituna.

Una vez que el mesonero tomó la orden y se retiró, Rafael y Diana se quedaron en silencio, mirando cada uno a su derecha. Parecían un par de adolescente.

Diana no pudo contener por más tiempo, las enormes ganas de meterse un trozo de queso en la boca, así que eligió un pedazo de la tabla de quesos que Rafael pidió con antelación, antes que ella llegara.

—Mmmm... —se degustó Diana—. Idiazábal —comentó ella.

Rafael sonrió gustoso y asintió con la cabeza.

Diana tomó un trozo de pan y lo mojó con una especie de crema entre blanca y amarillenta. Se lo llevó a la boca sin pensarlo.

—¡Madre mía! —articuló sin haber tragado del todo—. Torta del Casar —expresó ella, señalando con un dedo la crema sobre el plato—. ¿Tenéis idea de cuánto tiempo tenía sin comerlo? —Diana cerró sus ojos y se entregó por entero a las sensaciones que se producían dentro de su boca.

—Se me había olvidado que sos una pequeña ratoncita, amante del buen queso —comentó Rafael, con cierta añoranza reflejada en sus ojos—. Recuerdo que solíais morder el borde de tus *sándwichs*, por donde sobresalía el queso, y luego lo sacabais todo y te lo comíais, dejando solo el pan —rió a carcajadas—. Tu madre se ponía furiosa y te obligaba a comerte el pan.

—Y allí, llegabas tú y me ayudabais con eso —le recordó Diana.

—Sí. Subí un par de libras en ese tiempo, comiendo tanto pan —bromeó él, dándose unos golpecitos en el estómago.

—¡Wow! Es increíble que aun te acordéis de eso —susurró ella.

Rafael sonrió con amplitud.

—Parece mentira, pero recuerdo cada segundo vivido junto a vos —musitó él.

—¿De verdad? —inquirió Diana, levantando un poco la ceja izquierda.

Él solo se limitó a asentir con la cabeza.

—Entonces... —prosiguió ella—, debes recordar cómo me ponía cuando te veía con esa tonta, la Katia esa.

—Sí. Lo recuerdo. Se te ponían las mejillas rojas de rabia y celos.

—No eran celos —se defendió Diana—. Era rabia de ver, que alguien como tú, estaba con una descerebrada como esa.

—¿Alguien como yo? —Rafa entornó los ojos.

—Sí. Alguien tan amable, tan talentoso, tan...

—Ella solo fue un romance de verano —comentó él, manoteando en el aire—. Además, si mal no recuerdo, tú andabais loquita por ese cantante, ese tal Chase, creo que se llama así. El de los Nsync esos.

—Increíble —susurró ella.

—¿El qué?

—Que recordéis cual era mi Nsync favorito.

—¿Y cómo no recordarlo? Si llevabais un bolsito con el rostro de él estampado, fotos y calcomanías de él, en todos tus cuadernos de la escuela. ¿Y qué decir de ese vestido morado que no quisisteis quitarte por un mes? Raquel decía que lo lavaba, y apenas lo veías seco, te lo volvías a poner.

Diana rió a carcajadas.

—Aún guardo ese vestido, para mi hija hipotética —bromeó ella.

—También recuerdo lo mucho que llorasteis cuando murió *Canela*, tu perrita pequinés.

—Adoraba a esa diabla —profirió Diana—. ¿Sabíais que me destrozó un póster de JC Chasez?

—Bien hecho, *Canela* —dijo Rafael, mirando al techo del restaurante y juntando ambas manos, como si hiciera una plegaria.

—Tonto —espetó Diana, dándole un golpecito en el hombro.

Ambos rieron al unísono, y luego se quedaron en silencio, observándose con mucho detenimiento. Diana se humedeció los labios con la lengua, gesto que no pasó desapercibido para Rafael, quien sintió que se le aceleraba el pulso...

El momento mágico fue interrumpido por el mesonero, quien llegaba a la mesa con sus respectivos platos.

La velada trascurrió entre recuerdos, risas y más recuerdos.

Diana estaba gratamente sorprendida de la buena memoria que tenía Rafael. Recordaba cosas, que hasta ella misma ya había olvidado.

—Como aquella vez —dijo él, señalándola con el dedo índice—. Permanecisteis escondida debajo del escritorio de tu padre, porque no querías ir a casa de tu tía Gertrudis.

—¡Afff! —Diana rodó los ojos—. Odiaba a esa mujer. Me obligaba a comerme la zanahoria de la sopa, y sabes que...

—Sí. Detestas la zanahoria en la sopa —completó él.

—Soy bien rara. La puedo comer en ensalada, en jugo... pero no la tolero en sopa.

—No eres rara. A mí me pasa algo parecido con las patatas.

—Somos un par de bichos raros —acotó ella.

Los dos volvieron a reír a carcajadas, a la vez que el mesonero volvía a llenar sus copas con vino. Era la quinta de Rafael, y la tercera de Diana.

Ella dio un respingo al sentir que él le sujetaba una mano. Los ojos verdes se posaron directo en los grises. Diana tragó grueso.

—¿En qué momento te pusiste tan hermosa? —la pregunta salió de la boca de Rafael, como si nada.

—Siempre he sido hermosa —Diana batió las pestañas con picardía—, solo que tu andabas muy ocupado, persiguiendo Katias.

Fue el turno de Rafael para poner los ojos en blanco.

—Era un chaval inmaduro, que me creía dueño del mundo por el simple hecho de haber cortados un par de orejas y de rabos...

—*Os pusisteis el mundo por montera* —le interrumpió ella.

—Era un idiota —masculló Rafael.

—¿Erais? —la pregunta la hizo en tono burlón.

Rafael solo se limitó a sonreír.

Hubo un breve silencio.

Diana quiso aprovechar el momento relajado, entre vino, camaradería y risas, para volver a

tocar un tema, que siempre había sido polémico para ambos.

—Rafa —dijo ella—. De verdad soy buena.

—Ya lo veo —rió él—. Eres buena en muchas cosas, sobre todo para comer queso —observó—. ¿Cómo es que le haces? A mí ya no me cabe nada.

Diana masticaba un pedazo de queso *mozzarella*.

—Hablo en serio —ella carraspeó la garganta.

—Yo también —él trató de ponerse serio, pero se le hacía muy difícil. El vino ya comenzaba a hacer estragos en él. Eso, y lo bien que se lo pasaba junto a Diana.

—Si tan solo me dieras una sola oportunidad. No te pido más.

Rafael frunció el entrecejo.

—¿De qué habláis? —inquirió, dando otro sorbo a su copa de vino.

—De torear —espetó ella—, de demostrarte que si soy capaz de mover una mula y un capote de forma decente y...

Diana se calló al notar como Rafael movía la cabeza en señal de negación.

—Por favor —ella junto ambas manos, como implorando—. Si tan solo me vierais, te darías cuenta que la sangre de mi padre corre por mis venas...

—¡Es imposible, Diana! —él levantó un poco su voz, pero la moderó de inmediato, al percatarse que un par de personas se giraban a mirarlo—. No puedo...

—¿Por qué? —ella insistió.

—Porque es una actividad que requiere de mucho esfuerzo, concentración y disciplina.

—¿Y crees que no soy capaz de esforzarme, concentrarme ni disciplinarme?

—No es eso, Diana —las mejillas de Rafael adquirieron un color rojizo—. ¡Por Dios! Os dije porque, te di la razón. Os dije la verdad, y aun así preferisteis no creerme y decirme una sarta de...

—¿La verdad? ¿Pero de que habláis? —fue el turno de Diana de alzar la voz. De igual modo, la moderó al sentir los aguijones de las miradas de algunos.

—Tal vez no lo recordéis, porque estabais muy pequeña, pero hubo una vez que casi te mata un toro —dijo Rafael—. A ti te hacía tanta ilusión hacer lo mismo que hacía Armando, y una tarde, no sé cómo, fuiste a parar a uno de los toriles, donde estaba un toro que estaban preparando para una corrida. Os vi, y se me heló la sangre. Estabais allí, con tu vestidito morado, y un capote, de pie, frente a esa bestia. Un animal de casi media tonelada, contra una pequeña de un poco más de veinte kilos. No pensé. Solo actué y...

—Me salvasteis —musitó ella—. Lo recuerdo —los ojos se le pusieron llorosos.

—¿Os imagináis lo que pude sentir en ese momento? ¡Joder! Os pedí que me esperarais allí, pero no...

—Tenía seis años, Rafael —profirió ella, clavando la mirada en su copa de vino—. Papá y mamá estaban ocupados, y vi la oportunidad. Vi el capote en el suelo, oí al toro, y se me ocurrió que podía hacer lo mismo que mi padre. Al fin de cuentas, él lo hacía ver muy fácil...

—Pero no lo es, Diana —la interrumpió—. Un mínimo descuido puede costaros la vida —ella no respondió—. Ese día, tu padre me hizo prometerle, que te cuidaría con mi vida, que no dejaría que te acercarais nunca más a una de esas bestias. Los toros no son cosa de niños, es algo serio...

—¡Lo sé! —vociferó ella.

Se hizo silencio en el lugar.

Solo se oyó el tintineo de cubiertos contra platos.

Diana sintió un impulso sobrehumano de decirle la verdad; de escupirle a la cara que ella era Diego, que estuvo toreado frente a sus narices y él no había podido impedirselo. Sintió unas

ganas enormes de reírsele en la cara y decirle que ni él ni nadie la iba a detener a la hora de lograr su cometido, pero las siguientes palabras de Rafael, hicieron que se tragara toda la rabia que sentía...

—Tu padre murió una tarde de abril del año 1998, y mientras se desangraba, y la vida se esfumaba de su mal herido cuerpo, me recordó aquella promesa y me hizo prometerle que la cumpliría. Su último aliento lo exhaló diciendo tu nombre, Diana —a Rafael se le hizo un nudo en la garganta y sendas lágrimas rodaron por sus mejillas—. Fue su última voluntad —susurró—. ¿Te cuesta tanto trabajo entender eso?

Diana no dijo nada. Sintió que mil puñales se clavaban en el medio de su corazón. Se sintió como el ser más despreciable sobre la faz del planeta. Durante todo ese tiempo pensó que Rafael se negaba a dejarla torear, por algún motivo ególatra, que eso de la promesa había sido nada más que una estrategia para persuadirla.

¡Joder! ¡Era cierto! Armando Vidal, en su lecho de muerte, le hizo prometer algo, que la condenaría a ser infeliz de por vida.

Recordó cada segundo que vivió siendo Diego, cada halago, cada palabra de aliento, cada aplauso, y cada sonrisa, que le obsequió Rafael, que le regaló a ese muchacho talentoso, que veía como un pupilo, a alguien en quien depositar su confianza...

Recordó cada palabra de Claudine, cada mirada reprobatoria, cada sonido de exasperación por parte de su amiga. Era verdad. Era una maldita mitómana compulsiva, egoísta, inmadura, que solo pensaba en sí misma, y que le valía un gramo de mierda, lo que sus acciones hicieran a los demás.

En ese momento, frente a ella, estaba el hombre de sus sueños, a quien amaba desde siempre. Lo traicionó, y no solo eso. Hizo que, sin saberlo, él se burlara de la promesa que le hizo a su padre.

Se puso de pie, y se tambaleó un poco, a causa del efecto del vino.

Se sintió el ser más vil del mundo.

Se sintió como escoria.

—Lo siento tanto, Rafael —dijo entre sollozos.

El nombrado también se puso de pie y se aproximó a ella. Verla tan devastada lo consternó mucho.

—¡Oh vamos! No es para tanto —trató de abrazarla, pero ella se hizo a un lado.

—No —dijo—. No merezco tu cariño ni tu comprensión.

—¿Pero por qué dices eso, Diana?

—Lo siento tanto, Rafael —volvió a decir, a la vez que tomaba una pequeña cartera de la mesa—. Espero que algún día, cuando te enteréis de todo, me perdonéis.

—¿Enterarme? ¿De qué? —él frunció el entrecejo.

Diana se dio la vuelta y salió corriendo del lugar, detrás de ella, también Rafael, pero una voz lo hizo detenerse.

—Oiga —gritó alguien.

—¡Joder! —espetó Rafael, y tuvo que regresarse a pagar la cuenta.

Diana corría a todo lo que le daban sus pies, como si estuviera escapando de un monstruo. Al cabo de un par de calles, se detuvo frente al cristal de una tienda, para mirar su reflejo. El monstruo era ella. Mintió, engañó, manipuló... a su antojo, a una persona que solo veló por su bienestar.

Rompió una promesa, que la alejaba del hombre que amaba.

Rafael salió a la calle, desesperado, mirando en todas direcciones, buscándola, pero no la encontró. Diana se había esfumado.



Sus ojos verdes estaban fijos al frente, mientras se sumergía más y más en sus pensamientos. Había tantas cosas que no entendía, tantas preguntas sin respuestas. Fue la noche más larga de su vida, pensando y pensando.

¿Por qué Diana se marchó de la manera en que lo hizo?

¿Por qué no paraba de pedirle disculpas?

A esa hora de la noche, se vio tentado a llamar a Raquel para que le facilitara el número telefónico de su hija, pero decidió no llamarla a tan altas horas para no molestarla, ni mucho menos preocuparla. Al fin de cuentas, la vería a primera hora del día siguiente, pues ella lo acompañaría a una nueva ganadería para finiquitar los detalles de un contrato que llevaban un tiempo gestando. Hacer tratos con Amanda, ya fuera directa o indirectamente, le agradaba en lo más mínimo. Sus nuevos proveedores serían los de la ganadería Rivas, de la cual ya habían probado unos cuantos novillos y resultaron ser unas maravillas.

En un mes, la escuela tendría un evento en la Plaza de Toros Las Ventas, donde tomaría la alternativa Gustavo, uno de sus alumnos del curso de verano, y a la vez torearían Joaquín y él, Rafael. Esa mañana se reunirían con el propietario de la ganadería para afilar los detalles respecto a ese día.

Volvió a mirarse en el espejo retrovisor.

—Parezco un puto zombi —dijo entre dientes, a la vez que se daba un par de palmadas en las mejillas, para que éstas cogieran un poco de color.

Soltó un bufido de frustración.

¡Joder! ¿Por qué no dejaba de pensar en Diana?

«*Lo siento tanto, Rafael. Espero que algún día, cuando te enteréis de todo, me perdonéis*», escuchó la voz de Diana en su mente, con total claridad.

«¿Cuándo me entere de qué?», la pregunta reverberó en su cabeza, confundiéndolo más de lo que ya estaba.

La puerta del copiloto se abrió y Raquel subió, impregnando el interior del coche, de un olor dulzón a vainilla y ron, no porque la mujer fuese ávida al licor, sino que el perfume que usaba tenía esa fragancia característica.

—Buen día, Rafael —saludó, inclinándose un poco para darle un beso en cada mejilla—. ¿Mala noche? —hizo la observación, pues notó que el hombre se veía cansado.

Él asintió con la cabeza.

—Todo esto de la corrida, me trae un poquito estresado —mintió.

—Te lo he dicho mil veces, Rafa —la voz de Raquel sonó muy maternal, pues de hecho lo

apreciaba como una madre a un hijo—. Tómame unas vacaciones. Habéis estado trabajando sin descanso, durante los últimos tres años.

—Sabes que la escuela es mi vida —contestó él, poniendo en marcha el auto.

—Ya —ella chasqueó la lengua—. Pero si continuáis así, te podríais enfermar. ¿No habéis escuchado del síndrome de *Burnout*?

Rafael negó con la cabeza.

—Pues deberíais informarte un poco al respecto —siguió hablando Raquel—. Al menos contrata a más personal, más instructores... no sé. Tienes la potestad para hacerlo. No sé porque no lo habéis hecho —la mujer lo miró con reprobación.

—Tú tranquila. Me las apaño muy bien con Marta, y de vez en cuando, Joaquín me echa una manito.

—Os estáis sobrecargando, Rafa —murmuró ella.

—Vale. Entonces vente tú a trabajar conmigo, en la escuela —profirió él.

—Sabéis que la escuela no es lo mío, que si estuve metida hasta el cuello, en un momento, fue por apoyar a Armando. No me agrada mucho la idea de torturar a un pobre animal hasta la muerte.

—Los torturan de peor manera en los mataderos, y no veo movimientos anti-taurinos protestando frente a los mataderos —espetó él, con notoria hostilidad. Le enervaba la estupidez y la doble moral de algunos.

—¡Wow! Frena tu carro, chaval —soltó Raquel—. Si habéis tenido mala noche, no la paguéis conmigo.

—Lo siento, Raquel, no fue mi intención... —Rafael se sintió muy apenado por su mala reacción—. Yo... lo lamento —balbuceó—. ¿Ya le marcasteis a Álvaro? —él cambió el tema de forma drástica. El mencionado era el propietario de la ganadería Rivas.

—No —respondió ella—, pero deja y lo hago ahora mismo.

Raquel sacó su móvil del bolso y llamó al hombre. La conversación duró menos de treinta segundos, lo suficiente para decirle que iban en camino.

Sin perder tiempo, se encaminaron al lugar del encuentro.

La reunión fue rápida. Fueron a lo que fueron, y acordaron que la ganadería Rivas sería la encargada de proveer novillos y toros a la Escuela Taurina Armando Vidal, de allí en adelante, por los próximos cinco años venideros.

Una vez que estuvieron a bordo del auto, a solas, Rafael quiso aprovechar el tiempo que tardarían en llegar a la escuela, para sonsacarle información a Raquel.

—Me preguntaba, si tendríais el número de teléfono de Diana —fue directo al grano. Rafael no se caracterizaba por ser sutil.

Raquel frunció el entrecejo.

—Por supuesto que tengo el número telefónico de mi hija —respondió la mujer, haciendo énfasis en el pronombre.

—Lo necesitaba para decirle algo —comentó él.

—¿Y qué será? —Raquel lo miró de soslayo—. No me digáis que ha seguido yendo a la escuela, a importunarte con esa tonta idea suya de...

—No —la interrumpió—. Me pidió que le buscara unas cintas de grabaciones viejas, de cuando Armando comenzó a torear —mintió—. Le dije que las buscaría con calma en los archivos de la escuela. Quisiera dárselas antes de que se vaya.

—¿Irse? ¿A dónde?

—A Francia —respondió Rafael, mirándola con el rabillo de ojo—. Me dijo que comenzaría

sus estudios de medicina allá y que...

—Condenada, muchacha —murmuró Raquel.

—¿No lo sabíais? —Rafael se mostró de verdad muy sorprendido.

—No tenía ni la más mínima idea —comentó la indignada madre—. Nunca me toma en cuenta para nada —se llevó una mano al pecho—. No sé qué coño hice mal con ella. Nunca me ha querido ni un poquito.

—No digáis eso, Raquel. Diana te quiere mucho.

—¿Sí? ¡Vaya forma de demostrarlo! Llega a la ciudad y soy la última en enterarse. Si no es por una amiga mía, que me comentó que la vio entrando a un edificio, cerca de la escuela, ni siquiera me entero que está en España. Ahora se va, y es incapaz de decírmelo.

—¿Un edificio cerca de la escuela? —fue el detalle más resaltante para él.

—Sí. Rentó un piso, donde vive con una amiga. Es más... —señaló con su dedo al frente—. Es ese. Deberíamos aprovechar para hacerle una visita de despedida —agregó con cierto sarcasmo.

Rafael sintió que el corazón le daba un vuelco al fijar la mirada en el punto que señalaba Raquel.

—¿Aquel? —indagó él—. ¿Estáis segura?

—¡Claro! Estuve allí hace unas dos semanas, creo. No me quejo, el lugar es bonito y limpio, pero muy pequeño...

Rafael dejó de escuchar las palabras de Raquel, y manejó por inercia, el trayecto que los separaba del dichoso edificio. Se puso frío y muy pálido. Un millón de pensamientos se aglomeraron en su cabeza, haciendo que le diera una punzada en la sien. Apagó el motor y tomó una profunda bocanada de aire y la soltó muy despacio.

—¿Me acompañáis? —oyó de nuevo la voz de Raquel—. ¿Me esperáis acá o te adelantáis a la escuela? No tengo ningún problema con...

—Voy contigo —respondió, interrumpiéndola, y tensando la mandíbula.

—Será una visita rápida, pues tengo muchas cosas que hacer —dijo la mujer.

Al bajar del auto, alzó la mirada. Estaba frente al edificio donde estuvo hacía un par de días atrás. Tragó grueso, tratando de controlar las repentinas náuseas que lo invadieron. Aseguró el auto, y se fue detrás de Raquel.



Abrió los ojos con pesadez y farfulló un par de improperios. Con lo mucho que le había costado conciliar el sueño, pensando tanto en Rafael y el enorme cargo de conciencia que sentía por lo que hizo. Pasó toda la noche en vela, y se vino quedando dormida casi a las nueve de la mañana. Solo durmió una hora y media.

—¡Claudine! —gritó—. ¡CLAUDINE! —volvió a vociferar, pero no obtuvo respuesta alguna—. ¡Joder! —dijo entre dientes.

El timbre volvió a sonar.

De mala gana, refunfuñando, salió de la cama. Se dirigió a la puerta, y no se detuvo ni siquiera a ver por la mirilla. Estaba demasiado adormilada como para pensar con claridad. Entrecabrió la puerta y se asomó, dejando entrever sus característicos ojos grises.

—¿Mamá? —Diana bostezó—. ¿Qué hacéis acá?

—¡Oh por Dios! —exclamó Raquel—. ¿Qué coño le hicisteis a tu cabello?

Diana se llevó la mano a la cabeza y se percató que no llevaba puesta la peluca. Maldijo mentalmente el hecho de ser tan despistada.

—Ya era hora de cambiar un poco de *look* —respondió Diana, tratando de restarle importancia a la cara horrorizada de su madre.

—¿Me vais a dejar pasar o qué?

—¡Joder! —musitó, meneando la cabeza con fuerza, para sacudirse un poco el sueño que tenía. Se hizo a un lado—. Pasa —hizo un ademán con la mano.

Diana abrió los ojos como platos, y cualquier atisbo de somnolencia, se esfumó de su cuerpo. Miró al hombre que estaba justo detrás de su madre.

—¿Rafael?

—Hola, Diana —dijo él—. ¿O prefieres que te diga Diego?



Rafael no podía creer lo que veía. Un montón de imágenes llegaron a su cabeza, como una cascada de agua helada. Ató cabos a una velocidad sorprendente. Recordó cada segundo vivido en las últimas semanas. Se vio a sí mismo, como un espectador mudo. Vio como todo ocurría a su alrededor, como todas las piezas encajaban a la perfección. ¿Cómo es que no se dio cuenta antes? ¡Él no era un idiota! ¿O sí? En ese momento, no supo ni lo que era.

Se sintió como el hombre más estúpido del planeta.

Todo ese tiempo había sido ella. Y él, vio las señales, pero en algún momento se entregó a la negación. ¡No! Ella no podía ser capaz de montar todo ese circo, ¿y qué decir del día que la vio en la escuela? ¡Estaba también Diego allí! ¿Y el día que Diego debutó como novillero? Habría jurado frente al mismo Dios, que la vio entre la multitud. ¡Pero no era ella! Todo fue un plan muy bien orquestado. ¡La supuesta amiga francesa de Diego! Todo cuadraba...

Verla era ver al mismísimo Armando, eran sus gestos, sus movimientos, el talante recio de su maestro. ¡Joder! ¿Cómo fue que no lo vio? Prefirió aferrarse a la idea, de que estaba viendo torear, al hijo bastardo de Armando. Todo fuese por mantener inmaculada, la imagen que tenía de Diana.

¿Y para qué? ¿De qué le sirvió tenerla en un pedestal e idealizarla? Esa mujer lo había traicionado, como nunca nadie lo hizo en la vida, creando a un personaje con el que se encariñó, en el cual albergó muchas esperanzas...

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Sentía rabia, tristeza, impotencia... tantas cosas mezcladas.

La mirada cristalina de Diana, atrapó la suya.

—Rafael, déjame que os explique —dijo ella.

—Ahórrate tus explicaciones, pues no las necesito. Lo he entendido todo —se dio la media vuelta—. Os esperaré en el auto, Raquel.

—¿Pero qué pasa? —inquirió la mujer.

—¡Rafael! —Diana corrió detrás de él—. Por favor... —lo sujetó del brazo.

Él se giró muy despacio, cerrando los ojos con fuerza.

—Eras una de las pocas personas en las que confiaba ciegamente —susurró, tratando de mantener a raya las lágrimas—. Ahora te sumas a la larga lista de gente que me ha decepcionado.

Con su mano sujetó la delicada mano de Diana y rompió con el agarre.

Raquel observaba la escena, sin entender absolutamente nada.

—Yo te amo, Rafael —musitó Diana, con los ojos anegados de lágrimas—. Eso debes saberlo.

—Debisteis haber pensado en ese amor que dices sentir por mí, antes de hacer lo que

hicisteis, Diana. Cuando se ama, no se daña.

—Por favor, Rafael, escúchame.

—No hay nada de qué hablar. Tuviste varias oportunidades para decirme la verdad, pero preferiste seguirme engañando.

Dicho esto, se dio la vuelta y se encaminó hacia las escaleras, bajándolas, dando largas zancadas.

El llanto se derramó por el rostro de Diana.

—¿Alguien me va a explicar que carajos está sucediendo aquí? —habló Raquel.

La voz de su madre, la hizo girar.

—Soy la peor mierda de este mundo, mamá —dijo Diana entre sollozos.

Verla de esa manera, le rompió el corazón a la madre, quien se acercó a su hija a toda prisa, abrazándola y ofreciéndole su hombro para llorar.

—Hijita, ¿qué pasó? ¿Por qué Rafael se fue así?

—Porque me odia, mamá —hipó.

—Shhh... calma cariño —Raquel le acarició la cabeza—. Entremos y cuéntamelo todo.



Raquel escuchó con atención, cada palabra. No dijo nada, no juzgó, no aconsejó... solo oyó todo lo que su hija le contó. Estaba sorprendida, pero al mismo tiempo, un poco triste. Se sentía culpable de que su hija hubiese hecho ese montón de locuras, para poder hacer lo que tanto le gustaba hacer. Diana hablaba, y con cada frase, le hacía entender en que fue lo que equivocó con ella. Nunca la dejó ser ella misma y siempre procuró que fuera como ella quería que fuera.

Dejó que Diana llorara hasta que drenara todo. Casi media hora transcurrió, entre lamentaciones y sollozos. Cuando por fin estuvo un poco calmada, se animó a hacer la primera pregunta.

—Si tanto anhelabas hacer eso, ¿por qué no fuisteis a hablar conmigo?

—Habéis tratado de alejarme de todo lo relacionado a papá, desde que tengo uso de razón —contestó Diana, sonándose la nariz con un pañuelo.

—Eso no es cierto, yo no...

—Me mandasteis a un internado a los pocos meses de la muerte de papá, y te volví a ver al año. No te imagináis lo sola que me sentí, en un lugar donde no conocía a nadie.

—¡Oh! Cielo —musitó Raquel—. Jamás te conté esto porque no lo veía necesario, porque no quería que tuvieseis una mala imagen de mí. Pero al fin y al cabo, la tenéis.

—¿Contarme qué?

Raquel desvió la mirada de su hija y la posó en el suelo. Le daba tanta vergüenza hablar de aquel episodio de su vida.

—¿Mamá? ¿Qué os pasa? ¿Qué es eso que jamás me habéis contado? —insistió Diana.

—¡Ay hija! Tú estabas tan pequeña, y gracias al cielo estabais quedándote en casa de la señora Justina, porque ella, muy amable, se ofreció a cuidarte, mientras yo me tomaba un par de días para despejar la mente. La muerte de tu padre me devastó. Yo tenía muchos días sin poder dormir bien... —se le quebró la voz.

—¿Madre, que hicisteis?

—Intenté quitarme la vida, tomando somníferos —confesó la madre. Diana se llevó ambas manos a la boca, para ahogar un sonido de asombro—. Por suerte, tu tío Adolfo me encontró tirada a un lado de la cama, y me llevó a tiempo a urgencias. Caí en una depresión profunda. No podía hacerme cargo de ti en ese estado. Todo ese año, que recordáis a la perfección, no fui a verte, no porque no quisiera, sino porque no pude. Estaba recluida en un centro especializado para tratar trastornos de depresión. Allí fue donde conocí a...

—Sí —la interrumpió—, a Manuel.

—Él fue mi médico tratante por casi dos años. Fue él, quien me ayudó a salir de ese agujero

en el que me encontraba. Luego nos enamoramos y...

—Sí, ya sé el resto de la historia —musitó Diana.

En ese instante, se sintió mucho peor de lo que ya se sentía. Su malestar se intensificó a tal nivel, que el estómago se le revolvió y un fuerte dolor en la coronilla y la frente, hizo que le palpitara la cabeza. No solo era una mentirosa, que traicionó la confianza del hombre que amaba, sino que también, vivió toda su vida juzgando a su madre, tratándola como una villana de telenovela mexicana. Cuando su madre era nada más una víctima de las circunstancias.

Diana no dijo nada. El llanto volvió a brotar de sus ojos grises.

—Perdóname, mamá —dijo con dificultad—. He sido tan dura contigo, todos estos años. Perdóname, por favor.

—No, cariño. No tengo nada que perdonarte. No lo sabíais.

—De igual modo, fui una total mierda de hija...

—¡No digáis eso! ¡No te tratéis así! Somos humanos, y como tal, cometemos errores.

—Yo soy la puta personificación de la palabra error, mamá —se llevó las manos a la cara y se enjugó las lágrimas—. Cometo error tras error.

—Los errores son necesarios para aprender, para crecer como personas, para evolucionar, para valorar...

—¡Joder, mamá! La he cagado con Rafael, y mucho. Pero mi más grande anhelo en esta vida es poder vestir un traje de luces, con lentejuelas de oro...

—El que usan única y exclusivamente los matadores que han tomado la alternativa —Raquel sonrió con cierta melancolía.

—Sé que el oficio es arriesgado, mamá. Lo sé a la perfección. Pero soy buena. Lo soy.

—Déjame, yo hablaré con él —comentó la madre, dándole una palmadita en el brazo—. A mí si me tiene que escuchar.

—No, madre. Esto es algo personal. Hice algo terrible, mamá.

—Pero bueno, niña. Lleváis repitiendo eso desde que comenzamos hablar. ¿Qué cosa tan terrible pudisteis haber hecho, como para que ese hombre ni siquiera te dé la oportunidad de hablar?

—Le hice romper una promesa —musitó Diana.



### *La promesa*

*Madrid, primavera de 1998*

El sol iluminaba con gran intensidad un tercio de la plaza. La brisa fresca rozaba el rostro de los presentes, aliviando un poco el ardor producido por el beso del astro rey. Por momentos, leves remolinos de arena se elevaban, dificultando la visión de quienes se encontraban en las gradas posteriores. El sonar de un pasodoble indicó que el espectáculo iba a comenzar. Para quienes se aglomeraron esa tarde allí, era una sublime expresión de arte; valor que enardece al público y lo emociona hasta la grandeza. Entre algarabía, las bailaoras danzaron al ritmo del flamenco, y un hombre galante, con pasión desbordante, se paseó por el escenario de la fiesta brava, luciendo el oro y el azul del cielo en su traje de luces.

Armando Vidal fue por décadas, una de las figura más destacadas del ámbito taurino, siendo aclamado por hombres y mujeres. Esa tarde, lució su estampa características de matador. Era un hombre impetuoso que caminaba con la frente en alto y ambos brazos extendidos sobre su cabeza, haciendo una elegante reverencia a todas las personas que estaban reunidas allí para verlo torear. Si corría con suerte, le tocaría un *vazqueño* de color negro; una bestia inmensa que con solo mirarlo haría que hasta el hombre más valiente, dudara en acercársele. Vio como lo preparaban unas semanas antes y la bravura del animal lo impresionó.

Aunque Armando era un hombre de casi cincuenta años de edad, jóvenes damas suspiraban al verlo pasar. Les robaba el corazón a todas las féminas a quienes miraba, pero su corazón ya tenía dueña; una hermosa mujer llamada Raquel, quien era su esposa desde hacía casi dos décadas, y la que en varias oportunidades intentó darle un hijo, pero que infructuosamente tuvo tres pérdidas. Sin embargo, la vida les sonrió a la pareja tan solo diez años atrás, con la llegada de una hermosa niña, a la que le pusieron por nombre Diana, en honor a la abuela de Vidal.

Vidalito (así era como lo llamaban los críticos taurinos y sus fans), era un maestro que tenía bajo su tutela de enseñanza a grandes y a chicos. Algunos eran hijos de colegas toreros que sentía por Armando, gran respeto y admiración. Y esos pupilos a la vez, soñaban con ser los mejores, de la mano del mejor.

Su alumno más destacado, por no decir su consentido, era un joven de diecinueve años de edad, a quien le enseñaba desde que era un pequeño de ocho años. A los catorce ya era un

excelente novillero, y Armando lo veía como su sucesor. Así fue como decidió enseñarle todo al pequeño Rafael Villanueva, pues Vidal sabía que a esas alturas de la vida, no podía seguir albergando la esperanza de tener a un descendiente varón para dejarle su legado.

No hay que mal interpretar. Armando amaba a su pequeña hija, quien era la viva imagen de Raquel. Y aunque para nadie era un secreto que Vidal soñaba con tener un hijo varón, (para que siguiera sus pasos) la llegada de Diana marcó un antes y un después. Con ella era suficiente. No pensaba poner en riesgo la vida de su esposa, por saciar un tonto capricho, pues el médico le advirtió que otro embarazo sería muy riesgoso para la salud de Raquel.

Desde muy pequeña, Dianita demostró tener un carácter muy peculiar. Era temeraria, aunque muy soñadora, tal cual como su padre. Ella tenía una fascinación por la fiesta brava y no hacía otra cosa más que gritar: *¡Ole, Ole!* Cada vez que su padre ganaba el honor y el respeto en una corrida, y en varias ocasiones, le pedía a su padre que la llevara en hombros: *Así como te llevan a ti, papi*, le decía la chavala con los ojos llenos de admiración. Armando siempre le dedicaba su triunfo a la pequeñita que se sentaba sobre el regazo de su esposa. Dianita era la luz de sus ojos. Ella y Raquel eran su razón de existir.

Allí, en medio del ruedo, oyendo los gritos y los vítores del público, Armando no pudo evitar sumergirse en sus recuerdos y rememorar una anécdota en específico:

*Un día, mientras él platicaba con algunos amigos y colegas con respecto a una lidia que se llevaría a cabo en un par de semanas, y Raquel finiquitaba algunos detalles del evento, ya que ella era parte del comité organizador, Dianita encontró la oportunidad de jugar a ser torera. Con ambos padres enfocados en sus asuntos, la pequeña vio la oportunidad perfecta para escabullirse y dirigirse en dirección a los corrales. La niña se percató de un pedazo de tela tirado en el suelo. Vio a un toro. No lo pensó mucho y se lanzó a la aventura. No podía ser tan difícil, pensó ella; a fin de cuentas, su padre lo hacía todo el tiempo.*

*El instinto materno de Raquel se activó cuando echó en falta a su hija. Comenzó a gritar su nombre, pero sin obtener respuesta alguna. En cuestión de segundos, Armando y algunos de sus amigos, se encontraban al lado de la desesperada mujer, quien no dejaba de vociferar.*

*No se imaginaban que Diana se encontraba en medio de un corral, lejos de todos, frente a un Zaino inmenso de pelaje brillante, color marrón, el que estaba siendo preparado para una corrida.*

*Gracias a la providencia, un joven de quince años de edad se encontraba cerca del lugar. Escuchó el bufido de la bestia y le pareció muy extraño, ya que no es común que esos animales emitan ese tipo de sonido estando solos.*

*Se congeló por fracción de segundo al ver a Diana plantada frente a un toro, hondeando el pedazo de tela. Solo bastó un par de segundos para que reaccionara y se lanzara en busca de la pequeña. Corrió al lado apuesto, gritando y provocando al animal con su capote, mientras hacía señas con su mano a la niña y le gritaba también, para que saliera del corral. Sin embargo, Diana no se movió. De repente, comenzó a llorar.*

*Rafael maldijo entre dientes cuando el toro dejó de mirarlo y fijó sus negros y aterradores ojos sobre la hija de su maestro. Desesperado, empezó a llamar a Armando y a Raquel... a gritos, mientras volvía a captar la atención del animal.*

*—¡Vamos bonito!—lo incitó moviendo el capote con brío—. Vení para acá.*

*La bestia alternó la mirada entre él y la niña, como decidiéndose cuál era su mejor opción para embestir.*

*—¡Ayuda! ¡Alguien! ¡Necesito ayuda, por favor!—clamó Rafael, con un nudo en la*

*garganta.*

*Todo sucedió muy rápido. El toro bramó, dio una patada en el suelo y salió corriendo en dirección al muchacho, quien logró hacer algunos movimientos con el capote y engañar al animal. Armando apareció en la escena, saltó al corral y sujetó a su hija entre sus brazos. Sin perder tiempo, la puso fuera del alcance del toro, alzándola por encima de su cabeza y extendiéndola en dirección a su esposa, quien acababa de llegar, entre jadeos.*

*—Tómala y llévatela —dijo al entregársela.*

*Vidal se dio la vuelta y miró a Borges, su compadre y viejo amigo, quien también se encontraba allí.*

*—Pásame algo para distraerlo —con la mirada apuntó hacia el bovino.*

*El nombrado le lanzó su chaqueta, la cual Armando comenzó a agitar con fuerza.*

*—¡Acá! ¡Eh! —tentó al toro.*

*Sabía que Rafael era buen lidiador, que podría hacerle frente a un toro de casta, pero ese aun no estaba preparado. Temió por la integridad de su alumno.*

*Armando logró que el animal fuese en dirección a él, y con un par de tafalleras, fue dirigiéndolo a la a su toril. Entre él y Rafael, tardaron casi unos cinco minutos en regresar al animal a donde debía estar.*

*Rafael fue el primero en soltar un suspiro de alivio. Armando le dio un golpecito en el hombro e hizo un leve movimiento con la cabeza. El joven le contó a su maestro lo que acababa de pasar, y luego de saber lo sucedido, Armando le agradeció, seguido de una petición:*

*—Quiero que me prometáis algo, por favor —la voz de Armando aun estaba agitada.*

*—¡Claro, señor! Lo que vos queráis —dijo el muchacho.*

*—Si llegase a sucederme algo, quiero que me prometáis que mantendréis a Diana alejada de estos animales.*

*—¿Si llegase a sucederle algo? —Rafael frunció el entrecejo—. ¿Pero por qué habla así? No debería decir esas cosas. A vos no le va a suce...*

*—Prométemelo, Rafael —le interrumpió—. Los toros son muy peligrosos. ¡Son unas bestias! Si algo le sucediera a Diana por culpa de alguno de esos animales, no me lo perdonaría jamás...*

*—Señor, creo que eso va a ser un poco difícil. A su hija le gusta mucho...*

*—Me importa un bledo lo que a mi hija le guste. La tauromaquia no es para ella.*

*—Señor, yo...*

*—Tan solo te estoy pidiendo que me prometáis que la mantendréis alejada de los jodidos toros —Armando se exasperó—. No te estoy pidiendo que acabéis con la hambruna mundial, hombre.*

*—¡Vale! —Rafael levantó sus brazos en gesto de rendición—. Os lo prometo.*

*El griterío lo hizo volver a la plaza. Agitó suavemente la cabeza y sonrió. Cayó en cuenta que el paseíllo estaba a punto de concluir. A su lado iba Rafael, sonriendo con amplitud, sin dejar de mirar a su madre, Doña Justina, la que se encontraba entre los espectadores, y miraba a su hijo único, lucir un hermoso traje de luces de color verde esmeralda con oro y remates azabache, cuyo bordado de las hombreras lo hizo ella misma con sus propias manos. El muchacho tomaría la alternativa ese día, dejando atrás las novilladas.*

*A la derecha del novato iba Abel Fernández, mexicano, y con algunos años de experiencias en el ámbito taurino.*

*A los tres matadores lo seguían sus respectivos banderilleros, seguidos de los picadores,*

mozos, areneros, mulas y mulilleros.

Una vez hecho el sorteo, le asignaron dos buenos toros a Armando. Uno, era el vazqueño que vio preparar una semana antes y el otro era un jijón de pelaje marrón muy brillante. A Rafael le tocó un navarro y un morucho. Al tercer matador le asignaron dos cabreros.

El primero en torear fue Rafael.

Por ser quien tomaba la alternativa ese día, Armando le cedió su turno para lidiar el primer toro de la tarde. Villanueva comenzó la faena con unos quites majestuosos, logrando una suerte de capote impecable. Después de la labor de los picadores vino el tercio de banderillas, y acto seguido, Armando le hizo entrega de una muleta y un estoque. La plaza estalló en aplausos, dándole el visto bueno al nuevo matador, quien prosiguió a lanzar su montera en dirección a su madre, dedicándole la corrida a ella. Doña Justina estalló en llanto emocionado, a la vez que su hijo se encaminaba al centro del ruedo para darle apertura el tercio de matar.

Con tan solo la muleta y el estoque, Rafael se preparó para dar una estocada limpia al encuentro; una suerte natural. El animal cayó fulminado en cuestión de segundos y el gentío estalló de locura cuando el acero marcó el final de la primera faena, otorgándole dos orejas por su desempeño.

Sin perder tiempo, la segunda faena de la tarde se anunció.

Armando Vidal se lució con el segundo toro de la tarde, con excelsos quites. Chicuelinas, verónicas, gaoneras, revolveras y tafalleras iban y venían. Aplausos y gritos de emoción por doquier. El tercio de banderillas fue ejecutado por él mismo, para rematar con movimientos sublimes de la muleta, destacándose entre manoletinas y trincherazos: pases frecuentes del matador nacido en Sevilla. Le tocó recibir al animal con una suerte contraria. Su estocada fue entera, perfectamente colocada en la cruz de la res, lo que le hizo acreedor de ovaciones, vuelta al ruedo, dos orejas y un rabo.

Luego fue el turno de Abel Fernández, quien también hizo un excelente trabajo, haciéndole merecedor de una oreja y vuelta al ruedo.

De nuevo llegó el turno de Armando. "Vidalito" le tocó torear al cuarto de la jornada, y el último de su carrera, debido a que ese día se retiraba del mundo taurino para dedicarse de lleno a su familia. Si todo salía como lo pensado, saldría en hombros, por la puerta principal de la plaza, logrando despedirse por todo lo alto.

La suerte estaba echada. Era el turno de Rafael Vidal para torear a "Ébano", un toro vazqueño de 522 kilos, procedente de una ganadería llamada "El Rocío".

La lidia transcurrió como era de esperarse: magníficos quites con el capote, un pulcro desempeño de los picadores, y grandiosos movimientos de "Vidalito" en el tercio de banderillas. Todo esto aunado a la bravura del vazqueño, el que desde que puso una pata dentro del ruedo demostró ser un ejemplar único. Tanto, que antes de finalizar el segundo tercio, el público aclamó el indulto del animal. Petición que fue avalada por el juez de plaza, al agitar un pañuelo de color naranja.

Para Armando, perdonarle la vida a un toro, era el máximo premio que podía recibir, pues demostraba que podía hacerle frente a bestias a la que pocos hombres se atreverían enfrentar.

En cuanto recibió la muleta y la espada de manos de su buen asistente, Emilio, quien había estado acompañándolo por casi una década, el corazón se le aceleró. No sabía a qué se debía ese extraño presentimiento que lo invadió. Quizás fuese el pensar que nunca más volvería a torear, pero a fin de cuentas, no era una decisión tomada a la ligera.

En su último chequeo médico, se enteró que padecía de una silenciosa, pero muy agresiva

enfermedad: cáncer. Le hallaron un tumor en la base de la columna vertebral, cuyas células ya habían hecho metástasis en su vejiga, próstata y vesícula biliar. Era solo cuestión de tiempo que otros órganos vitales también se comprometieran. Sabía a la perfección lo que eso significaba. Por más que se realizara el tratamiento al pie de la letra, había una gran posibilidad de perder la batalla, y en vez de pasar sus últimos meses de vida, peleando contra un enemigo muy difícil de vencer, prefería dedicarle sus últimas sonrisas a su bien amada esposa y adorada hija. Ellas no sabían nada acerca de su condición. ¿Para qué preocuparlas por algo que no podía cambiar?

El griterío del lugar, le hizo recordar donde estaba. Necesitaba concentrarse. Lo que estaba a punto de suceder, marcaría el final de su carrera, y deseaba que fuera de la mejor manera posible.

Se encaminó hacia el centro del ruedo, donde se encontraba el toro, observándolo, atento a cada uno de sus movimientos. Tomó la muleta con su mano izquierda y comenzó a agitar la tela para incitar al animal. Este embistió de inmediato, y Armando ejecutó una serie de pases naturales. Las tribunas corearon... ¡Ole! Y el pecho de Vidal se hinchó de orgullo. Hizo un pase de pecho y luego una manoleta. El público lo ovacionó. Se giró de golpe, soltando un grito recio de valentía, a la vez que miraba de manera enamorada a su esposa y con su mano libre lanzaba un beso en dirección a Raquel y Diana.

Armando volvió a girarse para ponerse frente al toro, lanzó su espada a un lado, y se preparó para simular una estocada. El animal lo miró, esperando un mínimo movimiento para atacar. Ambas miradas se fijaron la una en la otra, los ojos verdosos de Armando en los negros de la bestia, y viceversa. Lo que tenía que hacer era sencillo. Debía tocar el lomo del animal y luego abrirse hacia la derecha, pero en lugar de esto, se puso de rodillas, se abrió la chaquetilla e hizo el desplante. Estar de rodillas, se había convertido en uno de los movimientos más característicos del matador, así como la agilidad que este tenía, para ponerse de pie de un salto, ejecutando sutiles verónicas y saliendo siempre airoso. Si esos eran sus últimos minutos dentro del ruedo, quería que fueran inolvidables...

La suerte le sonrió, pues todo le salió tal y como lo pensó. El público estalló en un sonoro aplauso, y Vidal sonrió con emoción. Sin embargo, no podía posponer, ni un segundo más, el momento de la verdad. Armando se posicionó frente al toro, y se preparó para cerrar la faena. Vidal emprendió el trote al mismo tiempo que el toro, pero algo inesperado sucedió:

El toro giró su cabeza al lado contrario y lo golpeó con fuerza, desestabilizándolo y mandándolo al suelo de forma estrepitosa. Por instinto, Armando cubrió su rostro con ambas manos, para evitar que el animal lo golpeará con las patas, pero no se percató que otras partes, mucho más vitales, de su cuerpo, estaban expuestas. El toro, hecho una furia, bramó y se impulsó con sus cuartos traseros, arremetiendo contra Vidal.

El tiempo se detuvo. El público no podía creer lo que veía.

De repente, Armando sintió que algo entraba en él y desgarraba su piel, a nivel de la boca del estómago. Un dolor agudo se apoderó de su cuerpo. Soltó un alarido, pero fue sofocado por el griterío del público asombrado.

El toro lo corneó, y lo levantó del suelo, haciendo que el cuerpo de Armando girara en el aire y cayera de nuevo contra el suelo. Él tosió al impactar, pues el golpe le hizo botar todo el aire de sus pulmones.

Novilleros y personal de la plaza acudieron en su auxilio, agitando capotes desesperados para llamar la atención del animal y poder quitárselo de encima a Armando, quien se retorció de dolor sobre la arena rojiza, a causa de la sangre que salía de su cuerpo a borbotones.

El primero en llegar hasta Vidal fue Rafael, ya que se encontraba detrás de uno de los

burladeros, seguido por tres hombres más que asistieron al moribundo torero que yacía, casi inconsciente, tumbado en el suelo.

Armando sabía que no le quedaba mucho tiempo. Se le hacía muy difícil respirar y un frío terrible se apoderó de su ser. Lo sujetaron para sacarlo a la mayor brevedad de la plaza, y así poder llevarlo a la enfermería, donde podrían darle la ayuda pertinente.

En medio del ajetreo, Armando sujetó con fuerza el brazo de Rafael, quien lo miró anegado en lágrimas.

—Pro... —Vidal tosió. Le costaba mucho hablar—. Prométemelo —logró decir.

Rafael sacudió su cabeza de forma sutil. No entendía.

—Prométeme que... —volvió a toser—, no dejareis que mi hija corra la misma suerte que yo...

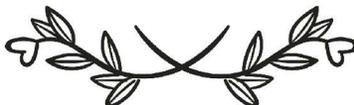
—*Shhh...* no habléis, maestro. Mantenga las fuerzas. Se va a poner bien. Ya veréis — Villanueva atropelló las palabras.

—!Prométemelo! —exclamó Vidalito, haciendo acopio de todas sus fuerzas.

—Os lo prometo, señor —profirió Rafael, por inercia, solo para que Armando se calmara.

—No... quiero... que... Diana... muera... así.

Dicho esto, las pupilas de Armando se dilataron, y un último aliento emanó de su boca, de labios descoloridos, a causa de la pérdida de sangre.



Maldijo mentalmente, por enésima vez. No lograba concentrarse en la clase que estaba impartiendo. Tenía casi media hora, tratando de demostrar a sus alumnos, como debía ejecutarse una estocada perfecta, con suerte natural y recibiendo, pero parecía ser que su cerebro estaba desconectado de sus funciones motoras.

—Mierda —masculló.

—Hostias, tío. Deberíais relajaros un poco. Estáis muy tenso —comentó alguien a su derecha.

—Te recuerdo que soy tu maestro, Joey. Me debéis respeto —espetó, sin molestarse en girarse a mirar al nombrado.

—*¡Joder! Anda de un humor de perros* —musitó alguien.

—*Desde hace tres días que Diego no viene, está insoportable* —escuchó susurrar a otro.

—Váyanse a la mierda —escupió con rabia, tirando el capote y el estoque en el suelo—. La clase terminó, por hoy. Lárguense.

Dicho esto, salió hecho una furia hacia su oficina.

Rafael no dejaba de pensar en Diana, y de sentirse estúpido. Todo le molestaba. No se aguantaba ni a sí mismo. Dentro de sí, un montón de emociones se debatían entre sí...

Cuatro días, exactos, transcurrieron desde que supiera la verdad, y para esa tarde, había pautado una cita con un periodista de una revista taurina, para contarle toda la verdad acerca del engaño de Diana Vidal, pues ya estaba harto de que le preguntaran por Diego Morante, y no saber que responderles. Además, estaba lleno de veneno. Necesitaba drenarlo de alguna manera. Necesitaba saber que no había sido el único idiota que se tragó el montón de mentiras de Diana.

¡Joder! ¡La amaba! Eso lo descubrió mientras ella se paseaba por allí, disfrazada de hombre. A Diana le importó un bledo las tradiciones taurinas. Solo le importó ella, y su sed de demostrar que era mejor que él.

Desde el día que ella regresó a España, y fue a visitarlo a la escuela, se mostró altiva y altanera, tratando de imponer su voluntad por encima de la de él.

¿Y si engatusarlo y hacerle creer que sentía algo por él, también era parte del plan? ¡Joder! No sabía que pensar. No lograba separar la verdad, entre tantas quimeras.

Un par de golpes en la puerta, lo hicieron dar un respingo. Era Raquel.

—Hola, Rafael. ¿Me permites un momento para hablar contigo?

Él intentó en todo lo posible ser muy amable, fingiendo una agradable sonrisa.

—¡Sí! ¡Vale! ¡Por supuesto! Pasa adelante —hizo un ademán con la mano, invitándola a sentarse en la silla que estaba del otro lado de su escritorio.

—Sé que esto no es asunto mío, pero... —se detuvo al notar que Rafael hacía un gesto con la mano para que se detuviera.

—Si *venís* hablar acerca de lo que hizo Diana, yo no...

—¡Sí! —la mujer se irguió sobre la silla—. Vine a hablaros de eso, y tú vais a escucharme, Rafael —se impuso, como lo hace una madre con autoridad sobre un hijo.

Él abrió mucho los ojos, sorprendido por la actitud de Raquel.

—Lo que hizo no tiene nombre, Raquel. Se comportó de una manera egoísta e infantil.

—¿Y qué esperabas, Rafael? Diana es una niña, ¡por Dios! Cumplió la mayoría de edad hace escasos dos meses. Aun le falta mucho por madurar.

—Yo a su edad no me comportaba como un crío —se cruzó de brazos.

—Pues en la actualidad, vaya que sí lo estáis haciendo —observó Raquel.

Rafael entendió el comentario perspicaz de la mujer y optó por comportarse como el hombre, maduro que era.

—¿En qué puedo ayudarte, Raquel? —inquirió con seriedad.

—Diana abordará un avión con destino a Francia, a primera hora de mañana —continuó la mujer.

—¿Y qué tengo que ver yo con eso? —Rafael se encogió de hombros.

—Que se irá con el corazón hecho trizas, sabiendo que, la única persona que ella creyó que la apoyaría en esa loca idea suya, le dio la espalda.

—¡Jah! —él hizo un gesto desdeñoso con la boca—. Tenía entendido que tú también estabais en contra de esa loca idea suya, como dices.

—Sí, lo estaba —ella fue tajante—. Lo estaba porque pensaba que ella lo hacía solo para llevarme la contraria, solo para tocarme las narices, pero no. Es algo más. Es algo más que yo no lograba entender, pero ahora sí lo entiendo.

—Se llama capricho, Raquel —espetó él—. Siempre ha sido así. Se encapricha con lo que no puede tener.

—¿Así como se encaprichó contigo? —el comentario tomó por sorpresa a Rafael—. ¿Es acaso eso lo que os tenéis tan molesto?

—Yo no estoy...

—Os conozco, Rafael —lo cortó Raquel—. Tal vez no os haya parido, pero os conozco como si fueses mi hijo. Os vi crecer, os vi convertirlos en el hombre que eres hoy en día y...

—Vale. Ya lo entendí —la interrumpió él—. Pero sé que no habéis venido a hablar del papel de madre o la influencia que habéis tenido en mi vida. ¿A qué habéis venido, Raquel? No es muy común veros por acá —a Rafael comenzaba a colmársele la paciencia y las ganas de ser amable.

—Vine porque esta escuela la fundó Armando, y Diana, por ser la única hija de Armando, tiene todo el derecho de...

—La verdad es que no te entiendo —él la miró con notable molestia—. Hace un par de semanas, vinisteis hasta aquí a pedirme que mantuviera a Diana alejada de...

—Sí, sé lo que te pedí. No hace falta que me lo recordéis.

—¿Y entonces que es lo que queréis? ¿A qué habéis venido, de verdad? —la presionó.

—He venido a pedirte que dejes a Diana estudiar acá. No —la mujer sacudió la cabeza—. No debo pedirte nada, porque hasta el momento sigo siendo la dueña de este lugar. Lo que os quiero decir es que, Diana comenzará a tomar clases aquí y...

—En ese caso, presentaré mi dimisión.

—¿Cómo? —Raquel frunció el entrecejo.

—Lo siento, Raquel, os aprecio mucho y os respeto, pero no puedo. Tan solo de pensarlo... —meneó la cabeza en negación—. Lo siento, yo...

No pudo continuar hablando. Se le hizo un nudo en la garganta.

—Mírame bien Rafael —pidió la mujer. Él la miró con ojos llorosos—. Por muchos años traté de mantener a Diana al margen, alejarla de todo esto —con su mano señaló su entorno—, por miedo a perderla. ¿Pero de que me ha valido? —los ojos de Raquel también se llenaron de lágrimas—. Si ella sube mañana a ese avión, la habré perdido de verdad. Esa Diana risueña, soñadora y muy atrevida, se convertirá en un mujer amargada, resentida y desdichada. Perderé a mi niña, Rafael —hizo una pausa para tomar aire—. Todos estos años he tratado de moldearla a mi gusto, de sobre protegerla, para que no acabara igual que su padre, ¿para qué? —la voz se le quebró, a la vez que sendas lágrimas se derramaban de su ojos—. Su deseo de ser una gran torera, y ser como su padre, es mucho más grande que cualquier otra cosa. ¡Joder! Fue capaz de hacer todo eso, de hacerse pasar por alguien más, fue capaz de mentir, de engañar, con tal de hacer lo que tanto ama hacer —Rafael la escuchaba muy atento a cada palabra—. ¿Qué necesidad tenía de todo eso? ¿Por una promesa?

Rafael enarcó una ceja.

—¿Cómo? —inquirió él.

—Me habéis oído con claridad —dijo ella.

Rafael chasqueó la lengua.

—Así que ella también te habló de...

—Sí. Me lo contó todo —lo interrumpió—. ¿En serio, Rafael? ¿Le hicisteis una promesa a un hombre moribundo?

—Ahora resulta que soy el único culpable de que Diana hiciera lo que hizo.

—No estoy diciendo eso —Raquel levantó un poco la voz—. No te estoy juzgando ni acusando de nada, ¡joder!

—¿Y qué podía hacer, Raquel? ¿Negarme? ¿Decirle a Armando que no contara conmigo para hacer cumplir su última voluntad? ¿Se estaba desangrando! Dije lo que fuera necesario para tranquilarlo. ¿Qué otra alternativa tenía?

Raquel tomó una profunda inhalación y la soltó despacio.

—Sé lo importante que fue Armando para ti, y lo importante que es su recuerdo para ti, pero es solo eso, un recuerdo. Debisteis apoyar a Diana cuando más os necesitó.

—¡Joder! Y vuelves a insinuar que yo soy el culpable... —se puso de pie como impulsado por un resorte—. Durante toda mi infancia, mi juventud, fui prácticamente adoctrinado para mantener a Diana a salvo. Me aferré tanto a esa idea... —miró a Raquel con mucha tristeza en los ojos—. No —negó con la cabeza—. No fuiste tú la que tuvo que cargar con esa promesa a cuestas, y hacerla cumplir, aun cuando iba en contra de lo que yo quería de verdad para Diana. Yo solo anhelaba verla feliz, que sonriera... y esto —señaló su entornó—, de lo que tanto tú y Armando, se empeñaron en tenerla alejada, era lo que le daba esa felicidad. No vengas a desgarrarte las ropas y decir que fuiste una madre abnegada, cuando fuiste tú, quien la abandonó cuando ella más te necesitaba...

—Rafael —musitó la mujer, llevándose una mano al pecho.

—Yo solo me presté a un juego macabro de dos padres sobre protectores, que nunca les importó una mierda lo que su hija quería de verdad. Tantos años me he sentido culpable, por aquella vez que casi la mata aquel toro, porque fui yo quien le dijo que me esperara allí, frente a aquel toril, mientras buscaba un par de capotes para enseñarle a sujetarlo, fui el único que la incentivé a tomar bien una muleta, un rol que le correspondía a Armando. Tantos años me sentí mal por ser el culpable de que se haya expuesto a ese peligro, pero no. Yo no era el malo de la

película. Yo solo quería que esa pobre niña, solitaria, fuera feliz. Fui hermano, amigo, protector y hasta padre, para esa pequeña que solo soñaba con ser como su papá, mientras tú y Armando solo se dedicaban a lograr que el gran Vidalito ganara más fama y prestigio —Rafael no supo en qué momento comenzó a llorar. Se sentía devastado—. ¿Y sabes que es lo más irónico? Que me enamoré de esa niña, y por mucho tiempo pensé que era un maldito enfermo, un pederasta... Mandarla a ese internado, tal vez fue lo mejor que me pudo pasar, porque fue la única manera que los malditos demonios dentro de mi cabeza, se callaran.

—Rafael, lo siento tanto. No tenía idea de nada...

—Mi corazón volvió a latir desbocado cuando la vi entrar por esa puerta —señaló con su dedo la entrada de su oficina—, convertida en una hermosa jovencita, y se hizo añicos cuando le dije que no podía dejarla entrenar acá. Todo por culpa de una maldita ética que me impedía ignorar una promesa que condenada a Diana a ser infeliz el resto de su vida. ¿Y de que sirvió? Si de igual forma, se nos escapó de las mano. ¿Sabes una cosa? Me siento feliz, en parte, por ver que Diana tuvo los cojones de enfrentarnos y luchar por lo que quería, pero al mismo tiempo me siento devastado, porque me mintió, me engañó, a mí, el único en este puto planeta al que si le importa verla con una sonrisa en el rostro.

—A ti no te duele tanto haber roto esa promesa, ¿cierto? —habló Raquel—. Lo que te carcome es pensar que también te mintió respecto a sus sentimientos por ti.

Rafael no respondió nada.

—Te aseguro que si hay algo en lo que no mintió, fue en eso —dijo la mujer.

—¿Y cómo estás tan segura?

—Porque fui yo quien estuvo allí, secándole las lagrimas aquel día, y escuchándola decir lo mucho que te ha amado durante tanto tiempo, y lo mucho que le dolía haberte traicionado.



Sus ojos grises no podían dejar de mirar en dirección a las escaleras mecánicas, mientras esperaba que le entregaran el *ticket* con la numeración de su equipaje. A su derecha, Raquel la ayudaba a llevar un bolso de mano, a su izquierda, su amiga Claudine no dejaba de parlotear acerca de lo que tenía que decirle a su madre, cuando fuera a visitarla y entregarle el paquete que le enviaba. Gracias al cielo, a su amiga le fue muy bien en el curso de verano, y pensaba quedarse mucho más de lo pensado en Madrid, pues le ofrecieron una oferta de trabajo como ayudante de un escultor de renombre en la ciudad, quien se encargaba de la restauración de monumentos y edificaciones que eran patrimonio del estado.

Pero por más que lo intentaba, Diana no podía dejar de mirar en dirección a cualquier acceso de entrada del aeropuerto. Albergaba la esperanza de que en cualquier momento, Rafael llegara, impidiendo que se marchara.

—Siempre lo que sucede, es lo mejor —le dijo su madre al oído, dándole un apretón en el hombro.

Diana asintió con la cabeza, mostrándose resignada a aceptar la realidad. Su vida no era una estúpida comedia romántica, en la que el protagonista, a último momento, se da cuenta que no puede dejar ir al gran amor de su vida. Se obligó a poner los pies sobre la cruel realidad. Tomó el *ticket* que le entregaron y la tres mujeres se encaminaron hacia la área de abordaje.

—Bueno, cariño —se detuvo Raquel, a un lado de Claudine—. Hasta aquí podemos llegar —dijo—. Dame un abrazo.

Diana ni se lo pensó. Abrazó a su madre como si jamás lo hubiese hecho. Lágrimas nublaron su visión.

—Prometo estar de vuelta para navidad —dijo Diana, mirando la prominente panza de su madre—. Para conocer por fin a ese bribón —bromeó, acariciando con ternura el vientre de su mamá.

—He decidido ponerle Armando —musitó Raquel.

Diana frunció el entrecejo.

—¿Estáis segura, mamá? ¿Qué ha dicho Manuel al respecto?

—Le pareció un linda manera de honrar a tu padre.

Diana sonrió, pero dicha sonrisa no se reflejó en sus ojos.

Una voz femenina, a través de los alto-parlantes del lugar, anunció el abordaje del avión con destino a Francia.

Diana volvió a abrazar a su madre, pero más efusiva.

—¿Que fue lo que le dijisteis a Rafael, mamá? Necesito saberlo.

—Lo necesario para hacerle entender que no erais una mala persona, que lo que hicisteis, lo hicisteis por desesperación.

—¿Y entonces, por qué no vino a despedirme? —Diana se limpió una lágrima que rodaba por su mejilla, con la manga de su suéter.

Raquel sonrió con cierta melancolía. Ante ella, seguía estando esa pequeña berrinchuda, que hacía dramas por todo, esa niña consentida que lloraba a moco suelto si no le daban ese juguete que quería. Por más que Diana quisiera hacerles entender a todos, que ya era una mujer hecha y derecha, en el fondo seguía siendo su niña.

—Dale tiempo, cariño. Se siente herido, y muy confundido.

—Si de verdad me amara, habría venido —sollozó.

—Déjalo sanar. Tú también necesitáis hacerlo.

Diana asintió, tragándose las lágrimas.

—Tengo que irme, mamá —dijo.

Raquel le entregó el bolso, y acto seguido le dio un beso en la mejilla.

—Cuídate, hija.

—Lo haré.

Diana se giró hacia su amiga y la abrazó también, al separarse:

—Si necesitáis mi ayuda, *paga hacegte pasag pog* un sensual *caballego*, *paga* que una *pgofesoga amaggada* te suba la nota, no dudéis en *llamagme* —bromeó la rubia.

Diana le mostró la lengua.

—Tonta —le dijo, dándole un golpecito en el hombro derecho.

Una vez más, la voz femenina a través de los altoparlantes se hizo escuchar.

Diana miró a su madre y a su amiga, levantó una mano y la agitó, despidiéndose, con una media sonrisa dibujada en sus labios. Se dio la media vuelta y se unió a la larga fila de personas que abordaban el avión.

Dicen que la esperanza es lo último que muere, y Diana estaba muy de acuerdo con eso. Una vez dentro del avión, mantuvo su mirada fija en la puerta de la misma, anhelando que Rafael llegara. Sin embargo, el vuelo despegó, y el hombre que amaba nunca llegó.



*Tres meses después.*

—El gran espacio triangular limitado por el redondo menor y el subescapular hacia arriba, el redondo mayor hacia abajo y el cuello quirúrgico del húmero hacia afuera —el hombre de poblada barba, ojos azules y cabello cenizo apuntaba cada una de las partes mencionadas, con un puntero láser, en la enorme imagen proyectada en la pared del escenario del auditorio—. Como verán, se divide longitudinalmente por la porción larga del tríceps en dos espacios más pequeños...

Todos los estudiantes miraban y escuchaban atentos a su profesor de anatomía. Solo se oía la voz del hombre de cincuenta y tantos años.

Diana tomaba notas y subrayaba algunos pasajes de su libro personal de morfología humana. Sin poder evitarlo, bostezó. Las últimas tres noches las pasó estudiando para su parcial de histología, asignatura que le tocaba después de la que estaba viendo.

—Observen esta imagen de un corte horizontal a través de la parte inferior del hombro derecho —los invitó el profesor. Diana fijó su mirada en el lugar que apuntaba la lucecita roja del láser del Doctor Mullins, quien llevaba impartiendo la cátedra desde hacía más de una década.

Cuando comenzó sus estudios de medicina, nunca pensó que se enamoraría tanto de esta carrera. Al principio, solo la vio como un escape, una forma de no pensar tanto en lo que dejaba atrás, en España. Una brillante idea se vislumbró en su mente a las tres semanas de haber comenzado las clases. Trataría de graduarse con las mejores notas, y al finalizar la carrera se especializaría en Cirugía Taurina, así podría unir lo mejor de los dos mundos. Ser médico taurino le daría la posibilidad de salvar muchas vidas, de vivir las emociones de una corrida, en primera fila. Eso de estar siempre en el burladero le podría dar un mejor panorama, de saber de tenía que hacer en el quirófano en caso de una lesión. Tendría la ventaja de saber lo que habría podido ocasionar el pitón del toro. Si le daba hacia arriba o hacia abajo... Sería como tener la mitad del diagnóstico hecho. Sin duda, no había nada más emocionante que saber cómo salvarle la vida, a alguien, que pasara por lo mismo que su padre. Esa sería la mejor forma de honrarlo.

Por supuesto, no podía negar que habría momentos en los que se sentiría muy desdichada, por no poder ser quien se llevara el verdadero protagonismo en la faena, pero era lo más cerca que podía estar de su sueño, sin ofender la memoria de su padre.

—¿Vidal? —la voz de su profesor, la sacó de sus pensamientos—. ¿Qué podríais decirnos acerca de los nervios del miembro superior?

Diana miró su entorno. Sus compañeros de clases la miraban con atención.

—Que se originan en el plexo braquial, que son una estructura muy extensa y de gran importancia, situada en parte, en el cuello, y en parte, en la axila —respondió ella sin titubear.

—Muy bien, Vidal —la felicitó el Doctor Mullins—. ¿Y tú, Allard? ¿Podríaís decirnos como se forma ese plexo?

El nombrado respondió de forma correcta, también.

A Diana le gustaba mucho esa forma dinámica, de intervenir y aprender en clases.

De repente, algo más captó su atención. Su móvil vibró y en la pantalla se mostró una notificación de WhatsApp. Ella deslizó el dedo sobre el dispositivo para desbloquearlo y leer el mensaje:

*Que hermosa te ves con ese vestido azul. Leyó.*

De forma instintiva, levantó la mirada y requisó el lugar, en busca de alguien que estuviese mirándola. Volvió a mirar la pantalla de su móvil para buscar el número de la persona que le escribió. Era un número desconocido.

El móvil volvió a vibrar.

*Se me olvidó comentaros que ese estilo de cabello te queda muy bien. Leyó el nuevo mensaje.*

Volvió a escanear el lugar, buscando un indicio de alguien que la estuviese observando. Al final, decidió ignorar su móvil y volver su atención a la clase. De seguro se trataba de algún compañero haciéndole una tonta broma.

Apagó su móvil apenas al entrar a la clase de histología. No quería que, fuese quien fuese, la importunara en medio de su examen.

Los cuarenta y cinco minutos de clases, transcurrieron a gran velocidad, pero gracias al cielo supo responder todas y cada una de las preguntas. Salió con una sonrisa victoriosa, dibujada en sus labios.

—¿Que contestaste en la pregunta siete? —inquirió Priscila, una de sus compañeras de estudio más cercana.

—A ver... ¿cuál era la siete?

—El de la imagen —contestó la chica—. Era tejido nervioso, ¿verdad?

—¡No! —refutó Diana—. Era tejido muscular. ¿Acaso no viste los miocitos?

—¡Rayos! —farfulló la muchacha—. Espero no haberme equivocado en el resto.

—Tranquila —Diana le dio una palmadita en el hombro—. De seguro lo hicisteis muy bien.

—Nos veremos luego, Diana. Me toca inglés ahorita —comentó Priscila.

—Vale. Nos vemos luego.

Las chicas se despidieron, y Diana se encaminó hacia la cafetería. La asignatura de inglés la cursaban solo aquellos que no pasaron el examen preliminar, pero como ella sabía hablar inglés a la perfección, no tuvo necesidad de cursar la materia. Aprovecharía esa hora libre para comer algo. El estómago le comenzó a protestar cuando entró al examen de histología.

Se sentó a una mesa, a pensar que iba a comer. Mientras lo hacía, encendió su móvil. De inmediato comenzó a vibrar, y uno tras otro, empezaron a llegar mensajes.

*De lunes a domingo, voy desesperado.*

*El corazón prendido allí en el calendario*

*Buscándote y buscando, como un mercenario*

*Tú dime dónde estás, que yo no te he encontrado*

*Las manecillas giran, yo voy al contrario*

*Bebéndome la vida, a sorbos y a tragos*

*Me viste así de frente, que tremendo impacto*

*Para unirme a tu mirada, dime si hay que ser...*

Diana frunció el entrecejo. ¿Qué coño se suponía que era eso?

—Torero. Poner el alma en el ruedo. No importa lo que se venga, pa' que sepas que te quiero como un buen torero... —dijo ella, poniendo los ojos en blanco, al reconocer la famosa canción del cantante puertorriqueño, Chayanne—. Esto debe ser una jodida broma —dijo entre dientes—. Ya no me queda la menor duda.

Miró alrededor, buscando alguno de sus bromistas compañeros. Solo podían ser Renato o Dylan, pues solo a ellos, además de Priscila, les había comentado que tenía una gran fascinación por la tauromaquia. Sonrió de forma ladina y le mandó un mensaje al "bromista".

*Jajaja. Muy gracioso. Sal de donde sea que estéis.*

Esperó unos segundos, mientras le llegaba un nuevo mensaje.

*No seáis tan aburrida. Juguemos un rato más :) Le respondieron.*

*¿Qué es esto? ¿Una clase de broma? Inquirió ella.*

*Para nada. Yo nunca bromeo con este tipo de cosas. Leyó.*

Diana sonrió divertida.

*¿Al menos puedo saber el nombre de mi desconocido acosador? Tanteó ella, mordiéndose la uña del dedo índice de su mano izquierda.*

*Eso le restaría la diversión a esto. Leyó.*

«¡A la mierda!», pensó. Se metió el móvil en el bolsillo trasero de su pantalón, a la vez que se ponía de pie y se decidía a ordenar algo para comer. Se acercó a la barra y pidió un *Crème brûlée* y dos profiteroles. Su ansiedad por comer dulce, incrementaba después de las tres de la tarde. Volvió a sentarse a la mesa. Su móvil volvió a vibrar.

*¿De verdad te vais a comer eso? ¿Esa es tu merienda?*

*¿Qué tiene de malo? Respondió ella, sin más.*

*Después de un largo día de clases, lo idóneo es alimentarse más sano. Leyó la respuesta.*

Diana volvió a pasear su mirada por el entorno. ¿Quién demonios podría ser?

*Me importa un bledo lo sano. Esto es delicioso y es lo que me importa. Se mordió el labio al darle al icono de enviar.*

*Veo que disfrutáis del juego. ¿Qué te parece si subimos un nivel? Leyó.*

«¿Subir un nivel?», frunció el entrecejo. ¿A qué se refería?

*Disfruta tranquila de tu merienda. Al finalizar, ve a la capilla del campus. Miró que decía en la pantalla de su móvil.*

—¡Joder! Que tío tan insistente —dijo entre dientes.

Trató de dilatarse lo máximo posible. Degustó sus postres como si jamás en la vida los hubiese comido. Con tal, si "el bromista" quería tocarle las narices, lo haría esperar un buen rato. Ella no era chica fácil.

Se levantó de la silla, pensando que todo eso era algo tonto, pero no tenía nada más interesante que hacer, además de estudiar para el examen que tendría dentro de tres días, pero esa hora la quería para distraerse un poco. Le seguiría el juego al "bromista" hasta donde fuese sensato hacerlo.

—Iré, pero si no hay nadie en esa capilla, no entraré ni de coña —dijo para sí misma—. Una nunca sabe con qué loco se puede conseguir.

Llegó al lugar pautado y se asomó por la puerta. Había solo tres personas. Soltó un bufido que delató su nerviosismo.

—Tiene que ser Renato o Dylan... —musitó, a la vez que entraba en el lugar, donde reinaba un silencio sepulcral.

Su móvil vibró dentro de sus pantalones, lo que hizo que diera un respingo.

—Hostia, puta —masculló, pero enseguida miró el inmenso Cristo que estaba al fondo—. Lo siento, señor —susurró, poniendo cara de circunstancia.

*Camina hacia el frente y revisa la primera banca a la derecha.* Decía el mensaje que le acaba de llegar.

Diana hizo caso, pero algo dubitativa. Se paseó muy despacio por el estrecho y corto pasillo que separaba dos hileras de bancas de madera. Una mujer, que oraba a su izquierda, giró a mirarla. Era su profesora de Antropología Médica. La saludó con un sutil movimiento de cabeza, y continuó su camino.

Se detuvo al llegar al sitio indicado y entornó los ojos al ver un sobre blanco sobre la banca, donde estaba escrito, con una caligrafía preciosa y en color negro, su nombre. Miró alrededor antes de animarse a coger la carta dirigida a ella.

Abrió el sobre con manos temblorosas, y al hacerlo, descubrió una hoja blanca, doblada en tres parte, que tenía algo escrito a mano. Era la misma letra puesta en el sobre. Desdobló el papel y leyó:

*Si me quieres, quíereme entera,  
no por zonas de luz o sombra . . .  
Si me quieres, quíereme negra  
y blanca, y gris, verde, y rubia,  
y morena . . .  
Quíereme día,  
quíereme noche . . .  
Y madrugada en la ventana abierta! . . .  
  
Si me quieres, no me recortes:  
¡Quíereme toda . . . O no me quieras!*

Diana rió con amplitud al reconocer el poema de Dulce María Loynaz, una de sus escritoras favoritas. Enseguida tomó su móvil y escribió algo:

*Te la habéis rifado, tío. ¡Vaya que sí!*

Obtuvo respuesta de inmediato.

*Me alegra que te haya gustado. Ahora vamos a por más. Leyó.*

—¿Pero que dice este? —miró con desconcierto la pantalla del móvil.

*Te espero detrás de la capilla. Leyó que decía en el nuevo mensaje que acababa de entrar.*

Diana sacudió con fuerza la cabeza. Era hora de ponerle fin a ese juegucito.

*¿Y qué te hace pensar que iré a tu encuentro, sin saber si quiera quien eres? No, gracias. Yo paso. Fue divertido este juego, pero ya me retiro. Ve a tocarle las narices a alguien más.*

Envío el mensaje. Una sonrisa burlona emanó de sus labios. Fuese quien fuese, Renato o Dylan, se llevarían una sorpresa con aquella respuesta.

Su móvil volvió a vibrar.

*Sabía que responderíais algo similar, así que me tomé la molestia de venir hacia vos. Date la vuelta.*

«¡¿Qué?!», frunció el ceño y sin poder evitarlo, se le erizó la piel.

Muy despacio, se fue girando.

El corazón se le detuvo al ver ese par de ojos verdes, que tantas noches vio en sueños, mirándola.

—¿Rafael? —balbuceó—. ¿Qué... qué haces aquí?

—Si me quieres, quíereme entera, no por zonas de luz o sombra... Si me quieres, quíereme negra y blanca, y gris, verde, y rubia, y morena... Quíereme día, quíereme noche... ¡Y madrugada en la ventana abierta!... Si me quieres, no me recortes: ¡Quíereme toda... O no me quieras! —recitó el poema, de memoria, palabra a palabra—. Si me quieres...

—Quíereme entera —interrumpió ella, completando el título de ese poema.

—¿Y sabes una cosa, Diana? —musitó él, acercándose muy despacio, con los ojos fijos en los grises de ella—. Descubrí algo muy curioso.

—¿Qué será? —barbulló ella, sintiendo que el corazón se le saldría del pecho.

—Descubrí que yo no te quiero —hizo una pausa dramática—. Sino que te amo.

Diana no pudo evitar sonreír de manera tonta.

—Descubrí que... —prosiguió Rafael—, si debo amarte, debo amar tus virtudes y tus defectos, tu templanza y tu locura, tus sueños y anhelos, tus risas y tus tristezas, tus verdades y tus mentiras —fue el turno de él para sonreír con nerviosismo—. Descubrí que te amo con cabello largo y con cabello corto —Diana soltó una débil carcajada, a la vez que se llevaba una mano a la cabeza y jugueteaba con sus cortos rizos—. Te amo toda imponente, necia y arrogante. Te amo sutil, delicada y humilde. ¡Joder, tía! Amo tus contrariedades, tu ambivalencia... tu todo.

Diana no cabía de la emoción por escuchar todas esas palabras.

—¿Y tú...? —los ojos de Rafael centellearon con fulgor—. ¿Me amáis, Diana?

—Que pregunta tan tonta —farfulló ella—. ¡Claro que te amo!

La sonrisa de Rafael se ensanchó.

—¿Y ahora qué? ¿Comenzamos de cero? —inquirió él.

—¿Pero qué dices, tío? Eso déjaselo a los idiotas que no saben lidiar con los baches normales de toda relación, que no somos los protagonistas de una estúpida comedia romántica.

—Eres única... —musitó él.

—E irrepetible —agregó ella.

Dicho esto, ambos se fundieron en un tierno beso.

## Epílogo



*Madrid, 28 de marzo de 2007*

Es un café sensacional, el café más delicioso que he probado, le dije. Ella sonrió con notable modestia, mientras noté que sus mejillas se sonrojaban un poco. ¿Creen haber probado un café bueno de verdad? Antes de que me respondan que sí, que el mejor café que han probado en sus vidas lo prepara mengano o zutano, en tal o aquel famoso sitio que se llena de gente, haciendo largas colas para recibir un vaso de papel o plástico, con algún mensaje motivador escrito con marcador negro, deben primero probar el que hace Diana Vidal. Ella muele los granos por sí misma, en una máquina artesanal, pero le echa semillas de vainilla y cacao —ahí está la clave—; en echar todo junto desde un principio, y no preparar el café aparte e ir agregando lo demás. Esto, me aseguró ella, hace que el sabor sea equilibrado. Además le echa una pizca de canela... ¡y lo endulza con leche condensada! Diana preparó su especialidad, esa mañana que nos reunimos a charlar.

Luego, nos fuimos a caminar por las calles de Madrid.

Pero al final, decidimos irnos al Parque del Retiro, lo que nos garantizó un agradable paseo cerca del Palacio de Cristal, asombrándonos con una de las pocas estatuas que existen en el mundo del Ángel Caído. Finalizando la mañana, subimos a una barca y dimos vueltas frente al Monumento a Alfonso XII, mientras cada palabra que dijimos, quedó inmortalizada en mi vieja grabadora Marantz.

Pasear siempre ha sido una de su grandes aficiones. Lo necesita para pensar y, sobre todo, para meditar sobre lo que está ocurriendo en su vida en un momento dado: tanto sobre los triunfos (haberse convertido hace poco en una destacada matadora, tomando la alternativa en La Plaza de Toros Las Ventas, siendo apadrinada por nada más y nada menos que Rafael Villanueva, logrando así, el sueño de toda su vida); como sobre aquello que le provoca alguna que otra tristeza (esto es, la lamentable muerte de su padre cuando era apenas una niña, además de la dura crítica de la prensa al saber que ella se hizo pasar por Diego Morante); como también aquello que la hace sentir como una mujer dichosa (su reciente compromiso con Villanueva, cuya boda está pautada para mediados del invierno del presente año). Me habló sobre lo mucho que le fascinan los quesos y la gastronomía francesa.

Pero lo cierto es que a Diana Vidal parece encantarle todo: su primer maestro de tauromaquia, Charles Dubrov (quien le enseñó el significado de la disciplina, la dedicación y el compromiso); Anna Karenina, la novela de León Tolstoi (la cual le enseñó una gran lección de moralidad); Mary Poppins (su película preferida de Disney), Meryl Streep (una mujer que irradia vida y

experiencia); Juanita Cruz ("¡Extraordinaria!"); Cristina Sánchez ("¡Asombrosa!"); Mari Paz Vega ("¡Extraordinaria!").

Es importante tener presente esto cuando conocéis a Diana Vidal: su simpatía no conoce límites. Es una de sus muchas virtudes y de la que quizá estaríamos más al tanto si no fuera por todas esas malas críticas, hechas en un momento, a causa de un acontecimiento, que ella misma cataloga como "impulsivo y desesperado". Haber tenido que fingir ser alguien más, fue para nada agradable. Vivía en una constante zozobra y paranoia. Si no fuera por todas esas malintencionadas reseñas, de críticos taurinos resentidos, machistas e inflexibles, que profesan que las tradiciones taurinas deben ser respetada a cabalidad, que se rasgan las vestiduras, señalando a Diana, y diciendo que ha deshonrado el oficio de Matador, tendríamos más en cuenta, por ejemplo, que ella es esa clase de matadora convincente y versátil que es capaz de hacer un pase de pecho con la misma facilidad que hace una manoletina, que suele cautivarnos en cada corrida, con una faena impecable —ya sea cortando una, dos orejas o un rabo—. ¡Nunca se va del ruedo con las manos vacías!

También destacaría más por ser la hija del gran Armando Vidal, apodado "Vidalito", quien dejó un destacado legado en la historia taurina de España, por ser ella, quien instaurara la dinastía Vidal en las plazas de toro de todo el mundo, que apoya con fervor a sus compañeros de oficio en el ruedo, que nunca tendría un gesto obsceno (ni siquiera hacia los periodistas de la prensa nacional, que bastante se ensañaron con ella, el año pasado), que ha trabajado muy duro para no vivir a la sombra de su padre, que trata de graduarse de médico y especializarse en cirugía taurina, a la vez que su carrera como matadora va en ascenso, que admira muchísimo a su madre y que está muy enamorada de Rafael Villanueva.

Si vierais a Diana Vidal, dejando por completo a un lado todo lo que habéis leído en los periódicos, pensaríais de inmediato que estáis ante una mujer amable y muy atractiva, que no desperdicia su increíble potencial. ¿Y entonces por qué? Me pregunté. ¿Por qué Diana Vidal tuvo que fingir ser Diego Morante para demostrarle al mundo de lo que era capaz?

"A veces somos capaces de hacer cualquier cosa, para cumplir nuestros sueños. Aunque a veces, el precio a pagar sea perder la confianza de los que más amas", me respondió. Me habló también acerca del honor y de promesas sin cumplir, pero optó por no ahondar mucho en este tema.

Yo deseaba saber más, por morbosa curiosidad, y decidí preguntar: ¿Aprendiste una lección de todo lo que pasó? Sus ojos brillaron de una manera muy especial, sonrió y me respondió: "Sí. Aprendí que siempre tenemos que ser nosotros mismos, sin importar qué o quién nos limite. Nunca debemos pretender ser alguien más por complacer o encajar. Las mentiras y los engaños no traen nada bueno; Solo te deterioran el alma, y te hacen involucionar como ser humano".

Volvimos a tierra firme, y me comentó que había un lugar cerca donde preparaban unas deliciosas gambas al ajillo, que le provocaba almorzar eso.

Continuamos hablando una vez en el restaurante que ella eligió.

Nos sentamos en una mesa cerca a un póster de Manuel Laureano Rodríguez Sánchez, mejor conocido como Manolete. Diana lo miró con mucha ilusión y me confesó que en la cúspide del panteón de personas que admira, después de su padre, se encuentra el cordobés. ¿Y cómo no admirarlo? La entrega de ambos es similar. "Transmitía pasión en cada movimiento que hacía", dijo Diana. La miré, creo que irradiando el mismo entusiasmo que ella, y le comenté que ella también irradia pasión en lo que hace. Ella me obsequió una cálida sonrisa.

Me pareció que era el momento oportuno para hablar de un tema, del que no le gusta hablar a

la gran mayoría: su vida personal. Le pregunté acerca de Rafael, y me respondió: "Es un hombre encantador, amable, que me apoya en todo. La paso genial a su lado". Y ya. Percibí que no estaba dispuesta a seguir hablando acerca de eso. Me di cuenta que también es una mujer muy reservada en ese aspecto.

La comida ya estaba a punto de terminarse, cuando me mira con esos ojos grises suyos y me dice: "¿Te puedo decir algo más?". ¡Claro! Le contesté yo. Me dijo que quería ser muy honesta conmigo, que sería hipócrita hablar de la necesidad de honestidad en el mundo y luego no serlo ella misma. Quería que supiera que no se arrepiente de nada, porque nada ganamos con arrepentimientos, que solo se debe aprender de los errores y seguir adelante. Me confesó que hace mucho tiempo le dejó de importar lo que pudieran pensar o decir de ella. Volvió a regalarme una de esas sonrisas, tan suyas.

Me habló de lo mucho que le molesta la hipocresía, y la doble moral. Me confesó que en un momento de su vida, se traicionó a sí misma, yendo en contra de sus ideales, pero que eso le ayudó a madurar y darse cuenta de muchas cosas.

Es feminista hasta la médula, y me pareció curioso que siendo una defensora de la igualdad entre hombres y mujeres, hubiese tenido que recurrir a un engaño, haciéndose pasar por un chico, para poder torear, así que se lo pregunté. Me respondió, y me lo dejó muy claro: "No me arrepiento de nada", dijo. Me miró a los ojos y me puso una mano en el hombro. "Solamente, quien está en una situación como esa, comprende porque solemos cometer ese tipo de locuras. Solo aquel que de verdad desea algo, con todo el corazón, y que el mundo se empeña en alejarlo de ese sueño, es capaz de hacer hasta lo imposible para lograrlo. La desesperación es el peor enemigo de la lógica".

Y así es, damas y caballero. La desesperación nos empuja a cometer muchos errores.

"Frente a los errores, solo nos queda dos opciones. Una: caer en arrepentimientos y negación, o dos: aprender y seguir adelante. Yo opté por la segunda opción".

Lionel Sánchez, crítico taurino.

*Artículo publicado en The New York Times.*

## Sobre la autora

Nacida en Mérida, Venezuela en el seno de una familia amante del arte. La devoción de su madre por la música y el amor de su padre hacia la escritura la llevaron a recorrer un hermoso camino entre ambos mundos. Es Ariana y amante de la comida asiática.

Docente de profesión. Cantante y escritora por pasión.

Escribió su primera novela romántica a los 14 años, pero decidió dejar esa historia para sí y alimentarse de otros sueños.

10 años más tardes, retoma la escritura y decide dedicarse de manera profesional a ella. Decide abrirse camino dentro del mundo literario, escribiendo diversas historias, siendo el romance, la ficción y el suspenso sus temas predilectos a la hora de escribir.

Amante de la música metal, las novelas de Dan Brown y Stephen King, es una romántica empedernida que solo desea que sus lectores sueñen despiertos, mientras se sumergen entre las líneas que surgen desde lo más profundo de su corazón.

Puedes encontrarla en:

<https://www.facebook.com/CHDugmor>

<https://twitter.com/CHDugmor>

<http://chdugmor.blogspot.com>

<https://www.instagram.com/chdugmor>